



EL KARMA DE VIVIR AL NORTE
CARLOS VELÁZQUEZ



En los últimos años vivir en el Norte se ha convertido en un deporte extremo. Regresar a casa por la noche sin tener que arriesgarse a ser levantado, verse atrapado en un fuego cruzado, o encontrarse con un cuerpo desmembrado en la acera de enfrente requiere de cierta dosis de buena suerte.

En *El karma de vivir al norte*, Carlos Velázquez describe, en calidad de testigo privilegiado, a veces con fascinación, otras con humor, y casi siempre con horror, lo que significa vivir en una de las ciudades más peligrosas del orbe. Se convierte en observador y partícipe de los bajos fondos más violentos y sórdidos, escandalizado pero también conmocionado por la omnipotencia y los excesos que definen a los distintos grupos criminales. Al mismo tiempo, esta crónica retrata las dificultades que implica ser un padre que se pregunta cómo alejar y proteger a su hija pequeña de la carnicería cotidiana. Este libro se erige como un mordaz testimonio. Con la ironía y la potencia narrativa características de la escritura de Velázquez, el lector se adentrará en un delirante viaje por el corazón de este agreste territorio, que va desde una iniciática odisea nortea a bordo de un tren repleto de criminales, pasando por un angustiante recorrido en taxi con su hija dormida en el regazo mientras el conductor lo extorsiona, hasta encontrar a un díler fornicando en la oficina donde despacha a sus clientes, historias todas atravesadas por una especie de sino milenario, karmático, que ha transformado por completo la vida de los habitantes de esta caótica y fascinante región del norte de México.

Carlos Velázquez



El karma de vivir al norte



Título original: *El karma de vivir al norte*
Carlos Velázquez, 2013



Vins

Revisión: 1.0
Fecha: 21/11/2019

Para Celeste Velázquez: piquito de oro

So damn easy to cave in, man kills everything.
«Faster», Manic Street Preachers

**I AIN'T GONNA WORK ON
MAGGIE'S FARM NO MORE**

Lo último que pretendía era escribir sobre Torreón. Ni siquiera deseaba vivir en la ciudad. Una encuesta reciente había revelado que de cada diez personas, seis querían marcharse de la región. Yo era una de ellas. Pero no conseguía alejarme. Sentía que si me largaba cometería una traición. Me convertiría en un *rain dog*. Pero, qué buscaba en un sitio como este. ¿La muerte? Entonces, el mal karma causado por la guerra vs el narco comenzó a apoderarse de todo. Y me vi obligado a preguntarme: *Should I stay or should I go?*

Por aquellos días yo era un ya no tan joven escritor que había conseguido conectar un par de hits. Acababa de salir de un matrimonio infernal con nada menos que el mismísimo Coronel Kurtz (así apodaron mis amigos a mi exesposa). Y lidiaba con los problemas inherentes a la paternidad producto de una antigua relación. Gozaba de un trabajo establecido y me estaba tomando con parsimonia la redacción de mi siguiente obra. Nunca pensé incursionar en la crónica. No estaba contemplado. No era el siguiente paso. Por lo tanto, este libro fue como un hijo no planeado. Vino a entrometerse en mi vida. Vino a retrasar mi existencia.

Había visto de lo que eran capaces los peores sicarios de mi generación. Sufrí los efectos de la violencia como cualquier ciudadano de a pie. Sin embargo, me resistía a registrar las consecuencias. Que lo hicieran otros. Que se ensuciaran otros. Yo me refugiaba en la narrativa. En mis dominios. En terreno seguro. Estaba convencido de que eso constituía mi salvación. Hasta que fue inminente. Torreón me impedía seguir adelante. Pero no fue sencillo decidirme. Tardé bastante tiempo en emprender la tarea. Fue en un viaje a la frontera que me impuse el fin de la procrastinación. Y al regresar a La Laguna comencé a hurgar en mí.

Una de las tantas razones que me impulsaron a escribir este libro es que todas las obras que conocía sobre el tema estaban filtradas por la mirada del reportero. Pero no existía un relato autobiográfico de primera mano. Así que me decidí a contar mi historia como padre de una hija, como habitante de la ciudad y como consumidor de sustancias. En ciertos pasajes brota una especie de fascinación por los horrores que me rodeaban, pero no se trata de una apología, solo me dediqué a contar los hechos como ocurrieron, desde adentro.

A pesar de haber ganado un premio estatal de periodismo, me consideraba un periodista de cuarta. Sentía que no había pagado mi derecho de piso para detectar la maldad oculta detrás de cada burrito de yelera, de cada gordita de chicharrón, de cada *lonche* de adobada. Para conseguirlo recorrí los barrios más bravos de la periferia. En particular el Cerro de la Cruz, un punto codiciadísimo por todo cártel que haya operado en la ciudad. Muchas de las acciones contadas aquí se desarrollan en ese espacio y sus alrededores, aunque en ocasiones no se especifique.

Casi todos estos textos fueron confeccionados en tierras laguneras. Pero alcanzada cierta etapa me fue imposible continuar. Tuve que distanciarme para terminarlo. Tecleaba a ratos en aeropuertos, centrales de autobuses, restaurantes y hoteles de otras ciudades. No lograba

concentrarme en mi departamento. Y lo que ahí se pergeñó, no fue en el estudio. Sino en la mesa del comedor. De frente a la pared.

Una sola certeza conservo después de haberle puesto punto final a esta llaga: no vuelvo a trabajar en la granja de Maggie, no quiero volver a escribir crónica sobre La Laguna.

YA SE VA TU LAGUNERO

Mis días en La Laguna estaban contados. La situación era insostenible. Una era oscura llegaba a su fin y comenzaba otra. Durante un tiempo Coahuila vivió un sueño. La promesa de la prosperidad. Pero mientras Humberto Moreira envolvía a todos con su carisma, le aplaudían sus pasos de baile, le celebraban sus gracejadas, por debajo de la mesa se cocinaba una catástrofe. Nadie la presintió. El entonces gobernador era el mesías que tanto se esperaba, el que la izquierda jamás había legado. Regalaba dinero a través del monedero de la gente, conquistaba el corazón de las viejitas y se volvía nota nacional. Era el comienzo de la debacle. Entonces, se produjo el estallido. Y la violencia nos despertó. Y la noticia de la deuda terminó por sepultar al estado. A partir de ahí todo fue despeñadero. Pero lo peor estaba por venir.

Lo que no habían conseguido el desierto y sus cuarenta y ocho grados a la sombra lo lograrían la narcoviolenencia y los impuestos. Que me desbandara. Que pensara en sumarme al éxodo de coahuilenses que abandonaban el estado. Si no se marchaban más era porque no podían. El día en que decidí largarme, se anunció un incremento en el costo de la licencia de alcoholes. De veintinueve mil pesos subió a ciento cincuenta mil. Así debutó Rubén Moreira en su puesto. No solo los cárteles propiciaban el cierre de bares, también el poder del Estado.

Vivir en Torreón se convirtió en la peor de las plagas. Desconfiaba de todos y todos desconfiaban de mí. Pensaba en comprarme una pistola. No deambulaba de noche. No visitaba bares ni cantinas. No frecuentaba a mis amigos. Mi contacto con el exterior se producía a través de las redes sociales. Solo salía a trabajar y a llevar a mi hija al balé. El panorama era tan acuciante, que disuadiría a cualquier Tyler Durden de quererle prender fuego al mundo. Nos estábamos exterminando entre nosotros más rápido de lo que Amy Winehouse se aniquiló a sí misma.

Hasta salir a cenar era imposible. La situación trascendía los límites impuestos por la narcoguerra. Todo se me vino encima. Las declaraciones del gobernador y la mala noticia de que le pegaron a los tortillones don Lolo. No puede ser, me dije. He probado los mejores tortillones de mi ciudad. De La providencia, La Güera, La Ronda, Leo. Pero ningunos tan chinguetas como los de don Lolo. El crimen organizado había atacado la estación de policía, clínicas de rehabilitación, centros comerciales, bares, cantinas, bancos, funerarias, giros negros, pero nunca se había atrevido a atentar contra una institución tan lagunera como el negocio de don Loco. Ejecutaron a tres personas en la puerta del establecimiento mientras lo asaltaban. Signo inequívoco de que nos estaba cargando la chingada. *Coahuila rules*. Solo faltaba que atacaran los *lonches* del Payo, ni cómo blindarlos. El narco estaba aniquilando nuestras tradiciones.

Era un año pésimo para mi salud mental. Estaba todo paniqueado. Temía por mi hija, que cumpliría cinco años en marzo. Ignoraba por qué su arribo al primer lustro de su vida me parecía un designio fatal. Lo descubrí un domingo que me arrastró al cine. Antes de ese día, siempre había considerado una pérdida de tiempo las películas infantiles. Al principio me resistía. Se la

cambiaba. La sobornaba para que aceptara mejor un paseo por la alameda o un par de horas en el área de juegos de McDonald's, mientras yo me dedicaba a babear ante las hordas de buenísimas *cougars* que, despreocupadas, devoraban sus hamburguesas con queso. Pero la desconfianza a quedar atrapado entre el fuego cruzado o a ser alcanzado por una bala perdida se intensificaba, y nos orillaba a recluirnos en el cine. Dentro nos sentíamos seguros. Aunque cualquier día algún maldito psicópata podría entrar a la sala disparando, como sucede en Estados Unidos. Resignado, encontré la fórmula para no recetarme todas las películas. Me dormía. O cargaba un libro y una pequeña lamparita. Aquella tarde olvidé la novela que estaba leyendo.

Afuera la ciudad se caía a plomazos. Adentro, veía una película para niños. La cinta era *El gato con botas*. Nunca antes había puesto atención, pero la historia me deslumbró. El gato era un personaje plano. Predecible. Aburrido. Pero el güevo, Humpty Alexander Dumpty: todo un capo. Yo le daría el Oscar como mejor actor de reparto. Un ser contradictorio, repleto de matices, capaz de vender a su madre y traicionar a sus amigos por cumplir sus objetivos. Me sentí identificado. Me observé a mí mismo en la pantalla. Y mientras advertía las transformaciones emocionales del güevo, recordé un suceso que había estado oculto en mi memoria veintiocho años.

A los cinco años me caí en una alcantarilla. La colonia se había inundado. En Torreón nunca llueve, pero en aquella ocasión la tormenta colapso el sistema de drenaje. Salí a comprar leche, cuestión que se convirtió en una maldición. Algunas de las situaciones de riesgo que he sufrido en mi vida se han producido al ir a la tienda por la leche. Fui abducido por una cloaca. Me aferré con una mano a la orilla del pozo. Unos empleados del ayuntamiento me salvaron de morir ahogado. No me acordaba de ese acontecimiento. Resurgió en mi memoria casi tres décadas después, como yo surgí de la oscuridad de aquel agujero, cuando me vi reflejado en Humpty Dumpty. Todavía no logro establecer la conexión, pero su devenir me hizo consciente de mi propia fragilidad. Mi quinto aniversario me marcó. Fue una edad crítica para mí. Descubrí que podía morir. Y me abandonó mi padre.

Pensé que jamás tendría que volver a enfrentar esa etapa. La consideraba sepultada. Entonces tuve una hija. Y mis temores se recrudecieron. Quería que mi nena cumpliera seis años. No cinco. Me parecía la edad de la ignominia. Mi drama me recordaba el argumento de una película, no recuerdo el título. Yo había conseguido trascenderlo. Pero el estado en el que se encontraba la ciudad, la violencia desmedida a todas horas, en cualquier esquina, me hacía dudar de si lo superaríamos juntos. Y no me equivocaba. En el centro comercial donde nos encontrábamos, mi hija había experimentado su primer fuego cruzado a los tres años. Ella y su madre estuvieron presentes en un enfrentamiento. Continuaban con vida porque un hombre les había permitido refugiarse en el local de la Toyota. Era como si yo volviera a tener cinco años, y la narcoguerra fuera la maldita alcantarilla que amenazaba con tragarme. Con deglutirme. Si moría, quién malcriaría a mi hija. Quién le regalaría vinilos de Black Sabbath y de AC/DC cuando se convirtiera en adolescente y decidiera rebelarse. Quién le daría dinero para que se escapara de casa.

Al terminar la película caminamos hacia la salida del centro comercial para tomar un taxi. Cuando nos disponíamos a cruzar hacia la calle, un auto casi nos atropella. Junto a nosotros pasó el dueño corriendo. Se lo habían robado. Seguro al día siguiente con ese coche asaltarían un banco. O aparecería un cabrón incinerado dentro. Eran las siete de la tarde. Todavía no se metía el sol. La fila de carros para abandonar el *mall* le impedía al ladrón salir del estacionamiento. El

propietario proseguía a pie. Para que no le diera alcance, el ratero comenzó a chocar a los automóviles que tenía delante, hasta que consiguió abrir un espacio por donde escapó. Para cuando se dio a la fuga, mi hija y yo estábamos a seis metros de la acción. Por suerte no hubo disparos. Como no podíamos acercarnos a los tortillones de don Lolo —los ladrones podrían regresar a exprimir de nuevo el establecimiento— nos lanzamos a McDonald's. Le compré a mi hija una Cajita Feliz. Y oh, coincidencia, el juguete que incluía de regalo era el güevo, sí, Humpty Dumpty, el personaje de la película que acabábamos de ver.

Llegamos a la casa y mi hija se quedó dormida antes de lo acostumbrado. Quizá fue la exaltación de presenciar el atraco. Coloqué la figura del güevo sobre el librero y pensé que tenía que largarme antes de que mi hija cumpliera los cinco años. Si la situación cambiaba, y Torreón se volvía más segura, podría regresar cuando cumpliera seis años. Pero algo dentro de mí me decía que las cosas no se modificarían durante un largo tiempo.

Esa noche tuve una pesadilla. Tal vez por culpa de todo lo que nos zampamos en el cine. Podría tragarme un tortillón entero y dormiría como un bebé. Pero una visita a la dulcería me producía malos sueños.

Me encontraba en casa con mi hija, cenando Frutti Pebbles. De repente, un soldado aparecía en mi cocina. Me apuntaba con un arma. Lo perseguían. Donde descubran que se metió aquí vienen y nos rafaguean a todos, pensé. Le exigía que se escondiera en otro sitio. No conseguía explicarme por dónde había entrado. La puerta y las ventanas se encontraban cerradas. En el sueño sentía que podría noquearlo con un par de golpes bien colocados, pero me detenía por la nena. Apagaba la luz de la cocina. Nos quedábamos a oscuras, uno frente al otro. Solo su pistola y nuestros ojos brillaban.

Desperté con la sensación de que estar vivo era una proeza. Me parecía inverosímil. Pensaba que moriría en un bar. Que no resistiría la tentación y me refugiaría en uno para meterme unos tragos. Entrarían los sicarios, rociarían su insecticida y moriría remendado a balazos. Pero esa posibilidad se alejaba cada día más. En Torreón solo quedaban abiertos unos cuantos tugurios. Y no conforme con esta desgracia, hice que me echaran de uno. Dos noches después del incidente en el cine salí de juerga con un amigo. Un tipo me atajó. Quería que le invitara un trago. Como me negué me comenzó a insultar. Y le rompí el hocico. No escarmiento. Era en momentos como ese cuando debía pensar en mi hija, no solo cuando escuchaba disparos. No estaba el culo pa besitos y yo agarrándome a madrazos a la menor provocación. O me calmaba o me peleaba en otra ciudad. Torreón no era sitio para andar de desmadrosito.

Tres intentos de guarros intentaron sacarme del bar, pero no pudieron. Antes de que aparecieran más, el compa que me acompañaba me convenció de que nos largáramos. Una peda que no finalizaba con harina y chicharrón prensado no era una señora peda. Como todavía le sacaba a pararme en don Lolo, abordamos un taxi para ir a los burritos de hielera de la deportiva. Comenzamos a recorrer las calles. A lo lejos divisamos un retén de soldados. «¿Traes broncas?», me pregunta mi compa. No sé qué pasó desde que abandonamos el bar porque de un momento a otro me puse hasta la madre. Me dio el aire. Estaba tan ebrio que era incapaz de mentir.

Atravesaba por ese lapso en que la borrachera te desarma. Te vuelve franco, honesto, confesional. A pesar de mi estado, respondí «no». Aunque cargaba con un pase. Un atadito de coca retacado en un tapón de pluma Bic.

Al toparnos con el retén, los guachos nos ordenaron que nos detuviéramos. Sentí que se me iba la sangre al culo. Nos van a desaparecer, fue lo primero que pensé. «Cierra el hocico, pendejo», me soltó mi compa. «Tú deja que yo hable. Por ningún motivo vayas a abrir la bocota». Todo ocurrió en unos segundos. Cuando quise lanzar la coca por la ventana fue demasiado tarde. Así que la encajé entre los asientos traseros del coche. Una perfecta pendejada. Nos pidieron que bajáramos. Andaba tan servido que mi principal preocupación dejó de ser la droga, era concentrarme en no vomitar. Lo peor es que no me podía mantener derecho. Me balanceaba al frente, atrás y hacia los lados. Mientras me encontraba ahí de pie, maldije la ciudad, maldije al país, maldije mi vida. Ya no aspiraba a sobrevivir los doce meses que durarían los cinco años de mi hija, lo que más anhelaba era librar aquella jodida semana. En menos de siete días la violencia me había deshecho los nervios más de lo que la mafia y su familia se los habían destrozado a Tony Soprano en seis temporadas.

Como decía el sacristán del barrio: «El maligno no descansa». Y en ocasiones está al servicio de los desposeídos. Como nosotros aquella noche. Para nuestra fortuna, iban sobre el chofer. El operativo estaba dedicado a inspeccionar taxis. A nosotros ni nos pelaron. No nos registraron, ni nos pidieron las identificaciones, ni nos interrogaron. Como no encontraron la coca que escondí y el taxista estaba limpio nos dejaron ir. Pinche ciudad insufrible. Si caminabas te asaltaban o te levantaban, si comprabas un coche te lo quitaban a punta de pistola, si te subías a un taxi te cateaban los soldados. No era la primera ocasión que me enfrentaba a un retén, pero sí la primera que lo hacía con droga. En teoría, un gramo de coca no debería poner en peligro mi vida. Supuestamente es legal cargar con una dosis personal. Lamentablemente, hacía años que portar droga en Torreón, sin importar la cantidad, significaba ir preso.

Ya ni fuimos a los burritos. Para mi fortuna, los soldados no me cuestionaron. A veces, apelaban a tu sinceridad, y te preguntaban si portabas drogas o armas. Sin importar la cantidad. No quiero ni imaginar si me hubieran interrogado y respondía que acababa de tirar la coca.

Llegué a casa hastiado de vivir en esta puta ciudad. Con la obsesión de largarme, como si de un propósito de año nuevo se tratara. Así como mucha gente en esta ciudad se prometía a sí misma asistir a misa los domingos para pedir por algún familiar desaparecido, otros nos decíamos a nosotros mismos «yo me largo». Encendí la luz y me aventé un clavado sobre el colchón. Me encajé algo en la espalda. Era el Humpty Alexander Dumpty de juguete. Mi hija lo había dejado en la cama, como si fuera una canción. Lo sostuve frente a mi rostro. Un largo rato. No sé cómo, pero estaba convencido de que aquel pedazo de plástico me había enseñado a salvarme la vida aquella semana. Recordé entonces que el güevo se llamaba igual que el protagonista de la novela *El asesino dentro de mí* de Jim Thompson.

Tenía que sacar a mi hija de Putorreón. En calidad de mientras, me prometí abandonar el vicio de confundir la valentía con la estupidez. Ya estaba grandecito para andarme peleando. La figura del valiente solo era posible en una carta de la lotería.

En este país ya no se podía dar uno de putazos a la primera. Corrías el riesgo de pegarle a un pariente de un narco, de un secuestrador, de un extorsionador. Todo mundo estaba metido en el negocio. Los intrusos éramos los otros. Por eso quería conseguir una pistola. Aunque eso

significara pasarme al otro lado.

Si me agarraba a golpes con cualquier cabrón no era porque deseara que me mataran. Era la puta ciudad. Que me tenía histérico, acorralado, amenazado. *Despite all my rage, I am still just a rat in a cage.* Pero no era el único. Todos en Torreón nos sentíamos así de jodidos. Pero siempre que podía evitaba la bronca. Mis días aquí están contados, me repetí. Mientras lo pensaba, observé en la computadora la foto de una pieza de Ron Mueck. Es un hombre con lentes de sol sobre una cama inflable, en chor, con los brazos abiertos. Para mí representaba a un Jesucristo *rockstar* crucificado. Eso soy yo, me dije. Me sentía en predicamento con lentes de sol. Pero con sobrepeso y del merito norte.

**OTRA NOCHE DE MIERDA EN
ESTA PUTA CIUDAD**

Torreón pasó de ser un rancho culero y violento a convertirse en un rancho culero y violento con el récord como la ciudad más calurosa del país. Nos la pelaban Mexicali y Hermosillo. Éramos el primer nivel del infierno en cuanto a temperatura. En lo que respecta a la violencia, estaba convencido de que el mal había venido a esta tierra a abrir unos cuantos negocios. Y no pensaba tomarse ningún descanso. Cuando era niño las leyendas aseguraban que el diablo se paseaba de madrugada por el Cerro de la Cruz. Seguro estaba barriéndole el territorio a los Zetas, que después se asentaron ahí.

Vivir en el centro de la ciudad se había vuelto una necia excentricidad. Me sentía Pedro Juan Gutiérrez en La Habana Vieja. La diferencia era que el cubano tenía el mar para refrescarse. Ni modo que yo me aventara un clavado en la arena. No podía decir qué calaba más. El calor o la violencia. Cuando no se presentaba uno, la otra entraba al quite. Los basucos estaban cabrones. Les pertenecía el centro. Robaban de todo. A mí me bajaron el medidor del agua. Pinches cuarenta pesos que les dieron por él. Apenas para una mísera *pedra*. Un día regresé de la oficina y me encontré con un charco. Me resultó bíblico para las cantidades de lluvia que caen al año en Torreón. Cuando llegué a la puerta de la casa, me percaté de que no había sido culpa de una tormenta, sino de un craquero con malilla que había arrancado el medidor.

Y me quedé sin servicio. Ni para qué me quejaba. Yo en su lugar hubiera hecho lo mismo. Aunque jodiera a un pobre pendejo que como yo se tenía que largar a la oficina sin rasurar. El pedo es que con esas temperaturas apestaba y sudaba desde el espíritu. Le toqué a mi vecina para preguntarle si había visto algo, pero como siempre, nadie sabía nada. Me resigné. Qué era un pinche craquerillo comparado con nuestros dos grandes problemas. Entre la lluvia de plomo y el golpe de calor, Kabul nos quedaba chico.

Y por más que lo intentaba, no conseguía encajar con arrestos la vida en esta mierda de ciudad. Nos convertimos en una maquiladora de muertos tan eficaz que los pordioseros no asistían más a las reuniones de AA a gorrear el café. Saltaban de funeraria en funeraria y se daban tremendos banquetes. Todos los días. Desde que había comenzado la guerra vs el narco, solo en dos ocasiones las ejecuciones se habían interrumpido en la ciudad. En las redes sociales llevaban el conteo. Cuatro, cinco días sin muertes violentas. Hasta que se rompía la racha y se recrudecía la matazón. No cabía duda, el negocio más próspero en la historia de Torreón eran las funerarias.

A la noche siguiente me llevé la culeada de mi vida. Me asusté a tal grado que pensé que se me caerían los dientes. Llevaba tres días sin bañarme. Sin cambiarme los calzones. Harto, tomé un taxi para ir a ducharme a casa de una amiga. Y como los niños chiquitos, que hasta la mera hora avisan que desean ir al baño, a mí me entraron ganas de quitarme el cochambre antes de dormirme. Eran las doce de la noche. Se me antojaba un buen remojón para roncar profundamente. Salí de la casa y comencé a caminar. Pasé por afuera de una funeraria. Por un momento me sentí tentado a entrar, darme un atracón de galletas y beberme dos cafés. Estaba metido en mi papel.

Parecía un maldito vagabundo. Pero me contuve.

Subí a un taxi de la línea Vaquitas. Qué consecuente, me dije. Así olía yo. Al menos noapestaba a encobijado. Desde que estalló la guerra vs el narco, los taxis se habían convertido en actores de reparto de esta serie. Todo pasaba a través de ellos. Transportaban droga. Secuestraban. Asaltaban. Violaban. O era a ellos a quienes descuartizan, acribillan o les prendían fuego. Lo más conveniente era evitarlos. Pero a veces el karma no lo permitía.

Existían reglas no escritas para deambular por Torreón de noche. Por ejemplo: no hablar con los taxistas. Pero la gente éramos bien pendeja. En cuanto nos poníamos nerviosos lo primero que hacíamos era abrir el hocico. En ocasiones no puedes hablar porque el chofer no te lo permite. Andan bien drogados. Y no les para la boca. Disertan sobre el narco, política y fútbol. Pero cuando iban callados, resultaba sospechoso. Había que preocuparse. Y aquel cabrón no me pelaba.

Lucía el *outfit* de quien se acaba de fumar varias *piedras*. Permanecía serio. Solemne. Rumiaba la droga. Quizá maquinando cómo darme en la madre. Cabrones como él eran los que me habían robado el medidor. Qué no existe alguien que no fume *crack* en este pueblo, pensé. Y la ciudad: desolada. Repleta de historias de desaparecidos, decapitados y secuestrados. Hasta parecíamos parque temático. Comencé a arrepentirme. Me hubiera hecho una puñeta y a dormir. Era obvio que en mi estado nadie hubiera accedido a acostarse conmigo. Pero no. Me tenía que entrar lo pulcro.

A la altura de Congalerías le hicieron la parada al taxi. Otro baboso, pensé, que lleva varios días sin bañarse. Que se chingue, me dije. Este carro va ocupado. Y aunque el conductor parecía peligroso, presentaba un mejor aspecto que yo. Era él quien debía desconfiar de mí. Sin embargo, el chofer comenzó a disminuir la velocidad. Contemplé con horror cómo el culero se orilló y después se detuvo. En cuestión de segundos reparé en su aspecto, en el que no me había fijado en todo el viaje. Una gorra percutida de Los Vaqueros Laguna. La camisa llena de manchas marrones. Guaraches de pata de gallo. Y unas bermudas con estampado de palmeras. Parecía aguador de tercera división.

Chingao, me dije, me van a levantar. Sé que por mi peso aquello sonaba bastante irónico. Hacían falta por lo menos cuatro morros para alzarme en vilo. No en vano cuando me casé los invitados habían sido renuentes a la hora de arrojarme por los aires. Pero una nueve milímetros o cualquier arma larga me haría volar. Como en los anuncios de Red Bull. Me saldrían alas. Y me depositaría a mí mismo en cualquier cajuela.

No te pares, le dije al compa. Pero le valió madre. No te pares, no te pares, le ladré.

No me peló. Ya me cargó el payaso, pensé. Eran dos. Y aunque fuera uno. Con mi corpulencia era difícil que no atinaran a zorrajarme un balazo. El chofer se bajó en putiza y dejó el motor encendido. Sentí deseos de ocupar el asiento del piloto y arrancar. Pero estaba paralizado. No sé cómo llegué hasta aquí, me pregunté. Yo solo quería bañarme. El chofer abrió la cajuela. Ya me cargó, me van a encobijar, pensé. Me van a ejecutar. O me van a mantener con vida para torturarme hasta que chille como cochinito. Me imaginaba todo. Recordé a Arizmendi. El mochaorejas. Me aterraba la idea de caer en las garras de uno. Tanto que amaba yo la música, para que antes de mandarme al otro patio me cortaran los audífonos.

Entonces, aguardaba yo precisamente la música. Esa melodía universal que se antecede a cada disparo que entra en tu cuerpo. Pero las detonaciones tardaban demasiado. Había perdido de vista

al segundo hombre, al que nos hizo la parada. No venía el cosmos a envolverme. No me estaban matando. Me quedé a la espera. Pasó un minuto, luego otro. Bajé del vehículo y avancé hacia la cajuela. Observé al chofer que llenaba en chinga una bolsita de plástico con frituras. Se iluminaba con una lámpara de gas. Como las que usan en los carritos que venden tripas. Les echó un madrazo de salsa y se las entregó al otro morro, que estaba parado en la orilla de la carretera.

Las manchas en la camisa del taxista eran salsa Valentinaseca.

Se trepó al carro. Lo seguí. Perdóneme, compa, me soltó. Es que con lo del puro taxi no me alcanza pa chivear. Aquel hombre humilde nunca pretendió desaparecerme. Todo era producto de mi puta paranoia. El sexto sentido que habíamos desarrollado los que vivíamos en Torreón. Me confesó que también vendía algodones de azúcar y paletas chapeteadas. Un taxi podría ser ambulancia, motel, consultorio psiquiátrico, pero jamás imaginé que pudiera fungir como abastecedor de chuchulucos. «Lo estaciono en cualquier parte, en partidos de fútbol llaneros, afuera de las escuelas, y saco para mis caguamas». A partir de ahí, ya no le paró la boca.

En adelante, el calladito era yo. Me había metido el susto de mi existencia. Háganme el chingado favor. A quién putas se le podía ocurrir vender chicharrones con salsa en pleno periférico a las doce de la noche. Con el tránsito de los tráileres a ciento veinte por hora. Y lo que era peor. A quién se le antojaría comprarlos.

Se me quitaron las ganas de ir a bañarme. Le iba a caer a una morra a la que ocasionalmente me cogía. Lléveme a mi casa, le gruñí. Un día más en la mugre. «Craqueros 1 - Yo 0». Llegué a mi domicilio con una bolsa de churros remojados. Di gracias a Malverde, al Chapo, a Piporro, por haber sobrevivido una noche más en esta puta ciudad de mierda.

TORREÓN CITY BLUES

Qué pinche semanita pasé. Perdí horas en el juzgado. Mi exmujer se negaba a divorciarse de mí. Mi padre sufrió dos infartos. La oficina me resultó tan insoportable como una enfermedad terminal. No acudí a mi terapia. Torreón encabezó las listas como la ciudad más violenta del país al registrar ochenta y cinco muertes en un mes. Se llevaron a cabo elecciones. Hubo ley seca. Me clonaron la tarjeta. Retiraron veintinueve mil pesos en Las Vegas. No tenía un peso. El fin de semana tenía que viajar. Y si lo anterior no era suficiente, tenía la espalda lastimada por jugar a los caballazos.

No había dormido bien. No recordaba haber estado tan cansado en toda mi perra vida. Los dos días que perdí en el ISSSTE para dar de alta a mi padre fueron una pesadilla comparable a llamar a Dish para dar de baja el servicio. Mi terapeuta me advirtió que si continuaba a ese ritmo las descompensaciones químicas me provocarían una gran depresión antes de cumplir los cincuenta años. Una mañana, al no encontrar quien me untara gel *after the sun* —pinche solazo de la región me tenía la espalda al rojo vivo— mi secretaria me dijo: «Y es que no tienes a nadie quien te cuide». La casa era un asco. Y no me encontraba con ánimos para trapearla.

Estaba tentado a obedecer a mi psiquiatra. Recluírme en una clínica de desintoxicación. Pero Torreón era el lugar más inconveniente para ser un adicto en *rehab*. Apenas hacía unas semanas habían ejecutado a un grupo de once pacientes del centro La Victoria. En realidad, fueron cuarenta. Los medios, como estaban amenazados, les quitaban crema a los tacos del narco.

Como dicen los Beatles: *I got a feeling*. Mejor me quedaba con los vidrios polarizados. Mantenía mis vicios. No pensaba morir en rehabilitación.

Aviones para uso del ejército en combate sobrevolaban la ciudad. Me sentía como Henry Hill en *Good Fellas*. Con la diferencia de que no necesitaba estar hasta el culo de coca para experimentar la paranoia.

A DAY IN THE LIFE

Andaba *daun*. Quizá era la muerte del Chaquetas. Lo encontraron calcinado en su taxi. Antes le dispararon. Se llamaba Mundo. Era el segundo del barrio al que ejecutaban. Primero se echaron al Tanga. Un morrito de diecinueve años. Le escribieron un narcomensaje en la espalda. Se lo chingaron por saludar a un compa. Ya no necesitabas andar movido para que te dieran piso. Saludabas a la persona equivocada y estabas tieso.

Torreón se había convertido en una meca de desaparecidos. También ocurrían feminicidios, aunque a menor escala que en Ciudad Juárez. Pero no tardaría en volverse una de las sucursales de los crímenes de género en el norte.

Una vecina insistía en que su hijo se encontraba con pies de cemento en el fondo de la presa. El morro desapareció después de ir a comprar cigarros; como en la rola de Jaime López y Piporro, fue por ellos a Hong Kong. La doña contrató a un par de buzos para que lo rescataran de las entrañas de su sepulcro marino. Los encomendados se mostraron incompetentes para decidir cuál de los cuerpos que yacían bajo la superficie era el que correspondía al muchacho.

Supuestamente, las autoridades estaban enteradas de que ese sitio era utilizado como narcofosa, pero no extraían los cadáveres, juraban los lugareños. Preferían que fueran la dieta de la fauna. El régimen de la mojarra y otros peces que por ahí campeaban. Un placer más que me arruinaban. Pocas cosas disfrutaba tanto como entrarle al pescado frito a orillas de la carretera. Y para acabarla de chingar, el kilo de aguacate estaba a noventa pesos. Así era imposible soletearme unos tacos de chicharrón de pescado con guacamole.

**MIEDO Y ASCO
EN EL TERRITORIO SANTOS MODELO**

I can't believe the news today. Válgame el santo niño. Como Torreón no había (ni habrá) dos. Le echaron plomo al estadio. No fui al partido porque me producía harta güeva el Morelia. Vi en YouTube los videos de la balacera suscitada en la casa del Santos. Si hubieran enfrentado a otro equipo, América por ejemplo, y se hubiera llenado, la gente se habría asesinado entre sí misma, en su loca carrera por escapar del plomo.

Meanwhile, estaba el sabroso asunto del endeudamiento de Coahuila. Dos acontecimientos históricos en una misma semana. ¿Debía sentirme afortunado? No faltaron los carrillentos que aseguraron que el tiroteo fue una cortina de humo. Ah pa cortinita, que con tanto disparo quedó como malla ciclónica. Según fuentes, el encontronazo entre narcos y policía fue un atentado contra Adelaido Flores Díaz, El birla balas, que llevaba más intentos de asesinato que todos los papas de la historia juntos. El sacón de onda que produjo tan mal planeada operación radicaba en que se metieron con algo más sagrado que la virgencita en estas tierras: nuestro amado equipo. Y su afición.

El jelengue pudo llevarse a cabo en cualquier parte de la ciudad. Sin embargo, fue a propósito que le arruinaron una fecha al torneo mexicano de fútbol. Una acción terrorista. El mensaje era claro. No nos dejen en cueros, objetaban los Zetas. Desde que el cártel de Sinaloa los expulsó del Cerro de la Cruz, se habían debilitado más que el estado mismo. Cada vez estaba más cabrón salir a la calle. Ni el estadio se salvaba.

Como es habitual, apagué el celular mientras veía el partido en la tele. Mis compas trataron de localizarme. La mayoría pensaba que yo estaba en las gradas. Como no contesté el teléfono me dieron por muerto. Pero nel. El día que muera en el TSM no será en un partido tan pitero.

Ocurrió lo que jamás imaginamos que podría suscitarse: el fondo. Lo tocamos. Lo rozamos. Nadie lo afirmó, pero lo sabíamos. Para una ciudad fisurada como esta, que creía que el brazo de la violencia no irrumpiría en el fútbol, disparar contra el TSM era el fin. Nadie lo dijo. Pero volveríamos a pensar en ello hasta meses después, cuando el gobernador, ante la súbita ola de violencia desatada en Saltillo, profirió una desafortunada declaración. Aceptó que Coahuila había llegado al tope. Una frase histórica, si tomamos en cuenta que la situación que se vivía en la capital del estado no se comparaba con el desastre de Torreón. No importaba qué tan mal se encontrara la Comarca Lagunera, fue hasta que Saltillo se convirtió en víctima (con menor intensidad) de lo que nosotros habíamos sufrido desde hacía años, que reconoció la grave circunstancia de los coahuilenses.

Que balearan el TSM, pero que no se metieran con los Saraperos de Saltillo.

LA NARCOZONA (EL EXNORTE)

William Burroughs sostenía que el mal se encontraba en este continente antes de la llegada de los colonizadores, ingleses o españoles. En base a esta teoría denominó a un espacio geográfico como la Interzona. Un territorio en el que lo maligno no estaba supeditado exclusivamente a la conducta humana, sino que era inherente a la tierra. Sus coordenadas abarcaban desde la Ciudad de México hasta Panamá. Pasajes de su obra se desarrollan dentro de esta geografía.

Siempre sospeché que las Dunas de Bilbao, pertenecientes al municipio de Viesca, ubicado dentro de la Comarca Lagunera, formaban parte de la Interzona. Pero trasladada al norte del país.

Las dunas eran una extensión de ocho kilómetros cuadrados de pura arena. Sin vegetación. Una réplica natural del desierto árabe. Su formación tenía origen en la prehistoria. Antiguamente, el desierto de Mayrán fue mar. Siempre que visitaba este lugar, me sentía dentro de *El almuerzo desnudo*. No me sorprendía entonces que Viesca fuera uno de los asentamientos más importantes en Coahuila del cártel de los Zetas.

Cuando estalló la guerra vs el narco, un desconcierto se cernió sobre nosotros. Por qué la Comarca Lagunera, una comunidad pacífica, participaba en la lucha por el control del narcotráfico. Nos olvidábamos de que esta tierra poseía una vocación violenta. Pacifistas, pura madre. Los torreónenses pasamos a la historia por una carnicería espectacular: asesinar a cien chinos en 1911. Los obligaron a arrojarlos desde el techo del Casino de La Laguna, frente a la Plaza de Armas. Los laguneros estábamos familiarizados con la violencia desde hacía varias generaciones.

Nunca fue mi intención hacerle al Luis Spota. Nunca pretendí escribir sobre el problema de la violencia en Torreón. En 2009, Jairo Calixto Albarrán me instó a colaborar con un texto sobre la vida en mi ciudad para *Milenio*. Días después, un comando armado levantó del interior de su casa a Elíseo Barrón, periodista de *Milenio Laguna*, y fue encontrado ejecutado un día después. Jairo decidió cancelar la invitación.

Tardé años en decidirme a escribir sobre Torreón. Pero mi intención primigenia no era escribir sobre la violencia. Esa búsqueda me llevó a la Interzona que planteaba Burroughs. Las dunas de Bilbao. Viesca = Viescong. Habían estado a punto de filmar extractos de *On the Road* en Viesca, pero la narcoviolencia impidió que se cerrara ese círculo natural. Era casi una profecía *burroughsiana*. Así como el Yage (ayahuasca) sería suplantado por la meta azul de Heisenberg, como droga para poseer el control absoluto, la Interzona sería suplantada por otra entidad más diabólica aún: la Narcozona.

Era demasiado pragmático tragarse sin digerir la teoría de Burroughs. Lo que sí resultaba innegable era que esta tierra estaba habitada a la sangre. Y eso no lo podías combatir. La cuestión de por qué nos convertimos en protagonistas de la narcoguerra tenía otras muchas explicaciones, pero no era del todo disparatado decir que la violencia estaba aquí cuando llegamos. Y aquí seguirá cuando hayamos desaparecido.

Habíamos superado *El almuerzo desnudo*, la región había mutado. Había dejado de ser el norte, para convertirse en el exnorte: la Narcozona.

TODO NARCO

I read the news today, oh boy. Estados Unidos había lanzado una advertencia a sus ciudadanos: no viajar a distintos puntos del territorio mexicano, por considerarlos inseguros debido a la violencia derivada de la guerra vs el narco. La lista estaba conformada por dieciocho estados. Entre los que se incluía Coahuila, por supuesto.

Besides, un secreto a voces desde hacía tiempo se hizo público: el gobernador recién electo, Rubén Moreira, se encontraba aquejado por el cáncer. Tal aseveración desató rumores de distintos tipos por parte de empleados gubernamentales. Esta circunstancia personal había concientizado al dirigente a tal grado que se aseguraba se nos venía encima una intensa campaña de salud. Acción que no me parecía negativa. Coahuila era una de las entidades con mayor índice de obesidad (me incluyo entre quienes la padecen). La población que no mermaba por la guerra vs el narco estaba siendo disminuida por la hipertensión. Entonces, no estábamos instalados en la incertidumbre, sino en lo que le sigue.

La Comarca Lagunera *was hot*. Tras un atentado sufrido por el director del Cereso de Torreón, Alejandro Chacón Sánchez, se produjo una huelga por parte del personal al interior de la prisión. Suceso que inquietó a la comunidad. La mesa estaba puesta para que se produjera un motín como el que había estallado en el penal de Apodaca unos días antes. Pero la libramos, la situación se normalizó a las cuarenta y ocho horas.

Aunque la guerra vs el narco había comenzado años antes, aquellas noticias nos confirmaban que los días en los que el norte era sinónimo de prosperidad se habían acabado. Quién hubiera podido predecirlo. Antes aquí no pasaba ni el aire. Y de repente: *crash*. Fue como arrojar una piedra contra una pecera de sangre. No era lo mismo despertar en un rancho culero y aburrido que enfrentarse a la mañana con todo aquello en la cabeza. Así era como comenzábamos los días. Era imposible asimilar tal cúmulo de violencia: la noticia del atentado contra un jefe de policía o el director de una cárcel era un acto grave. Sin embargo, perdía importancia debido a la rapidez con que se sucedían los hechos delictivos.

Toda la información anterior, aunque resultara imposible de digerir, solo eran accidentes insignificantes en mi mente. Pequeños dramas. Mi preocupación latente de las últimas dos semanas era que habían comenzado a tirar cadáveres a una cuadra de mi casa. El mercado Soriana se había convertido en el sitio predilecto de algún cártel para abandonar ejecutados. El centro de la ciudad se volvió el escenario favorito del narco. Esta modalidad había sido adoptada en los últimos meses.

Brincar muertos no era ninguna novedad. Además de los distintos enfrentamientos en los que me había quedado atrapado entre el fuego cruzado, viví una ejecución a quemarropa en el 2010. La fecha nunca la voy a olvidar. Fue el 7 de octubre. Lo recuerdo con precisión porque ese día Fernando Vallejo ofreció una charla en Torreón. Por esos días estaba de moda el concepto de la colombianización de México, puesto en marcha por el mismo Fernando. Entonces, no era

casualidad que visitara Torreón: una de las ciudades más colombianizadas del país. Por la droga, la violencia y la cumbia. Al mismo tiempo que el vallenato hiciera implosión en Monterrey, la Sonora Dinamita se híbrido por estos parajes bajo el precepto de cumbia Lagunera. Y aunque Fernando detesta a los conjuntos de vallenato, verlo caminar por estas calles era un recordatorio constante del cumbión. El viaje que hizo la cumbia de su lugar de origen a México era el mismo que había realizado la escritura de Vallejo. El último gramático de Colombia, bajo el solazo lagunero, de pie en la última ciudad del norte.

Después del evento, quisimos llevarnos a Fernando a pistear. Prefirió marcharse a su hotel. Un grupo de amigos nos apiñamos en un café, ni siquiera era un bar o una cantina. Íbamos en el segundo cubetazo de chelas cuando un sujeto armado entró al lugar y vació toda la carga de una nueve milímetros sobre un empleado de la Comisión Federal de Electricidad. He escuchado detonaciones de armas largas, así que cuando me percaté de que se trataba de una sola arma corta respiré aliviado. Eso no significa que el estruendo no fuera impresionante. Pero experimentas una especie de descanso ancestral cuando algo en tu cerebro te dice que no están rociando el lugar.

Al primer disparo todos nos tiramos al piso. El clavado colectivo fue tan sincronizado que parecía una competencia de nado olímpico. Estábamos tan condicionados por el sonido de un arma de fuego como lo está Michael Phelps. Realizas la acción sin pensarlo. Solo te preocupa alcanzar el suelo como a otros el agua. No te importa si te avientas encima de otra persona. Yo caí encima de una amiga que nos acompañaba. Y otro de mis compas se arrojó al suelo con una botella de cerveza en la mano. Se hizo un corte en la muñeca tan profundo que comenzó a desangrarse junto a nosotros. Me percaté porque en segundos mi pantalón se empapó de sangre. Era tan escandalosa su hemorragia que comenzó a bañar a todos. Le preguntamos si se encontraba bien pero no respondía.

Lo primero que pensé fue: ya se chingaron a este cabrón. Pero no. Estaba con vida. No podía contestar porque estaba paralizado por el miedo. El sicario salió del lugar y disparó al aire dos veces. Solo le faltó gritar ¡Yija! Pinche *cowboy* urbano. Se alejó del lugar caminando. A los cinco minutos nos levantamos y huimos del lugar. Antes de que llegara la policía. Existe una teoría de que no se trataba de un asesino solitario. Según versiones posteriores, dos Suburban blancas con los vidrios polarizados estaban estacionadas frente al café. Si se les hubiera antojado, nos habrían rafagueado. O al menos eso hubiera hecho yo si fuera sicario. Si veo a alguien salir de la forma en que nosotros abandonamos el sitio, después de una ejecución, yo cómo sé si esos sujetos no están armados. Los dueños de bares suelen tener armas escondidas bajo la barra. O al menos eso nos decían las películas. No me arriesgaría. Abriría fuego. Ahora que lo pienso fue una estupidez largarnos de ahí. Pero no existe una manera correcta de actuar en esos casos. Si te quedas en el suelo, una de dos: o llega la policía y te retienen por horas, o se regresan los capos a rematar el lugar y a aniquilar todo lo que se mueva o se encuentre en el piso. Ya ha sucedido.

Mis compas tuvieron la experiencia de su vida. Yo no. Después de escabullimos, llegué a mi casa. Mi *roomie* tenía fiesta. Me tomé unos *whiskys* y hasta cogí. Todavía sigo sin entender por qué aquella noche no sentí nada. Como el cadáver había quedado traspuesto en la entrada todos habían tenido que saltarlo. Se hacía de noche en mi jardín del edén. Podría haber observado la carne fresca molida salir de la trituradora como en el video de *The Wall* de Pink Floyd sin inmutarme.

Como decía, aunque no era nuevo en lo de brincar muertos, cuando empezaron a olvidarlos

casualmente por mis rumbos lo que me preocupaba era mi hija. No deseaba que tuviera un encuentro con un ejecutado. No me malentiendan. No pretendía que nunca estableciera contacto con la muerte. Eso lo experimentaría cuando algún miembro de la familia pereciera. Mi temor nacía al pensar que se enfrentaría con una víctima, un protagonista directo de la violencia que se vivía en este país. Ese día le arrebatrían la poca inocencia que aún preservaba. No habían sido contadas las ocasiones que llegaba a casa y me soltaba: «Papá, se armaron los chingazos». Una frase que repetía siempre que escuchaba una sirena, una ráfaga, un granadazo. Y apenas tenía cinco años.

Hacía tiempo que había dejado de caminar hacia el Poniente. No me gustaba sortear cadáveres a unas cinco calles de mi casa. Pues me los aproximaron aun más. Me los encontraba a una cuadra, hacia el sur. Frente a Soriana. El narco todo marca. No tenía ni tres días que habían abierto esa sucursal y los cárteles ya la habían inaugurado. El primer muertito lo arrojaron a las dos de la tarde. La hora de la comida. Los siguientes tres fueron depositados a las siete de la mañana. El momento en el que todo mundo salía. A la escuela o el trabajo. Dónde había quedado aquel pudor de los capos que sí, tiraban cuerpos, pero durante la madrugada. Qué manera de retorcer el *script*. Cuándo se ha visto en una película que se haga una exhumación de día. Seguía pensando que lo mejor era mudarme. De rumbo, de ciudad, de país.

Todo lo anterior me causaba pesadillas. Era incapaz de aceptar que tenía miedo en la vigilia, pero en lo onírico todo se me manifestaba. Soñé que me detenían en un partido de fútbol. Era un llano cualquiera. De los que se encuentran en todo el país. A los que cada domingo se acude con la esperanza de que entre tanta tierra suelta surja una leyenda. El próximo Oribe Peralta. Yo me encontraba entre el público. El juego todavía no comenzaba. Los jugadores calentaban. Era insólito, lo sé, pero el árbitro era Chiquimarco Rodríguez. Inesperadamente apareció un comando especial gate. Los agentes encapuchados. Y a todos, afición incluida, nos comenzaron a capturar. Como si fuéramos perros con rabia, nos lazaban con correas. Con una brutalidad policiaca que no he visto ni en los videos sobre las revueltas en Chicago en 1968, nos aprisionaban del cuello.

Tres noches después volví a soñar. Esta vez con un retén. Me recordó un viaje que hice a Zacatecas. Supe que había arribado a ese estado por el apabullante despliegue policiaco. En el sueño me detenían. Y me depositaban en una casa de seguridad. Amarrado. Lo primero que se me ocurrió es que me habían capturado por algo que había escrito. Pero no. Se lardaban en matarme. ¿Recompensa? Soy un pobre diablo. El terror de ese episodio, estar amagado y amordazado por días, no era comparable con el desenlace de la pesadilla. Me dejaban en libertad. Se habían equivocado. Y me permitían largarme. No experimenté alivio alguno al despertar. No porque deseara estar muerto. Porque estoy seguro de que si atravesara por eso en la realidad, si ellos no me mataban, yo mismo me pegaba un tiro después de pasar por aquel suplicio.

Además de los muertos que van al súper, existían otras cosas que me afectaban. Habían incendiado el bar McAllen. A las tres de la tarde. Un día antes de que le prendieran fuego mataron a un sujeto a las diez de la noche en la mera puerta. Antes de que naciera mi hija era clientazo de ese lugar. En diciembre de 2003 acudí durante todo el mes. Sin faltar un solo día. Desde el

primero hasta el treinta. No superé el trance solo. Un compa me acompañó casi todas las jornadas. Yo amaba esa cantina. Los sábados se presentaba un imitador de Rigo Tovar sensacional. Ahí amasé a las gordas más suculentas de todo el circuito de cantinas de la ciudad al ritmo de Tropicalísimo Apache.

Las cantinas se pusieron tan peligrosas que renuncié a ellas. Estaba consciente de que cualquier día me podían matar dentro de una. Para robarme. O podía encajar a la perfección en la estadística conocida como daño colateral. Pero ya no se podía estar a salvo en ninguna parte. Y menos siendo tan curioso. El narco me despertaba morbo. No solo a mí. A casi todos los miembros de mi generación. A un amigo fotógrafo estuvieron a punto de quebrarlo hace unos meses. Lo invitaron a convivir con unos halconcillos. En la loquera le sacó fotos a las pacas de mariguana, a los paquetes de cocaína, a los morros con las armas largas. Y unos días después lo amagaron con un arma para quitarle la computadora y la cámara. No lo juzgué. Yo hubiera hecho lo mismo. Uno es capaz de cualquier cosa por una experiencia estética. Como cualquier práctica tiene que ser verdadera, aunque conlleve una muerte verdadera también.

Solía pasar todos mis cumpleaños en cantinas. Pero mis tugurios favoritos estaban desapareciendo. Tuve que cambiar la manera de festejarme. Cuando cumplí treinta y cuatro años me di un encerrón con una morra. Mientras cogíamos, escuchamos una balacera. Unos sujetos se habían parapetado en una casa cerca de la Alameda. La propiedad era de un par de viejitos a los que asesinaron. Después los sicarios repelieron el fuego de la policía durante cuarenta y cinco minutos. Fue una semana escabrosa. Días después se desplomó una avioneta en la avenida Feo. Sarabia. Sería una estupidez tratar de competir con otras zonas de conflicto. Pero por lo pequeño de la ciudad, Torreón era uno de los peores sitios en cuanto a violencia se refiere. Ya me lo había confesado el director del Cereso, me lo dijo bajita la tenaza: «La plaza está pesada».

Semanas atrás había visitado la prisión. Uno de mis objetivos era encontrar a mi amigo Tino, preso por apuñalar a su madre adoptiva ciega. En su drama me basé para escribir un cuento. En lo que se refiere a condiciones de vida, el Cereso de Torreón era fresa en relación a otros penales del país. Para quienes no conocen las penitenciarías, no era ninguna réplica de Lecumberri. Tampoco presumía las instalaciones de un presidio de Nuevo León. Internarse en su hábitat equivalía a penetrar una gran vecindad no tan destartada.

La mística que experimenté al franquear los muros no fue similar a la que vemos en las películas. Yo lo viví de primera mano. Después de un recorrido por las áreas de mayor orgullo: la raquítica biblioteca, el taller de carpintería, el altar a la Virgen, me dirigí a la oficina del director. No quiero ser quisquilloso, pero sospecho que el funcionario estaba malo de la gripa. No dejaba de sorberse la nariz. Tenía a su lado un montículo de servilletas de papel con las que se toqueteaba las fosas nasales cada dos minutos. Se comportó como todo un general retirado del ejército, su antigua chamba. Antes de despedirnos, al enterarse de que yo era escritor, me obsequió uno de sus arrebatos culposos. Se puso de pie, tras de él la bandera lo centineleaba, y me confesó que amaba la poesía. Había sido declamador en su niñez. Agarró aire y se lanzó a recitar de memoria «La suave patria» de Ramón López Velarde. Una idea me vino a la mente: nuestros mayores asesinos son nuestros mayores patriotas. Al terminar, se siguió con el «Credo». Desde aquel día no me he vuelto a parar en el Cereso.

Esa semana, me ponía melanco salir a la calle, dirigirme a la oficina a lidiar con cosas triviales, mientras usaban nuestras calles como fosa común. Tal vez alguien en el otro extremo del país levantara la mano y afirmara que su ciudad era más peligrosa que Torreón. Ni dudarlo. Sin embargo, habitar esta tierra se había convertido en una carga extenuante. Así estaban las cosas: condenados por Estados Unidos; un gobernador diezmado; desmadre en el Cereso; ejecutados; y sin cantinas. Y yo solo podía pensar en una cosa; ¿hasta cuándo voy a seguir protegiendo a mi hija de la realidad? Tenía que largarme, pero ya. Sin embargo, aunque estaba decidido, no era tan fácil. En lo que nos marchábamos, llegué aún a conclusión. No sacaría a mi hija a caminar por la colonia. No hasta que dejaran de tirar cadáveres. Si me preguntaba por qué no la llevaba al balé, no sabría qué responderle. No podía contestarle «porque todo le pertenece al narco, la ciudad, mi vida, la tuya», no lo comprendería. Y esa incapacidad mía para explicarle el mundo abriría entre nosotros un abismo.

EL KARMA DE VIVIR AL NORTE

El oficio de *viene viene*, franelero o limpiaparabrisas, se había convertido en un deporte extremo. Para nadie era un secreto que desde hacía tiempo *los viene viene* eran utilizados por el hampa como halconcillos, mandaderos, recaderos o antenas. Informantes, orejas, servidumbres, al servicio del crimen organizado, de este o aquel bando. Dentro de las jerarquías de los cárteles, este rango se encuentra en la escala más baja. En Torreón varios lavacoches habían sufrido atentados.

En tan solo cuatro días se registraron veintiséis asesinatos. Once derivados del ataque al centro de rehabilitación cristiano Tu vida sobre la roca, del ejido La Unión, la tierra de Oribe Peralta. Carnitas al estilo Coahuila. Y el gobierno del estado no se demoró en emprender acciones a raíz de los sucesos. Rubén Moreira firmó el decreto para crear la comisión Intersecretarial de Seguridad. Además se tomarían otras medidas, como el incremento de retenes de acceso de Durango hacia Coahuila y viceversa. Traducción: más alienación para el ciudadano común.

Siempre que se implementaba una nueva medida de seguridad, quienes la padecíamos éramos la raza. Los malandros no, el crimen organizado vivía, como dice la rola de Judas Priest: *Breaking the law*. Deberían cambiarle el nombre a la entidad, que en lugar de Torreón se llamara Ciudad Retén. Conforme las calles se militarizaban, la gente prefería quedarse en sus casas. El aislamiento se volvió tan dramático, que la única forma en que el lagunero podía interactuar con la gente era a través de las redes sociales.

Unos días después de los asesinatos de los franeleros viajé a Monterrey. Me tocó atravesar en taxi uno de los retenes más aterradores con los que me he topado en mi vida. Más denso incluso que los de Sinaloa o Zacatecas. Pareciera que nos estuviéramos peleando por petróleo, pero los cárteles solo disputaban el control de los puntos (venta de droga) y la propiedad de las rutas para transportar la merca. Crucé el retén en *slow motion*. Se me hizo eterno, como los veinte años que esperé para que Patti Smith viniera a México. Todos los guachos estaban ocupados, inspeccionaban vehículos de todo tipo. De no ser por eso, me habrían parado, con el *outfit* de cocainómano que me cargaba. «Es benigno» había sido suplantada como la frase más bella del idioma por «Me la peló el retén». Pobre de mí si hubiera sido abducido. No existe nada peor que caer en manos de la chota en una ciudad que no es la tuya. Lo primero que piensan es que ya te adheriste a un cártel y andas delinquiendo.

No me detuvieron, pero tampoco me fui limpio de Monterrey. Por la noche tuve un desencuentro con la policía. Llámenme Chico Problema. Aunque en esa ocasión no hice nada. Ni jugué al *Begbie* ni aposté contra sicarios. Me arrestaron al salir de una arena de lucha libre femenil. Mis compas se pusieron a orinar en la calle. Y la poli nos estaba zorreando. No sé cuánto tiempo llevaban esperando. Pero sabían que un par de cabrones saldrían de la lucha y apenas darían dos pasos se pondrían a mear en la calle. Pinches borrachos. Nada les costaba regresarse y mear en el mismo baño que usaban los rudos como vestidor. Con lo que no contaban los chotas era

que los acompañaría otro cabrón, que no cometería ninguna falta, o sea yo. Pero les valió madre. Me esposaron. No me opuse al arresto, sin embargo, me treparon a la granadera como si del caníbal de Miami se tratara.

Dentro de la patrulla iba trepado un franelero. O exfranelero. Sin pedírselo, me contó su historia como limpiaparabrisas. Cuando terminó me quiso dar el sablazo típico. «Préstame cien varos, pareja, para que me suelten estos putos», me soltó muy sácale punta. No le hice caso. Nunca he caído en los separos de Monterrey, así que estaba pensando en lo que me esperaba. Saqué mi celular y comencé a tomarme fotos con el franelero. Un poli abrió la puerta de la patrulla y gritó que guardara mi teléfono. Me quitó las esposas. «Bájate», me ordenó. Apenas toqué el piso me arrimó un patadón en el culo. «Por mamón», me dijo. «No somos tu juguete», gritó. «Ve a tomarle fotos a tu chingada madre». Me dejaron ir por doscientos varos. Bonito estado de Nuevo León.

Al volver a Torreón me esperaba una sorpresita. Descubrí que habían saqueado mi casa. La puerta que da al patio estaba violada. Se robaron equipo de sonido, televisor, reproductor de Blu-ray, lociones, y una fortuna incalculable en discos. Me la tenían más que cantada. Ya me habían arrancado el medidor del agua, luego me birlaron la tubería de cobre. Pero no hice caso. Mi primera reacción fue encabronarme. Llamé a la policía. Levantaron un reporte. De inmediato me lancé al Ministerio Público a levantar la denuncia. Pero antes de llegar, me arrepentí. Desistí de la demanda porque era ridículo. Yo ni siquiera calificaba como una víctima de la violencia. Seguro en el MP me toparía con gente que estaría reportando la desaparición de un familiar. O con el chofer de un camión de ruta al que habían rafagueado con el pasaje dentro. A mí me habían hurtado cosas que todas juntas apenas si sumaban cuarenta mil pesos. El valor moral de mi pérdida consistía en los años invertidos en atesorar mi discografía. Y eso no lo iba a recuperar. Le ordené al taxista que me llevara a una ferretería. Compré una chapa y fui por un cerrajero para que me la pusiera.

Chula provincia. Qué hacía. ¿Quejarme, maldecir, mentar madres? Qué ganaba. Era el karma de vivir al norte. El precio que debía pagar por seguir en Torres.

LA MURGA DE LOS RENEGADOS

*Entre sopores, modorras ciegas
y oscuridad de bodega sin luz
va esta murga desencantada
lleva siglos así.*

Patricio Rey y Los Redonditos de Ricota

No conseguía recordar cuándo había sido la última ocasión que estuve tan melanco. Mi *spleen* me hizo acordarme de la visita que realicé al penal de Chiconautla en 2009.

Colarme dentro me confirmó el principio *normanmeileriano* que asegura que los tipos duros no bailan. La cárcel de Ecatepec no era cualquier prisión. No era como una norteña. Y no por ser más extrema que otras del centro, como Santa Martha o el Reclusorio Norte. Sino por su ubicación. Desde sus entrañas el único paisaje que se divisaba era un cerro de basura.

Existen presidios memorables, Folsom, que inspirara a Johnny Cash una canción, o aquella puerta negra que se encuentra cerrada con tres candados, o la jaula que por ser de oro no deja de ser prisión, pero ninguno tan memorablemente *malcolmlowryano* como el de Chiconautla.

Partir desde Coahuila hacia el Edomex para visitar un tambo entrañó una ternura materna sumamente conmovedora e ingenua. «Mijo, encomiéndate a San Apapurcio», me dijo mi madre, debido a la arraigada creencia que se tenía de que el chilango era el sitio más peligroso del país. Qué importaba que en el norte el clímax de violencia rompiera récords. La capital siempre representaría el infierno.

Llegué crudo al DF De ahí me trasladaron en coche hasta Ecatepec, para leer parte de mi obra en Chiconautla. No era la primera vez que flanquearía las puertas de un centro de readaptación social. Antes de dirigirnos al penal, caminé por Ciudad Azteca, caminé por Santa María y me enamoré de sus tacos. A pesar de que todos me advertían que tuviera cuidado con los punks, recorrer Ecatepec no se comparaba con el peligro que representaba andar por ciertas calles de mi ciudad.

Nos trepamos a un carro y nos pusimos en marcha. Durante el trayecto tembló considerablemente. Pero en movimiento no percibí el oscilar de la tierra, así que me perdí el pánico en el rostro de la gente. El penal se encontraba en la periferia de la ciudad. El trayecto era accidentado. Un rumbo sin ley donde, aseguraban los ecatepenses, se mataba y se desaparecía por deporte. Como soy norteño, quizá me llevaran hacia aquellos parajes para que no extrañara Coahuila. Después de tanta calle mal pavimentada, de terracería y de paisaje apocalíptico, topamos de frente con el centro de readaptación. Aquel encontronazo fue una especie de revelación. Como aquella que sufren José Mari y Ángel Berriantuar cuando Kaban les descubre el polígono en donde va a nacer el anticristo en *El día de la bestia*.

Entrar al reclusorio fue un pedo. Yo iba vestido de negro, como Johnny Cash, color negado

para los visitantes, pues es el color que identificaba a los guardias. Además, había olvidado mi credencial de elector. Siempre me sucede. El día que encuentren mi cuerpo muerto tirado por *ai* van a batallar para identificar mi cadáver. Como era un visitante especial, se me permitió la entrada aunque no cumpliera con los requisitos. Y justo como en las películas, traspasé varias rejas antes de encontrarme en compañía de los reclusos. Una vez en el patio central, lo primero que me topé fue una riña entre dos presos. De inmediato vinieron a mi mente los relatos que me habían contado sobre el motín que se había realizado ahí mismo en el 2006. Para buena suerte de mi salud mental, el borlote fue apagado por dos custodios. Enseguida, un río de orines golpeó mis sentidos. Varios reos barrían un mar de meados por el pasillo lateral del patio. Era la orina rancia de varios meses expulsada por cientos de cabrones.

Llegué a un espacio denominado patio de actividades. Entonces se me reveló el demonio de Lowry en todo su esplendor. El penal no se encontraba bajo el Popo, sino dominado por un volcán de basura que en lugar de lava despedía los humores de los desechos. En cuclillas, mientras aguardaba mi turno para leer a un público de rabiosos presos, observé a ciertos reos colgar unas cobijas en una malla ciclónica. Detrás de todo aquello se ostentaba el cerro de basura. Una vibra pesada comenzó a invadirme. Y un nudo se formó en mi garganta. Empecé a sentir unos irremediables deseos de llorar. Estar metido en Chiconautla, y pensar en que todos aquellos cabrones, sin importar qué hubieran hecho, tenían que vivir bajo ese volcán, hizo que me derrumbara. Conseguí aguantarme las lágrimas. Por temor a que no fuera bien visto llorar dentro del penal, aunque por dentro estuviera seguro de que en su interior no solo todo el mundo lloraba, también reía, gozaba, cogía, se enamoraba. Pero eran emociones secretas. En público todos actuaban como tipos duros. Y nadie se permitía mostrar una emoción que fuese mal interpretada por los otros como un signo de debilidad.

Tocó mi turno y me eché a los presos a la bolsa. Empecé mi lectura diciendo lo mucho que teníamos ellos y yo en común. Les leí textos inspirados por una morra que me dejó y les dije: Sé que a ustedes no los han abandonado, pero supongo que afuera los espera una morrita, que les corta las uñas de los pies. La aprobación no fue general, pero no me abuchearon. Les hablé de cumbia. Y aquello, mi perorata de civil libre hijo de puta, empezó a sonar como la murga de los renegados, esos renegados.

El penal me cambió la vida. No era como entrar a un penal en el norte. Salí de ahí siendo un nuevo Cónsul. Había estado bajo el volcán. Y me arrastré hacia la calle pensando que nunca me volvería a sentir tan triste otra vez en mi vida. No sabía lo que me esperaba. No sabía que Coahuila se convertiría en la capital mundial del horror.

TORREÓN WAY OF LIFE

«En los pueblitos del norte siempre ha corrido la sangre», mienta un corrido escrito por Julián Garza.

En concordancia con los relatos populares, en los últimos tiempos Torreón se había convertido en un rastro. En cuanto a las estadísticas, éramos una cifra más en el conteo del infortunio. Sin embargo, los sucesos, que causaban pánico, desestabilidad social y homicidios, no habían provocado una transformación radical en los habitantes. Solo un reducido porcentaje de personas habían emigrado. Por el contrario, se desarrolló una domesticación de la violencia. No concebía una fuga masiva por la situación que atravesábamos. Pero sí consideraba que experimentábamos un *crack-up* que no se rompió. Qué sostenía a estos ranchitos del norte. Ante los acontecimientos y la respuesta (permanecer-pertenecer) de la población, surgieron ante mí varias preguntas: Qué nos definiría como norteño-torreonenses. En dónde radicaba el rasgo de identidad que nos unía ante tanta violencia. Qué nos sostenía imantados a una tierra que cada día que transcurría se alejaba más y más del ideal primario de supervivencia.

Una madrugada recibí la llamada de José Alfredo Jiménez, artista plástico. Eran las cinco AM «Qué reputas haces despierto», me increpó. Veo *The Wire*. «Por qué mejor no escribes», continuó. Seguro pensó que observar una serie es entregarse a los caprichos de la procrastinación. Quizá. Pero no con esta serie. Cuando veo *The Wire* estoy escribiendo, me defendí. Cuando proferí tales palabras tuve una revelación, si se me permite la imagen. Y no trataba en absoluto sobre mí. Como deseé creer en un principio. Era sobre la ciudad. Comencé a recapitular y descubrí un paralelismo horrorizante entre Torreón y el Baltimore que es retratado en la pantalla. Vino a mi memoria un diálogo entre dos policías. Como en nuestro país, los gringos de la serie le habían declarado la guerra al narco. Era una imprecisión, definitoria, calificaría yo, de la realidad mexicana contemporánea. Una piña que la charla entre oficiales clarifica a la perfección. Uno de ellos sostenía que su combate contra el narcotráfico no era una guerra. «Porque las guerras terminan». Oh, verdad. Entonces, en medio de qué estábamos nosotros. En qué temporada iba Torreón. Esta sutileza, obvia si se antoja, me descubría que la narcoviolencia había rebasado los niveles de audiencia. *The Wire* solo tuvo cinco temporadas. Torreón no era *The Wire*. Pero Torreón sí era Baltimore.

Entre las coincidencias descubrí que Baltimore contaba con el mismo número de habitantes que Torreón cuando se transmitía la serie (2002): seiscientos mil. Mientras observaba obsesionado por enésima vez los capítulos de *The Wire*, me repetía a mí mismo que los escenarios donde se desarrollaba la trama me eran conocidos. Nunca he pisado Baltimore. Tampoco los rememoraba por una especie de *dejà-vu* televisivo. No deseo parecer exagerado, o excesivo, pero lo que atestiguaba en la pantalla eran los mismos platos donde se filmaba la cotidianidad aplastante de

mi ciudad. Y por encima de todo, me resonaban estas palabras de David Simon (creador de la serie): «Yo soy totalmente contrario a la prohibición de las drogas. Lo que comenzó como una guerra contra el narcotráfico hace ya varias generaciones se ha convertido actualmente en una guerra contra las clases marginadas, y lo que las drogas no han destruido en nuestras ciudades lo ha destruido la guerra contra ellas». Una guerra contra las clases marginadas era una definición más exacta para explicar lo que se escenificaba en Torreón. En este ranchote, como deduzco se repite en otras zonas de la república, todos los convoys que lo transitaban: Federales, Guachos, gate, Estatales, Municipales, Grupos Especiales, etc., apuntaban sus armas indiscriminadamente a la ciudadanía en general. Entonces todo se distorsionaba, salía de cuadro, se volvía un *ready-made*. Y la destrucción era palpable.

Torreón era una ciudad postindustrial, con el debido paisaje apocalíptico que esto conllevaba. Apenas si rebasaba los cien años de edad. Una colonia fundada por nómadas procedentes de distintas partes del país. Qué nos otorgaba significado entonces. Un indicio podríamos encontrarlo en una marca: Lala. Que aludía a La Laguna, conformada por, como decía el himno del equipo Santos, «tres ciudades, dos estados». Torreón, Coahuila, Gómez Palacio y Lerdo, Durango. En honor a las escrituras terminaré el verso que cité: «en un solo corazón». Lala es uno de los abastecedores de productos lácteos más prominentes del país.

Sin embargo, como una gran cantidad de industrias, estaba ligada a la especulación. Se presumía que la extracción del agua para regar la alfalfa de la que se alimenta el ganado lechero estaba acabando con el Valle de Cuatro Ciénegas. El agua ocupaba un lugar preponderante dentro de la historia de Torreón y de la región coahuilense, donde se encuentran las pozas del valle.

No solo aquí, sino para todas las regiones del norte que padecen sequía, el agua es indispensable, pero en nuestro entorno alcanzaba un matiz complejo. Por lo mencionado anteriormente. Y por su relación esotérica con la cerveza. Según la banda, el agua de la región es lo que la hace tan buena. El papel de la lechería dentro del crecimiento de la zona fue fundamental. Sin ella la región no sería lo que era. Y no me refiero solo al aspecto económico o de crecimiento. También aludo al plano subliminal.

Torreón cuenta con un equipo profesional que pertenece a la Liga Mexicana de Beisbol. Durante mi infancia, mi padre me llevaba al parque Revolución a los partidos de Los Algodoneros del Unión Laguna, cuyo uniforme era guinda y blanco, con un logo clásico, calcado de los correspondientes de las grandes ligas. Cuando el equipo fue vendido al consorcio comercial Soriana, cambió de colores y de nombre. El guinda fue sustituido por un naranja fosforescente. Y pasaron a llamarse Vaqueros. Desconcertante, por supuesto. En este páramo yermo jamás habíamos avistado el *Western* más que en películas. De dónde sacaríamos *cowboys*. La única explicación que existe para esto son las vacas. Y las únicas que conocíamos eran aquellas que se encontraban dentro de las plantas productoras de la empresa Lala. Este rasgo me parecía significativo en cuanto a cómo se fue construyendo la identidad del torreonense. La mayoría de nuestros orgullos correspondían al simulacro.

Además del ganado lechero, ostentábamos ganado vacuno. Y su escaparate se llamaba Carnes

Laguna. Un cliché ¿no? La calidad de nuestra carne me parecía de la mejor del país. En carne roja éramos los amos. O casi. No teníamos nada que pedirle a los cortes argentinos. Su consumo incidía directamente en el carácter del torreonense. Los veganos afirman que su ingesta es nociva para la salud. No tengo los elementos para contradecirlos. Pero sí puedo sostener que el torreonense carnívoro, un alto porcentaje, se suicidaba a base de carne roja.

Tampoco asistimos nunca en esta ciudad al espectáculo de un paisaje poblado de ganado vacuno. Se encontraba albergado en establos. Y el talante ciudadano de esta urbe no nos ligaba a ello. ¿O sí? Retomo el ejemplo del equipo de béisbol. *Again*, se trataba de vacas.

Siempre que han colocado frente a mis narices una cerveza de la compañía Moctezuma lo he tomado como una especie de afrenta. No me considero un erudito de la chela. Comencé a emborracharme a los catorce años. El derecho de antigüedad me otorgaba el empecinamiento empírico para conocer en mi paso, concienzudo y reflexivo algunas veces, atropellado y embrutecedor casi siempre, el *taste* de algunas cheves. Y en ese concubinato me decidí por el Grupo Modelo. Orgullo de Torreón. Antiguo *owner* del equipo de fútbol. Y también antiguo símbolo de la región.

De entre todos sus productos me incliné por la Modelo Especial de botella. En mis recién cumplidas dos décadas como bebedor me había hastiado de todas las variedades. Corona, Victoria, Modelo Especial de bote, Modelo *light*, hasta de la Negra Modelo. Y no hablemos de la competencia. En ocasiones, debido a los bares que frecuentaba, me vi obligado a consumir Indio. La abomino. Amarga. Según un compa, las cervezas están fermentadas con esencias, y la Indio contiene clavo en exceso. De ahí su sabor. La única chela que no me aburre es la Modelo Especial de botella. Para mí la mejor. En cuanto a las marcas extranjeras me abstengo de opinar. La mayoría no estaban diseñadas para el consumo del ciudadano de a pie.

En este desierto lo único que consigue defendernos del calor es la cerveza bien helada. Existe una creencia popular de que la región, esto solapado por supuesto por los comerciales de Corona, confeccionaba la mejor cerveza de México. Un empleado de la cervecería me aseguró, en llamada telefónica, que todos los productos del Grupo Modelo eran de la misma calidad, sin importar dónde se producían. Para la cervecería, la creencia generalizada de que lo que se generaba en esta zona es superior era un mito. Pero así como el sinaloense insiste en que la mejor Pacífico se consigue en Mazatlán, para los laguneros, de aquí se exportaba la mejor chela. En ambos casos, la fortuna del proceso radica en la calidad del agua. No dejaba de resultar paradójico que en algunos de los promocionales de la Corona se utilizaran imágenes del Valle de Cuatro Ciénegas, zona conformada por una reserva de agua subterránea que emergía a través de un sistema de pozas conectadas en el subsuelo.

Lo contradictorio residía en la presunción de recursos naturales en extinción. La depredación de la región había servido como imagen para la consolidación de la industria. Grupo Modelo no era responsable directo, pero era visible la conexión. La imagen más poderosa a la que aludíamos en este desierto es el agua. No pocos atribuían la excelencia de los melones y las sandías de Tlahualilo, Durango, al mismo factor. Grupo Modelo utilizaba el líquido que extraía del subsuelo del municipio de Torreón. De un área que se encontraba a salvo de salinidad y arsénico. Según CONAGUA, hacia el año 2030 en la Comarca Lagunera escaseará el agua. El agua que abastecía la

zona metropolitana ha dejado de ser potable. Y los mantos que se encuentran fuera de la burbuja concentraban un alto grado de arsénico y no son aprovechables ni para empleo agrícola o industrial.

La versión de un trabajador de Grupo Modelo, quien me negó una visita a la planta, de que la calidad se reproducía independientemente del agua con que se elaborara, se contradecía con teorías de otros trabajadores de la misma empresa que juraron que la calidad generada por esta sucursal era incomparable. Quizá las aseveraciones populares obedecían más a un sentimiento chovinista que a una certeza de producción. Una explicación posible era el clima de la ciudad. Torreón cada año se pone más caliente. No era lo mismo beberse una chela tibia en un restaurante de la Roma que una caguama helada bajo el solazo lagunero a cuarenta y cuatro grados centígrados después de caminar un par de calles a la intemperie.

¿Carne, leche, cerveza? ¿Eso éramos? ¿Torreón estaba sostenido por alfileres? ¿Acaso nuestros productos impedían que nos desmoronáramos definitivamente? Quizá una parte del orgullo lagunero descansaba en ellos, pero si se me diera a elegir, preferiría buscar mis raíces en otra parte. En la música, por ejemplo.

Otro signo fundamental, pero insospechado, donde se recargaba la identidad torreonense, era la cumbia lagunera. Su cumbre: Tropicalísimo Apache. Salido de un barrio bravo, como debe de ser para todos los cambiaderos que se respeten, la agrupación fue fundada por Arturo Ortiz. A lo largo de su historia había sufrido cambios en la alineación. Durante un periodo se pensó incluso que se habían desintegrado. Pero continuaron. Con las dos voces que le imprimieron un sello inconfundible a su sonido: Arturo Ortiz y Víctor Manuel Solís. En 2012 celebraron su treinta aniversario con un baile en el Teatro Nazas de Torreón.

Todavía recuerdo el primer baile de Tropicalísimo Apache al que asistí (me llevó mi madre a los ocho años). Era 1986, acaban de lanzar *Regresó la Medallita*. El disco incluía «La hierba se movía», una canción que se volvería emblemática para la región. Estaba cargada de doble sentido, aludía al movimiento de una pareja que copulaba oculta entre unos matorrales. Entre la raza, la pieza adquirió un matiz más gandalla. Relacionaron la yerba con la mariguana y se granjeó una fama enervante.

Su primer disco, *La burlona*, presentaba en la portada la imagen de unas palmeras junto a una laguna, en franca alusión al trópico. Algo en apariencia ajeno a esta región. Pero que llevó a la comunidad a un grado de identificación que pocas veces se ha presentado en la tradición de la música popular lagunera. Aunque podría parecer contradictorio, el mensaje subliminal era acertado. La avenida Morelos de Torreón está plagada de palmeras. Las mismas que usó el grupo para representarse. A partir de 1985, Tropicalísimo Apache construyó una carrera exitosa y prolífica. Creó un himno: «En La Laguna». Pero más allá de eso consiguió algo que pocos movimientos musicales en el norte han logrado: crear un sonido único. Una narrativa. Y una relación con el terruño solo comparable a la música norteña o al regiovallenato.

La cumbia lagunera, y su manera de narrar historias, se convirtieron en un estilo único dentro del género de la cumbia. Tropicalísimo Apache continúa siendo el exponente más representativo de esta corriente. Hasta 1995 gozaron de un poder de penetración multitudinario a nivel nacional. Después, Pedro Ortiz, figura clave de los primeros años, abandonó el grupo.

Desde entonces Apache ha sufrido altibajos. El gusto del público se ha visto atrapado por bandas más recientes, como los Chicos de Barrio, o Los primeritos de Colombia (en el vallenato) o la Sonora Everest (yo me hice novio de una morra solo porque su carnal tocaba ahí), o la Sonora Tropicana o la Real Sonora, pero el lugar que conservaba Apache en el inconsciente colectivo permanece intocado. Su sonido es característico de esta región. Inconfundible.

Siempre que me preguntaba a mí mismo qué somos los torreonenses, me respondía: un sonido. Somos pura música. La cumbia colombiana había emigrado hasta este desierto y se había convertido en una parte más del paisaje. Era imposible dimensionar hasta qué grado la estructura de la cumbia lagunera influyó en la vida de esta ciudad. La forma en la que estructuraba sus historias es apabullante. Dueña de una soltura narrativa natural proveniente de la oralidad. Hace un tiempo, cuando también me preguntaba cuáles eran los rasgos que identifican como coahuilense, pensé en Apache.

Torreón no pertenecía a Coahuila en terrenos ideológicos. La prueba era la cumbia lagunera. Fuera de Los Cardencheros, que era una herencia lagunera también, no se ha registrado fenómeno similar a Apache en Coahuila o en otros estados del norte. Y era ahí donde el abismo entre La Laguna y otras ciudades se volvía insalvable. Éramos poseedores de una narrativa a la que ellos jamás podrán aspirar. El desarrollo artístico que ha tenido Torreón en tan solo cien años es avasallante.

Recuerdo que cuando trabajaba en una tienda de discos Inés Ortiz fue a comprar un disco de Santana donde viene «Marcela», (un *cover* sensacional de esta rola apareció en el disco de 2001 *Para todos con sabor*). El espíritu de Apache continúa presente en la lírica lagunera. Uno de sus grandes temas, «Loco», fue modificado y adaptado por la porra la Komún, como un himno que se canta en la tribuna siempre que hay partido en el Territorio Santos Modelo. La paráfrasis era: «Loco, me estoy volviendo loco, loco y Guerrero».

Una suma, de los productos y el ritmo de la ciudad, me podría dar indicios de cómo estaba conformada la ontología lagunera. Pero estaba incompleta. Faltaba el fútbol.

En 1997, cuando era incapaz de pagarme ni siquiera un trago (bebía a costa de mis amigos) o un boleto, para entrar gratis a todos los partidos me metí a trabajar como vendedor de cerveza en el extinto Estadio Corona. Conocido como *La casa del dolor ajeno*, solo aquellos que tuvieron la oportunidad de visitarlo entienden la expresión. Un recinto pequeño que prácticamente mantenía al público encima de la cancha. De ahí su reputación. La de un espacio que obligaba a experimentar a la escuadra visitante la presión de una de las aficiones más famosas, por aguerridas, del fútbol mexicano.

Aquí se obtuvieron tres campeonatos. Y se forjaron jugadores que se convertirían en iconos santistas, como Jared Borgetti o el Pony Ruiz. El Corona guarda un lugar especial en la memoria de la ciudad por el encanto que poseía de estadio de barrio. Además de que siempre se le calificó como la cantina más grande de Torreón. Debido a un decreto estatal (después abolido) que prohibía la venta de alcohol los domingos, el Corona era uno de los lugares donde se condonaba la ley seca. Mi recuerdo más intenso, además de la emoción de los partidos, o de ver jugar a Apud, Adomaitis, Daniel Guzmán, Benjamín Galindo o Cuauhtémoc Blanco (vino una temporada como refuerzo), era que la cerveza era imposible de enfriar. Llegaba a los juegos desde las doce

del día. Yo trabajaba para Marín, un viejo famoso que vende cheve en el fut, en el beis y en la lucha libre. Después de atascarme un *lonche* de don Chilo, mi tarea era llenar una de las yeleras de Sombra Norte. Un eufemismo, porque hacía un calor de la chingada. La razón por la que la chela no se enfriaba era porque las yeleras eran de cemento. Estaban empotradas en la pared del estadio. El hielo siempre era insuficiente, para el medio tiempo todo se había fundido. Y las botellas de Corona o Victoria nadaban en caldo. Como estaban calientes, al servir las en el vaso hacían espuma de a madre. No cabían. Y una quinta parte se quedaba en la botella. Todos los residuos los vaciaba en un vaso que me tomaba apenas se llenaba. Antes de que el árbitro pitara el final del segundo tiempo yo estaba hasta las manitas. Salía siempre pedísimo. Y gratis.

Tiempo después me alejé del fútbol. Solo hasta que Torreón se convirtió en la ciudad más violenta del país volví a pensar en el Santos. Me invitaron a un partido contra Tigres. En el Territorio Santos Modelo. Un día antes del encuentro, comencé a presentar síntomas de gripe. Para no perderme el partido comencé a suministrarme antigripales como si fueran dulces. Para cuando entré al estadio, descubrí que en menos de veinticuatro horas me había puchado dos tiras. En las contraindicaciones recomienda que no se combinen con alcohol. No me importó. Comencé a beber, como siempre, como un maldito degenerado. Y me pegué dos o tres rayas de merca. No recuerdo nada del partido. Me convertí en un autistazo. El compa que me acompañaba estuvo a punto de agarrarse a chingazos con un putete de la porra del rival. Estábamos atrás de la portería. Ni me enteré. Al día siguiente andaba preguntando por el resultado.

Pese a los contratiempos, sentí que había recobrado una parte importante de mi ciudad. El siguiente partido volví. A Platea Federativa. Uno de los mejores puntos para ver la cancha. Al centro. Y a media altura. Me aburrí enormidades. Los espectadores de esa localidad estaban muertos. No gritaban. No cantaban. Parecía que estaban sentados frente a un televisor. Y a quien osaba escandalizar, como lo hice yo, lo abarataban con un «váyase a la lucha». Aquello no me impedía emborracharme y esnifar cocaína. Ni desbordarme de emoción. Qué diferencia con el antiguo Estadio Corona, donde el partido era un acontecimiento, dentro de la cancha y en las gradas.

En *Lonesome Traveler*, Jack Kerouac afirmaba que el *jazz* perdía todo su significado cuando era interpretado en clubes de élite. Algo similar experimentaba yo con el nuevo estadio. No era el único. Muchísimos aficionados renunciaron al espectáculo del fútbol en vivo desde la demolición del viejo Corona. Existía una salida. Una solución, aunque no la atisbé sino hasta tiempo después. La localidad de sol. El *jazz* no es el fútbol. Y aunque ambos son experiencias místicas, uno no peregrina a un local pero sí a un estadio enclavado en medio del desierto. El TSM perdió adeptos del Corona, pero se levantó una nueva afición.

El siguiente torneo acudí a un par de partidos más a platea. Fue una campaña triste. Santos quedó subcampeón al perder contra Tigres. Venía de una campaña anterior en la que fue eliminado de la liguilla por el América. Lo que yo buscaba que el fútbol me dijera sobre mí mismo no sucedió. Pude renunciar. Y no volver. Pero algo dentro de mí me impelió a regresar.

Para el nuevo torneo, regresé esta vez a sol general. Los resultados, en especial los de los partidos de fútbol, inciden en el comportamiento de las personas. Acá existe una teoría, medio en broma, medio en serio, de que cuando el equipo pierde se intensifica la violencia doméstica. Para mala entraña de las familias torreónenses, no contamos con una contraparte. Cuando los Guerreros salen victoriosos no aumentan los índices de armonía entre las parejas. Después de un triunfo, lo

menos que desea un aficionado es correr a casa para hacerle el amor a su mujer. Por el contrario, la borrachera se prolonga hasta lo indecible. Hasta que la cartera derrote al alma. Debería realizarse un estudio serio que atestigüe los cambios de humor de los simpatizantes del fútbol dependiendo de los marcadores de cada encuentro.

Para todos aquellos que han estado en la luna (es decir: platea) los últimos años o jamás han pisado un estadio de fútbol, les cuento cómo se vive un partido de semi en el TSM. Unos descarriados (entre los que me incluyo) entramos a las cinco de la tarde para un partido de la CONCACAF. El solazo nos pegaba de frente. Para los que llegamos a barrer se nos tenía un regalo. 2 X 1 en cerveza hasta las seis cuarenta y cinco. Así que nos pusimos a beber como unos jodidos perversos.

Para cuando el árbitro dio el silbatazo de inicio ya estábamos bien mamados.

El fut, como el box, debe disfrutarse en vivo. No es lo mismo guacharlo en la televisión. Además de que te ahorras las estupideces de los comentaristas, sientes cómo pesa la afición en una plaza. Quien estuvo ahí estará de acuerdo en que los dos penales que marcó el árbitro estuvieron afectados por la presión del público, incluida la villamelonada. La certeza de que habíamos pasado a la final nos puso más facinerosos que de costumbre. Hacia el medio tiempo fumé mota. Y me puse hasta el culo. Por más cocaína que me metía en el baño, seguía grifo. La yerba la había sacado el Kena, un morro que acababa de salir de prisión y se había ido derecho al estadio. Vivió ocho meses a la sombra. Pero apenas lo soltaron, se compró un *ticket* y se lanzó al juego.

Cuando comenzó el segundo tiempo nos brotó lo juligansote. Pero la culpa fue de la policía. Ante el desparpajo que traíamos, la tambora a madres, todos cantando: «Señores yo soy Guerrero y tengo aguante», nos quisieron reventar la pary, dizque por mariguanos. Lo demás les valía madres. Estaban cagados porque quemábamos mota. Pero ni que no fueran ellos también unos pinches macizos. Se nos acercaban y todos nos percatábamos de que tenían los ojos rojos y la boca seca. De repente sorprendí a uno de la bola cantándole un tiro a un poli. Y a todo el barrio tratando de apagar los ánimos. La llevábamos de perder. Unos refuerzos y tápate *ai*. Nos hubieran puesto una zapatería. Y nos habrían sacado al burguerito. Las aguas se calmaron y seguimos metidos en el marcador.

Pero volvieron. No sé si se trataba de un asunto puramente legal, pero me consta que un torreonense no soporta ver a otro torreonense contento, la hace de pedo. Un compa estaba decidido a agarrarse a chingazos, pero lo contuvimos. Estábamos más borrachos y motos que los polis. Más de pechito para que nos partieran la madre. La tira no se apaciguó hasta que se llevaron al Kena. Apenas había salido el compa y ya había caído de nuevo en las garras de la ley. Nos tranquilizamos *again*. Nos dedicamos a ver el partido y «que chinguen a su madre los cerdos», dijo uno.

Hasta que cayó el quinto gol. Bien pedos, faranduleros, nos desatamos. Dos compas del *crew* arrojaron cerveza a los villamelones que estaban más debajo de nosotros. Y se quejaron. Y volvieron los pinches pitufos. Y otra vez a discutir. A calmar a un compi, que traía en chinga a un viejillo bien pederero que no se callaba y nos apuntaba a nosotros como los responsables. Tanto se calentó el ambiente que le íbamos a partir su madre. Pero era un vejete que jamás se apersonaba en el estadio y no sabía que era parte del *show*. Que se fuera a platea. Pinche delicado. Se aceleró tanto uno de la bola que ya iba para abajo a madrearlo, pero lo agarramos a tiempo. «Usted ni la

haga de pedo, ya ni pelo tiene», le gritaron, y agüitado, el anciano se aplastó.

Después, en el desafore, dejamos de ir al baño y comenzamos a meternos coca ahí mero. No sospechamos de los tres compas que estaban detrás de nosotros. Era la primera vez que aparecían por ahí. Alguien del *crew* mencionó que nos estábamos aturrando de droga. Y de inmediato los morros esos, que seguro eran unos balconillos, comenzaron a hacerla de pedo por la procedencia del polvo. «No digas marcas», gritó uno de nosotros. Al parecer pertenecían al cártel de la competencia. Comenzamos a paniquearnos. Por un alarde así, lo mínimo que te toca son unos tablazos. Si los batos andan locos, igual te dan un tiro por fanfarrón. Pitaron el final y a un costado, encima de las cabeceras, comenzó a tocar en vivo la banda Toritos Barrio. Y salimos echando leche. Paranoicos de que fueran a seguirnos. Pero nos perdimos entre el gentío.

Lo grueso estuvo a la salida. Mientras abandonábamos el lugar, un grupo de encapuchados corría por entre los autos en movimiento. Todos iban aperingados de un arma larga y vestidos de negro. De inmediato me invadió el pánico. Lo primero que piensas es: Vienen por mí. Pero una vez superada esta fantasía caes en cuenta de algo que sí es factible y peligroso: va a desatarse la pelotera, y voy a quedar atrapado en el fuego cruzado. Ya me cargó la verga. Por suerte, se perdieron entre los autos delante de nosotros y pudimos escapar de la amenaza sin contratiempos.

Estoy convencido de que no solo nosotros atestiguamos el despliegue de los uniformados. Cientos de personas también. Sin embargo, no salió nada en las noticias. Todos calladitos. Este espectáculo debería ser suficiente para que nadie volviera al estadio. Pero si no pasó con el impresionante jelengue que se armó contra Morelia, ya nada asustaba a un aficionado santista.

Cuál era la relación de mi búsqueda ontológica con aquel episodio. La bronca, precisamente. Eso éramos los torreonenses. Quizá no todos. Pero con nuestro comportamiento demostramos que la violencia estaba en todas partes. Todo lo que pueda teorizar acerca de las señas de identidad de los laguneros no alcanzaría a definirnos tan específicamente como lo acontecido esa tarde. Y tener tiroteos o gente armada afuera del estadio eran los nuevos símbolos donde se agostaba nuestra identidad. Tolerar que se atentara contra un símbolo tan sagrado como el Santos era nuestra nueva metafísica. La base donde descansaba el Yo lagunero.

Días después llegué al estadio a las cinco para la final de la conca vs Monterrey. Una historia triste. Rayados se coronó. Hacía mucho tiempo que no veía llorar a tanta gente junta. Y todo mundo cantó, fumó, se emborrachó. Y como siempre, no faltaron los villamelones, que fueron incapaces de desdoblar la kilométrica bandera con la que nos cubrimos en parte al principio de los noventa minutos.

Pocos días después, el Santos empató en la semifinal contra Tigres. Iba perdiendo dos a cero. Y en el minuto 87 Peralta metió un gol, y el otro en tiempo de reposición. Santos pasó por tener mejor posición en la tabla. Pueden ser datos futbolísticos, pero en ese momento hablaban de lo que se vivía en Torreón. Del hambre de la gente por encontrar en el equipo algo que los ayudara a soportar aquella ciudad. Un triunfo dramático. Sufridísimo. Que me remitió al carácter del lagunero. Así se vive en Torreón, me dije. Así se juega. Mientras se difundía la noticia de la proliferación de cáncer en la piel debido al arsénico, por todo eso y mucho más, llegar la final

para todos fue un baile inconmensurable, inabarcable.

Y volví a pensar en la urbe. En la leyenda de mercado negro de que esta tierra posee el mayor índice de nacimiento de niños acéfalos debido a la contaminación generada por la planta de Peñoles. Y en Baltimore. Todo aquello me volvió a remitir a *The Wire*.

La diferencia, para atestiguar lo que ocurría en la ciudad gringa y esta, era que para husmear en su mierda debíamos contratar HBO. Torreón se transmitía por señal abierta. A nivel nacional. De manera gratuita. Y, no pude evitarlo, pensé en mí. En mis días de adicto al *crack*. Cuando me subía al Cerro de la Cruz a fumar en antena con el Picoyo. En mi estado físico actual. Y en que la maldita piedra es la culpable de lo jodido que estoy. Pensé en mí como en una especie de Jimmy McNulty. Alguien que lleva una doble existencia. Por un lado, una vida desordenada, tumultuosa, de sexo urgente y alcohol en exceso; y por el otro, una rutina familiar, abstemia, autocontrolada. Los días que cuidaba a mi hija, tres a la semana, me mantenía sobrio, luchando para sacar el trabajo de oficina y la integridad profesional (a veces haciendo el ridículo). Una trama en tensión, un personaje en crisis.

Días antes del partido de vuelta de la final del fútbol mexicano, por fin, después de tanto buscarle ruido al chicharrón, se chingaron al capitán Juan Manuel López Maclas, subdirector del Cereso. La había librado un chingazo de ocasiones. Hasta que lo encontraron dentro de un auto en el bulevar Torreón-Matamoros. Desde hacía meses se había desatado una cacería de brujas dirigida a los celadores del penal. Les dieron para abajo a varios. Todavía después de ajustar cuentas con el cabecilla, afuera de Bodega Aurrerá, atacaron al chofer del director del penal, quien solo resultó herido. Iba acompañado de tres menores. Rodrigo Fresán había afirmado que *The Wire* era una «serie trabajosa. Sobre el trabajo». Me preguntaba sobre qué trataba la serie que Torreón transmitía al mundo. Obvio no era sobre el trabajo. En las siguientes semanas los ajusticiamientos no cesaron. Acabarían con la vida del magisterial Federico Morado Campos en un semáforo. Su hijo, un menor de cuatro años, resultaría muerto. El karma no distinguía edades.

Para la final, no conseguí boleto de sol general. Intenté comprar uno tras la portería, en reventa, pero me lo ofrecían en cinco mil pesos. Me fui a platea elite. Extrañaba el desmadre. Pero no era un partido para el color, la droga, los abucheos. Lo único que importaba era que el Santos ganara el campeonato. Me mandaron con los *hipsters*. Después de precopear con un Jack Daniel's en casa y de zamparme unos tacos de camarón capeado, llegué al TSM, directo al bar. Y me pedí un megavodka.

A los conchudos de platea elite se nos obsequió una bandera. Que nos esperaba en nuestros asientos cuando llegamos. Viví una final sin cánticos, sin mota, sin mis compas, pero con el hígado apuñalado por el vodka. Seguro el alcohol del TSM estaba adulterado, porque con celeridad pasmosa me embriagué. Y al día siguiente sufrí una de las crudas más cruentas de los últimos lustros. Pero campeonamos. Santos ganó dos a uno.

Terminado el festejo en la cancha, la vuelta olímpica, el levantar la copa, la colocación de las medallas, etc., me quedé en el bar del TSM hasta la una de la mañana. Metiéndole al vodka. Disfrutaba enormemente el desmadre que traía la afición. Una rueda enorme que se hizo al centro de un pasillo y que los de seguridad intentaron sin éxito reventar durante dos horas.

La única manera de culminar una gran noche como esa, un año futbolero como el del Santos,

era con una típica cena lagunera: burritos. Salí a la calle. La ciudad estaba de fiesta. Era domingo y solo encontré un puesto abierto. Me pedí uno mitad chicharrón mitad deshebrada. Sentado en el cordón de la banqueta, pedísimo, me puse a observar a la gente que celebraba. Por un momento conseguí olvidarme de mis temores, de mis problemas, del narco. Para descubrirme cautivado por un equipo que en los últimos años había sufrido una serie de descalabros descomunales. Como el fantasma del descenso, la telenovela *emo* protagonizada junto al nini Carlos Ahumada, las pendejadas de Vuoso, las lesiones.

Y en plena madrugada, me volvió a asaltar la pregunta: dónde radica el rasgo que define la identidad torreonense. Y recapitulé: leche, carne, cerveza, cumbia y fútbol. Los cinco jinetes del apocalipsis. Los lácteos que nos otorgan fama, pero que para producirlos aniquilamos nuestro medio ambiente; la carne que nos recuerda nuestro gusto por la sangre; la cerveza que nos pone locos; la cumbia, el sonido que nos acompaña; y el fervor futbolero. Y miento si asevero que somos una mezcla de todo lo que aquí se enumera. Somos eso, sin duda. Pero no solo la suma de eso. Somos algo mucho más complejo. Que quizá no consiga averiguar.

La conclusión a la que llegué fue que estábamos en proceso de construcción de una nueva identidad. No era el momento para marcharme de la urbe. Así que tendría que posponer mi viaje. Algo se estaba gestando en Torreón. Y no deseaba perdérmelo. Si las cosas empeoraban, siempre existía la posibilidad de la fuga, pero con el equipo campeón, era inhumano alejarse de la ciudad.

POSTGARD FROM A YOUNG MAN

Mis aventuras en el fútbol, en busca del sueño posnorteño, debían terminar con la imagen de un individuo que llegó a su casa después de ver cómo su equipo alzaba la copa. Pero no podía dejar de consignar lo que sucedió al día siguiente. *Milenio* publicó una noticia en la que reportaba un ochenta por ciento de ausentismo laboral en la ciudad debido al campeonato. Un indicio clave que indicaba lo que acontecería por la tarde-noche. La ciudad se paralizó. Cuarenta y cinco mil personas salieron a la calle a festejar. El equipo realizó un recorrido por La Comarca Lagunera. Salieron en un vehículo desde el Aviión de Saravia, en Ciudad Lerdo, pasaron por Gómez Palacio y tomaron Torreón por el bulevar Independencia.

El desfile cruzaba por la esquina de mi casa. Lo presencié junto a mi hija. Observar a tanto lagunero me remitió, contra mi voluntad, una vez más a *The Wire*. A la serie que Torreón protagonizaba. Que al parecer no llegaría a su emisión final durante el próximo sexenio. Y rememoré la enseñanza que el fútbol intentaba insuflarle a la ciudad. Sin importar la hora o lo peligroso que resultaba, la noche del domingo y la del lunes, la gente salió a las calles.

Pero para el martes, *the dream is over*, el narco volvió a ejercer el mando. La ciudad estaba otra vez bajo control. De esos cuarenta y cinco mil aficionados, no salió ninguno. La gente se encerró en sus casas a las ocho de la noche. Un campeonato no bastaba para curarnos la cruda de la guerra vs el narco. La situación en Torreón no cambiaría. Quizá tenían que transcurrir diez años, esperaba equivocarme, para que La Laguna se decidiera a levantarse.

Como todo posmoderno, durante un tiempo asumí la moda de odiar a mi ciudad. No era para menos, todos los días amanecían dos o tres ejecutados, sin excepción, a veces más. Al principio me parecía el lugar menos indicado para que mi hija creciera. Me consolaba el tratar de convencerme de que si se trataba de mí no habría problema, pero que ella no tenía por qué aguantarlo. Y comprendí que la circunstancia ya no era tolerable ni para mí. Por eso me planteé el autoexilio.

Sin embargo, mientras escribía este texto, comencé a experimentar un profundo apego por Torreón. Un sentimiento que, o nunca había saboreado, o que hacía tanto tiempo había sentido, que lo olvidé por completo. La ciudad la tenía difícil como pocas. Al igual que Baltimore no protagonizaba una guerra contra las drogas, esta ya había durado más tiempo que cualquier guerra reciente. La fuga de capital, la crisis a nivel estatal y municipal derivada de la deuda, la parálisis de la economía y el combate entre cárteles, pintaban un panorama inexpugnable.

Unos años más, y sería imposible recuperar la ciudad. Más valía destruirla. O abandonarla. Pero era demasiado tarde. El negocio del narco es la auténtica ciudad de los inmortales.

UNA PEDA EN LA COMARCA LAGUNERA

Lo más conveniente era permanecer en casa. Eludir la calle. Pero yo estaba convencido de que no debíamos permitir que el crimen organizado nos arrebatara la ciudad. Así que, en uno de los momentos más inconvenientes para hacerlo, decidí irme de parranda.

Cuando aumentaban los niveles de violencia, no conseguía evitar que me atacaran los malos sueños. Tenía frente a mí uno de los meses más decididamente *gore* que se hubieran registrado en la entidad. Mi semana estaba marcada por un hecho significativo: me encontraba molesto. Siendo honesto, siempre estaba encabronado. Y desconocía los motivos. No sabía si achacarle mi estado de ánimo al calor, al miedo, o simplemente a cómo nos estaba llevando la chingada. En Torreón la gente vive emputecida. Pero no sabe exactamente por qué. Unos días despierta más enojada que otros. Y aquella semana yo estaba sumamente encolerizado.

Con todo esto en la cabeza, salí una tarde a buscar una cantina dónde refundirme. En mi condición, quizá meterme a un tugurio no era la mejor opción. Pero la inacción se la dejaba a los practicantes del budismo. Atravesé a pie el primer cuadro de la ciudad. Las pintas atrajeron mi atención. En una barda de la iglesia del Perpetuo Socorro estaba escrito con aerosol: Virgencita, cuídame de los polis. Calles adelante me topé con otra que decía: Terror, Coahuila, Comarca Balacera. Lo que me recordó que en los créditos de inicio a la tercera temporada de *The Wire* aparece inscrito en una barda Bodymore-Murderland. Un ejercicio que para mí no representaba un simple juego de palabras, sino una transnomenclatura. El territorio que abandona su significado para convertirse en su significante. Aquellos días, toda referencia a Italo Calvino para representar a la ciudad me resultaba de una ingenuidad conmovedora. En la actualidad, en el norte, la personalidad de una ciudad no dependía de la arquitectura o la geografía, se la otorgaba la droga.

Continué mi andanza y vi un *sticker* que decía: Ciudad Travesti. Avancé por la avenida Morelos y el paisaje de palmeras sobre los techos le otorgaba a Torreón la apariencia de una Bagdad cualquiera. Con el Cristo de 21.5 metros de altura sobre el Cerro de las Noas como vigilante de la ciudad. Al que en las redes sociales lo habían photoshopeado al colocarle un chaleco antibalas. La zona, una parte importante del primer cuadro, se encontraba inactiva debido a la construcción de la nueva presidencia municipal. Pocas personas transitaban por esas calles. La caminata entre tanta desolación me revitalizó. Estaba listo para correrme una buena borrachera. Si he de morirme, que me maten de una vez.

La noche anterior había soñado que a la salida del cine mi hija y yo nos quedábamos atrapados entre el fuego cruzado. Quizá ahí anidaban las raíces de mi emputecimiento. Y en la certeza que indicaba que esto cada vez se pondría peor. *Vivo en Ciudad Travesti. Aquí estamos todos solos y estamos muertos. Torreón acaba de ofrecirme un resumen de sus opiniones. Es profeta de su tiempo. Dice que va a continuar el mal tiempo. Van a haber más calamidades, más muerte, más desesperación. Ni el menor indicio de cambio por ningún lado. El cáncer del tiempo nos está devorando [...] Debemos marcar el paso, en filas cerradas, hacia la prisión de*

la muerte. No hay escapatoria. El tiempo no va a cambiar. El pánico me atacó cuando en el sueño un bazukazo pasaba a pocos metros de nosotros. Desperté y corrí al baño a vomitar. No fue una vomitada histórica. Quizá la culpa era de la hamburguesa que había liquidado esa noche junto a un *six* de cervezas.

El recuerdo de aquel sueño no me sentó bien. Estuve tentado a volver a casa. Comencé a sudar. A las doce del día el solazo lagunero ya curtía mi carácter. El calor me ponía de mal humor. Enojado permanente, no conseguía acostumbrarme a las altas temperaturas. Padecía, me agotaba. He constatado que en otros climas rindo más. Pero no me rajaba. Me quemaba por ponerme bien mamado. Para no embriagarme solo, le caí a mi compa el Cuervo. Con tanto altercado a bares y cantinas, uno no desea volver a empedarse en cantinas. Y como sucedía últimamente con la vida social en Torreón, nos encerramos a beber en una casa de otro amigo. La peda transcurrió sin sobresaltos. Lo intenso se presentó cuando salimos de ahí. A las dos de la madrugada.

El Cuervo y yo nos trepamos pedisimos a la troca con la intención de atravesar la ciudad, que se encontraba en código rojo. El Viejo Cuervo —era veinte años mayor que yo— arrancó a ciento veinte por hora y ya no redujo la velocidad. Mientras conducía me contaba sobre la ocasión en que había estado en un concierto de ZZ Top en Texas, en los setenta, cuando cruzó al Chuco como mojado. En lo que me relataba cómo había compartido un toque de mota con Billy Gibbons, tronó la llanta trasera de la Lobo. Ignoro por qué no nos volcamos. Con la borrachera que se cargaba, no contaba con la destreza suficiente para controlar una carreola, sin embargo, orilló la ranfla sin dificultad. Típico: no traía refacción. Quitó la llanta. Y se perdió en la oscuridad en busca de una vulka abierta a las tres de la madrugada. Yo me quedé a cuidar el vehículo. Y ni estéreo traía el puñetas este.

No sé cuánto tiempo transcurrió. Seguro más de una hora. Comencé a cabecear. Intenté dormir en la cabina. Fue imposible. Uno de los vidrios no bajaba y me cocía del calor. Bajé la tapa de la caja pero estaba dura como la litera sin colchón de una prisión de máxima seguridad. No pensé. Se me hizo fácil. Me acosté boca abajo, en la carretera, junto a la camioneta. En pleno bulevar Torreón-Matamoros. Y me quedé dormido. No sé cuánto tiempo. Me despertaron las sirenas. Alguien me había divisado desde un coche tirado sobre el asfalto y me confundió con un ejecutado. Sin desearlo, se desplegó un gran movimiento policiaco por mi culpa. Diez patrullas llegaron al lugar. Pinches exagerados. Para reconocer a un solo cadáver. Ridículo. Seguí en el piso. Y un oficial se acercó hasta mí para moverme con un pie. Antes de que me pateara, me levanté. Más de doce agentes desenfundaron sus armas y me apuntaron. Les expliqué la situación. Se emputecieron. Querían dinero. Querían llevarme preso. Querían tablearme. Cogerme. Dispararme. Pero les solté que era periodista y tuvieron que dejarme en paz. No me bajaban de pendejo.

El Cuervo regresó en una camioneta destartalada con el vulkanizador, la llanta desponchada y una caguama en la mano. Debían de ser las cinco de la mañana. Le relaté el episodio con la policía. Una verdadera suerte que me dejaran ir. Arrancamos y nos dirigimos al centro. Escamados. No fuéramos a encontrarnos con alguna de las patrullas que fueron a darme los buenos días.

Pinche Cuervo, no me llevó hasta la puerta de mi casa. Me tiró en el bulevar Independencia, a unas cuabras de la Plaza de Armas. Empecé el diáfano trayecto a mi morada. A pesar del circo y el susto, la peda no se me había bajado. En una de las bancas de la plaza me saludó un travolta.

«Qué haciendo tan temprano, mi chavo», me preguntó con voz de locutor de radio *sexy*. Salí a dar el rol, le dije, porque pensé que no me toparía a nadie. «Esta avenida nunca está sola. La habitan las vestidas. Ciudad Travesti», me dijo. Tenía razón. Cuando todos se guardaban, incluso el crimen organizado, los travesaños se adueñaban de la noche. «A esta hora solo hay vestidas y ejecutados», me dijo. «Tú qué eres».

SALIR A COMPRAR

Walter White decía que la química debía ser respetada. Pero en Torreón la droga había dejado de ser un asunto de dólares. No recuerdo cuándo fue la última ocasión que compré cocaína. Seguro antes de que estallara la guerra vs el narco. Que rehabilitó involuntariamente a muchos consumidores. Varios conocidos se convirtieron al cristianismo. Encontraron a Dios en su camino. En realidad, se habían retirado de las adicciones por miedo a que los mataran.

Los estupefacientes siempre habían estado aquí. Como ocurría en tantas otras ciudades. Sin embargo, su presencia nunca había sido tan significativa. Era admirable la entrega y el ansia de superación por parte de los cárteles. Apenas se registraba una jornada violenta histórica en la región, la consigna era que el día siguiente resultara más sangriento. Hasta que alcanzamos la cifra de dieciséis ejecutados en veinticuatro horas.

No estaba la mazorca para el marrano, pero uno de esos días que amanecí encabronado me entró curiosidad por saber en qué estado se encontraba el narcomenudeo en La Laguna. Y la única forma de descubrirlo era ir a comprar. Como dije, no recordaba la última vez que había conectado.

Desde antes de que me retirara, el sistema de distribución de droga había fenecido. Nunca más se obtendrían servicios de venta a domicilio. Para obtener unos cuantos gramos de la peor coca que había consumido en toda mi vida, había que conseguirse a un taxista. La nueva modalidad era que el polvo no se empaquetaba más en bolsitas de plástico o papeletas, en adelante la presentación sería en cápsulas de color amarillo para el producto del Cártel de Sinaloa y en *ziplocs* rosas o azules para la marca Zeta.

No recuerdo tampoco cuánto tiempo duré limpio. Todos mis dólares habían muerto. Me descubrí sin nadie que conociera un conecte, aislado por completo de la oportunidad de conseguir droga. Era peor que estar desnudo a media calle. Y tampoco me animaba a ir por mi propio pie a los puntos de «vente». Y a menos que te arriesgaras a adentrarte en las colonias era imposible conseguir. Entonces, tuve que pedirle a un *bróder* que me presentara a un taxista. Él asumía el riesgo. Pero te cobraba ciento veinte pesos por el viaje. Y a ciento cuarenta pesos la dosis. Drogarse consuetudinariamente salía más caro que pagar un departamento a plazos.

Marqué al celular del taxista desde un teléfono público, temeroso de que me mandara al buzón. La paranoia no descansaba, y si algo les producía desconfianza a los que trapichean con droga no te contestaban la llamada. Me citó en unos billares. «Estaré sentado en la barra, aquí lo espero», me dijo. Apenas me aplasté junto a él le invité una caguama sin consultarle. Le pedí al cantinero que le sirviera lo que estuviera tomando. Y pagué. De inmediato me gané su afecto. No importaba cuántas veces los dólares o los taxistas te defraudaran, siempre estaba uno para complacerlos. Eran nuestro conducto al vicio, y eso no tenía precio.

Fue así como conocí a J. Y me convertí en su cliente. Su vida era igual o más fascinante que la de un gran capo. Había sido *hippie* en los setenta. Probó los ácidos. Era un mariguano consumado,

aficionado a la coca y un devoto a la piedra, es decir: *crack*. Ahora que lo había contactado, jamás tendría que exponerme para drogarme. No tenía por qué preocuparme. Ni pensar en los puntos. Me ahorraría el viaje hasta las colonias conflictivas. Recibiría la droga en casa. «No todo está perdido, mi chavo», me dijo. «Todavía existe gente que jalamos chido». Como el gesto de la caguama lo ablandó, me dio a probar de su droga personal. Al paladear la pésima calidad del producto, cayó sobre mí el peso infecto de la realidad. Pero como decían los adictazos de estos rumbos: No existe peor coca que la que no hay.

«Cuántas de los Simpson quiere», me preguntó. Llamaba así a las dosis por su presentación amarilla. Lo que yo quiero es acompañarlo, le solté. Pensé que se escamaría. La raza lo que menos quería era precisamente acercarse a los puntos. Pero el morro que me había pasado su contacto le había advertido que yo quería conocer cómo estaba el *bisne*. «Nomás porque me cayó bien lo voy a llevar». Decidí que solo visitaría un punto de «vente», para no exponerme demasiado. Aunque al final terminé por acudir a dos, debido a circunstancias inherentes a la compra misma.

La semana había estado pesada. Pero eso ya no representaba nada. Qué semana no había sido una mierda. Para mí y para la gente que vivía en Torreón. Además sucedían otras cosas por debajo del agua. Que no aparecían en los noticieros. Como el secuestro de dos niñas de trece años en el ejido Ignacio Allende, que era zona conurbada y había sido devorado por la ciudad, a espaldas del fraccionamiento Viñedos. A una de ellas, de nombre Alejandra, hija de un trailerero, la levantaron para pedir ocho mil pesos de rescate. El único rasgo en común, pero no determinante, era que ambas estudiaban violín.

Sabía que no era buena idea acercarme al punto. J me llevó a la colonia Moderna. Siempre había tenido fama de barrio bravo, pero desde hacía rato que las acciones delictivas se encontraban concentradas en otros lares de la ciudad. Me subí en el asiento del copiloto. Quizá lo indicado era el trasero. Como si fuera un cliente y no un acompañante. Tomamos el bulevar Constitución y accedimos a la colonia. No era un gueto, pero a pesar de que el sitio donde venden estaba alejado de la entrada, desde que ingresabas te tenían vigilado. Sabían qué vehículo entraba y con qué características. Para alcanzar al que la vende debimos atravesar un partido de fútbol callejero, lo que nos obligó a reducir la velocidad a diez kilómetros por hora.

No había droga. Una larga fila de locos esperaba a que resurtieran. Se podía tardar dos minutos o tres horas. Así que decidimos movernos. Y enfilamos rumbo a la colonia Victoria.

Desde el principio creí que compraríamos la merca en la Duranguense, en San Joaquín o en el Cerro de la Cruz. Pero J conocía todos los rincones del Poniente. Cruzamos las vías que están junto al panteón municipal. Tras avanzar unas calles, al pie del cerro, J se bajó de la nave y entró en un callejón. Me paré a unos pasos de él para registrar la acción, pero solo le soltaron una advertencia. «Viene el ejército. Salga por el otro lado». Y en efecto, abandonamos la colonia por un camino de terracería. Solo tenía una entrada, y cuando la divisamos de lejos, vimos a los soldados levantar un topón en el acceso. Era una ventaja ir con J. Era conocido. Si hubiera sido otro, con seguridad nos hubieran trampado. No traíamos nada que nos incriminara, pero no eran pendejos. Sabían a qué íbamos. La libramos por unos segundos.

Me entraron ganas de rajarme. Pero J dispuso que regresáramos a la Moderna. No lo contradije. Pero ya había tenido suficiente. Deseaba dejarlo para otra ocasión. Sospechaba que otra sorpresita nos esperaba en el otro punto. Y estuve a punto de pedirle que me bajara del taxi,

que lo esperaba en el bulevar Constitución, pero me contuve. J vivía así todos los días, y yo por un ratito ya me estaba culeando.

En la Moderna todo estaba tranquilo, pero seguían sin droga. Mientras esperábamos, orinamos pegados a la barda que colinda con el lecho seco del Río Nazas, más allá se encontraba la hermana república de Gómez Balazos. Bonito me vería yo, miando en uno de los territorios más calientes. No me habría sorprendido que por deporte alguien me hubiera disparado desde su ventana. O que una pala se estrellara en mi cráneo por alguien que se sintiera ofendido de que le regara la pasada.

Nos estacionamos a media cuadra del punto. La droga tendría que llegar. A estas alturas ya se habían formado dos filas de desgarrados que esperaban su polvo como nosotros, pero la horda más numerosa y famélica estaba conformada por piedras. El panorama no lucía tan desolador como en otras áreas. Y pese a todo, la cuadra bullía de vida. Un puesto de tamalitos mantenía un flujo constante de personas.

El narco tenía secuestrada la colonia. La gente pretendía llevar una existencia normal. Levantaban puestos de fritangas, se sentaban en mecedoras a la puerta de su casa, paseaban a los bebés en las carreolas. Sin embargo, vivían ofuscados. Listos para atrincherarse en cuanto se destapara la balacera. Y tenían que pretender que no pasaba nada. Que ese morro menor de edad que está parado en la esquina con un radio y una pistola no será en unos años su hijo, o su nieto, o su sobrino. Había que chingarse. O mudarse a otra colonia. Pero a menos que fuera a una *nice*, el panorama sería el mismo.

Apareció la droga y salimos de ahí. Cómo es posible que puedan convivir con el narcomenudeo, le pregunté a J. «Están contentos», me respondió. «Desde que papito Dios el Chapo expulsó a los Zetas del Poniente de la ciudad, la calidad de vida es otra. Se terminaron los abusos, desde el más elemental como no pagar en la miscelánea, hasta la violación. Si un miembro de la familia sufre un agravio por parte de un mayor o alguien de la cuadra, basta que informe a los capos para que obtenga su merecido».

Después de concretar el cometido, nos metimos el mugrero y liquidamos un par de cervezas en un bar. Y me largué a dormir. Aquella noche me volvieron a asaltar las pesadillas. Al día siguiente, aparecieron los cadáveres de cuatro mujeres que habían sido torturadas en un campo de beisbol. Y horas más tarde catorce supuestos coahuilenses secuestrados fueron hallados en una carretera cercana a San Luis Potosí, etc.

ME & MR. JONES

Hacía rato que no tenía una mascota, pero entonces apareció *Mr. Jones*. No era un animal grande, e incluso iba en contra de mi definición de perro. Para mí, la mayoría de las mascotas que vivían en los hogares no eran perros. Can que no era capaz de ganarse la vida por sí mismo en la calle no merecía tal apelativo. Detestaba a las caricaturas nerviosas, enanas, que viajaban en bolsitas o en los brazos de las mujeres. Que usaban moñitos en el cuello en lugar de collares, o que los llevaban a las estéticas para cortarles el pelo de manera ridícula. O a los que les imponían una dieta digna de un enfermo terminal.

Una tarde, a la salida de la clase de balé de mi hija nos topamos a este perro, de raza indefinible, cruzado con de la calle. Nos siguió varias cuadras, hasta que abordamos un taxi. Al vernos dentro, no dudó y de un salto se montó en él. Lo bautizamos *Mr. Jones* en honor a la canción de Amy Winehouse, de quien mi hija era fan irredenta. No le gustaba estar encerrado, siempre andaba en la calle. Cómo me recordaba mis años de juventud.

Entonces, las vecinas, viejas brujas de la cuadra, se comenzaron a molestar con su presencia. Hasta que un día desapareció. Lo dimos por muerto. Después de diez días regresó. Mi teoría es que lo tiraron lejos de casa. Pero encontró el camino de regreso. Me sentí fascinado ante el hecho. Qué vida más intrépida la de mi perro. Desconocía su origen o si tenía dueños. No lo robamos. Decidió unirse a nuestra manada. Y unos meses después había desaparecido. Vagó por rumbos desconocidos, sin comida, como un auténtico perro, jugándose. Y ahí estaba de nuevo. Arañaba nuestra puerta.

Pero solo nos duró un día. Algún vecino hijo de puta le echó el auto encima y lo atropelló. No supimos quién lo hizo.

Tuvimos que sacrificarlo. Me la pasé deprimido un tiempo. Pinche gente. Por eso la situación estaba de la chingada. La dieta básica del norte era la violencia. Contra el que se dejara, contra nosotros mismos, contra los animales. Luego que por qué éramos la ciudad del mal karma.

**QUE ALGUIEN SALVE A CIUDAD TRAVESTI DE CIUDAD
TRAVESTI**

Me había prometido a mí mismo no escribir más sobre Ciudad Travesi. Pero la situación lo ameritaba: treinta muertos en setenta y dos horas. Ochenta en lo que iba del mes. Y apenas habían transcurrido nueve días. Se superó la cifra del mes pasado: ciento cincuenta y seis. La ciudad entera jedía a matadero. Y ni cómo congelar tanta carne. Los cuerpos en retazos que viajaban en bolsas negras.

La ciudad se encontraba sitiada. Nuestro paisaje no correspondía a una zona de guerra. Era un territorio de puestos de gorditas en conflicto. Los bares y cantinas cerraban, las calles se vaciaban, los taxis escaseaban, pero los puestos de gorditas permanecían incólumes. Para quienes eran inevitables las comparaciones con Oriente Medio, dos gorditas de chicharrón prensado desmentían la teoría de la similitud entre ciudades. En esta región habían muerto más hombres por herida de bala que en Irak. También habíamos causado más bajas por colesterol. (A pesar de los refuerzos, el desmadre continuaba. Mientras escribía esto, ejecutaron a seis más. Y se activó el código rojo).

Volver a casa se había convertido en un volado.

En cuanto al ciudadano de a pie, la población enloqueció. En un arrebató psicótico, una mujer de treinta y un años, ante la noticia de que su esposo la abandonaría, envenenó a sus dos hijas y después se suicidó. Una historia más, que no se publicó en los diarios, fue la de un hombre propietario de varios yonkes al cual le secuestraron y asesinaron a su hijo. Los criminales volvieron a su negocio para seguir extorsionándolo, y respondió con un arma de fuego. Mató a cuatro. Y tuvo que darse a la fuga. Quedarse en la ciudad significaría enfrentar el peso de la ley y caer en prisión.

La violencia nunca era suficiente. Para complementar mi dieta de sangre, además de la nota roja, leía *Honrarás a tu padre* de Gay Talese, libro sobre Bill Bonanno, el mafioso en quien se inspirara el personaje de Tony Soprano. Había dejado de asistir a las cantinas, pero le hice una visita al Perches. Me enteré de que un par de sujetos se habían presentado a pedir la cuota. Amagaron al Zurdo, el mesero. Y huyeron con seiscientos pesos. Dieron parte a la policía y el ejército sitió la cantina.

Pinches cantineros no aprenden a cerrar la boca. Este tipo de historias lo único que consigue es espantar a la clientela. Me tomé dos cervezas más y me largué.

LA CIVILIDAD DEL BÁRBARO

Me lo había advertido mi madre: «Hijo, nunca te metas con una mujer poeta». Y la desobedecí. Desde mi divorcio, me había acostado con un par de morras, pero nada serio. Puro pisa y corre sin compromisos. No quería pareja. Hasta que conocí a aquella persona. Quizá me la amarré de otra ciudad porque en el fondo lo que yo deseaba era escapar de Torreón. Ignoro por qué la escogí poeta. A mí ni me gusta la poesía. Esa relación era mi oportunidad. Tenía que suceder. Estaba más que cantado. Una mañana desperté con la firme convicción de largarme. Y lo hice. Agarré mi iPod, unas garras, y me fui.

Lo tenía todo maquilado: me iría a vivir con la poeta. Sentaría cabeza. Y una vez que lo consiguiera, reclamaría a mi nena. No le avisé a mis padres. Ni a mis amigos. Tampoco pedí permiso para ausentarme de la oficina. Desde la central de autobuses llamé a la madre de mi hija para decirle que saldría de viaje. Que a mi regreso cuidaría a la niña el doble de días por los que estaría fuera. Pero en lugar de dirigirme a la ciudad donde residía la poeta, abordé un autobús con destino a Monterrey.

Siempre pensé que el día que huyera de La Laguna no me pegaría el jamaicón. Ese debatir sentimental que te hace añorar a tal grado la comida de tu ciudad que te impele a retacharte desde el lugar en el que te encuentres. Todavía no tomábamos carretera y ya me quería bajar del camión. El acto me estaba resultando demasiado doloroso. Sí, por mi hija, pero también porque mientras recorría el bulevar, me acordé del Pájaro. No era la primera vez que me despedía de Torreón. En 2002, antes de que comenzara la guerra vs el narco, cuando ya era seguro que no entraría a la universidad ni haría nada con mi vida, el Pajarito y yo nos trepamos como polizones al tren de mercancías que iba a Ciudad Juárez.

Nuestra meta era El Paso. Pero no porque anheláramos tocar el Sueño Americano. Lo que nosotros perseguíamos era la frontera: la fiesta. Y descubrir el norte, por supuesto. Una tarde que paseábamos por el centro, con el objetivo de que mi compa le arrancara una cadena de oro a la primera mujer que se le atravesara, para comprar rivotriles (clonazempan), llegamos andando hasta las vías del ferrocarril. Frente a la Casa del Cerro lo decidimos. Una construcción estilo castillo alemán que se construyó entre 1904 y 1905 en lo que décadas después se convertiría en la colonia Duranguense, protagonista principal de la guerra vs el narco. Oímos el silbato de la máquina que se aproximaba. «¿Nos montamos?», me preguntó el Pájaro. Surgió de la nada. Así, en caliente. Las tardes de nuestra existencia las malgastábamos en las canchas de basquetbol del monumento a Hidalgo. Después de las retas, nos poníamos a fumar mota y nos echábamos a fantasear con ese viaje. Pero nunca movíamos un dedo.

Simón, le respondí. Cuando el tren, sin detenerse, pasó junto a nosotros, saltamos dentro de un vagón. Llevábamos poco dinero. Y nada de agua o comida. Lo que sí teníamos eran bastantes rivotriles. Nuestro plan era mantenernos drogados todo el tiempo para soportar el viaje. Porque no íbamos a desistir hasta alcanzar Juárez. Según nosotros tardaríamos doce horas en llegar. Eran

las seis de la tarde. Y ya estaba yo sentado en el techo de uno de los convoys. No era la primera vez que me marchaba a algún sitio. El Pájaro y yo habíamos estado viajando de raite con trailers drogados por todo el noreste. Pero esta vez era diferente. Existía la posibilidad real de que no volviera. Tampoco era la primera vez que abandonaba algo. A los quince años me fui de mi casa. Pero regresé. Así estuve unos años. Hasta que no lo hice más.

Nunca lo había meditado, pero mientras el autobús abandonaba Torreón, caí en cuenta de que aquel recorrido en tren me estaba esperando, de que era mi destino. En ese mismo lugar donde yo me había sumado ilegalmente al cargamento, mi abuelo había perdido una pierna cuando era niño. Su principal diversión consistía en colgarse de los Ferrocarriles Nacionales de México cuando atravesaban por el costado del Mercado Alianza. En una ocasión pisó un acople y se fue hacia abajo. Y las ruedas le amputaron la extremidad. Cuando me encaramé al tren, había tenido cuidado de no caminar por los acoples.

No sabíamos lo que nos esperaba. El viaje duró el doble: veinticuatro horas. El ferrocarril se paró en algunas comunidades. Entonces aprovechábamos para comprar agua, panes y dulces (para agarrar algo de energía) en el tendajo más cercano, si es que lo había. Siempre en chinga, y con el temor de que el molote se arrancara, y nos dejara en casa de la chingada, donde ya nos encontrábamos. El siguiente tardaría un día en aparecer. Y corríamos el riesgo de quedarnos atascados en medio de la nada.

Nosotros habíamos hecho nuestro el tren, corríamos por encima de los vagones, y explorábamos cada convoy. Cuando oscureció, volvimos a detenernos. La habíamos cagado. Los operarios de la máquina nos habían descubierto. Y en una parada enviaron a los garroteros a buscarnos. «Salgan, hijos de la chingada», gritaban. «Si los encontramos les vamos a partir toda su madre», amenazaban. «Y los vamos a dejar aquí en el monte». Portaban palos y linternas. Le pegaban al metal con la esperanza de que cualquiera de nosotros emitiera algún sonido. Y alumbraban cada recoveco. Pero la noche era tan cerrada como solo puede serlo en el tramo que se encuentra próximo a la sierra de Chihuahua.

Se la pelaron. No nos encontraron. Así que tuvimos que ponernos en marcha.

En algún momento de la madrugada entramos a la Sierra Madre Occidental. Cómo lo supe. Por el pinche frío. A pesar de que durante el día hacía un calor de la chingada, en la noche la temperatura descendió. Nunca en mi vida he sentido tanto frío como en aquella ocasión. No llevábamos chamarras. Ni nada para cubrirnos. Éramos unos pendejos. No imaginamos que se pondría tan cruento el clima en esa época. Hicimos de todo, corrimos, saltamos, pero no conseguíamos entrar en calor. El metal de los vagones estaba más helado que todos los refrigeradores de Carnes Laguna juntos. Al final tuvimos que abrazarnos. Todavía no comprendo cómo no morimos de hipotermia.

A la mañana siguiente, despertamos con una sorpresita. El carro de hasta atrás, el del final, venía repleto de Maras Salvatruchas. Cuando lo ocuparon. Sepa su pinche madre. Así que ya estábamos rodeados. Por un lado, los garroteros y por el opuesto, estos cabrones. Podría cargarnos la chingada. Los maquinistas estaban emputados. Y se relamían por aventarnos desde el techo de un convoy. Podían pedirle paro a los Maras. A ellos no se las harían de pedo. Eran como doscientos. Si se les antojaba, mataban a todo el personal. Entonces, como un favor por el viaje, podrían pedir nuestras cabezas. Pero antes de que eso sucediera, abortamos la misión. Fuimos como una cápsula que se desprendió de un cohete. En Chihuahua, Chihuahua, con el tren rodando,

nos apeamos de costalazo. Desde un páramo lleno de espinas vimos cómo el ferrocarril pasó a un lado de nosotros cuan largo era. Y al final, nos topamos con las miradas de los Maras, que parecían decir: De la que se salvaron, pinches puñetas.

Caminamos por detrás de una fábrica y seguimos derecho, hasta el centro. Qué limpia estaba la ciudad. Qué diferente al asco que era Torreón (que había sufrido una fiebre maquiloca en los noventa. Y estaba llena de fábricas abandonadas). «Aquí no», me dijo el Pájaro. «Pero adónde vamos sí». Juárez, que había sido en algún momento la capital mundial de la mano de obra barata, se convirtió en un cementerio de elefantes blancos. Lo constataríamos al anoecer. En menos de media hora de levantar el dedo nos dio raite un tráiler. El chofer iba hasta el culo de perico. No se mochó, pero en Villa Ahumada se detuvo y nos compró quesadillas y burritos. Después de tragar, retomamos el camino y en un par de horas llegamos.

La ciudad que conocimos ya era la Ciudad Juárez de las Muertas. Ganduleamos por la calle Mariscal de noche, comimos burritos en el mercado, pero jamás hicimos el intento por cruzar al otro lado. El espacio estaba demasiado cercado. No podíamos ir hacia tal parte porque la banda fulana nos partiría la madre, ni para la otra porque la pandilla sutana nos mataría por invasión de territorio. Conseguimos alojamiento con un compa de Torreón. Yo pedí jale en una maquila. Pero solo duré dos días. El Pájaro estaba esperando un trabajo. Según él lo iban a contratar para que cuidara un plantío de mota en Sinaloa. A la semana nos regresamos a La Laguna. Sin nada. Excepto por un tatuaje que nos barón. Yo me rayé el grabado de los perros que aparece en la primera edición de *El llano en llamas* del FCE en el antebrazo derecho. Los libros ya eran importantes para mí, aunque no empezaría a escribir sino hasta el año siguiente.

Mientras me acordaba de mi aventura con el Pajarito, mis ojos pelaban el desierto. Y volví a pensar en mi compa. En todas esas veces que nos internamos en Coahuila a la búsqueda de peyote. Pero qué tenía que ver mi viaje a Juárez con mi decisión de abandonar Torreón. Por qué había acudido a mi memoria. Y qué tenía que ver que me fuera a vivir con una morra. Entonces lo descubrí. Hacía exactamente diez años que no me atacaba ese sentimiento. Y si no me había lanzado directo a la casa de la poeta era porque sabía que en cuanto traspasara su puerta no habría marcha atrás. Estaba renunciando a La Laguna por segunda vez, y esta parecía ser la definitiva. Pero no me puse melanco. Ni nostálgico. Quizá la anécdota refulgió en mi cerebro para decirme que, si en aquella fecha había resuelto volver, ahora no lo hiciera. Bajo ningún pretexto.

No sé en qué rato me quedé dormido, pensando en esto. Y no desperté hasta llegar a Monterrey.

Planeaba quedarme unos días en Nuevo León, visitar a mis amigos, dar el papirrol. Pero no duré mucho. Era sábado. Por la noche me pegué con un pana y nos fuimos al Chac Mool. A las doce de la noche salimos del bar. Pero una patrulla de la marina estacionada en la esquina nos volvió a escupir hacia adentro. Nos avisaron que el Cártel del Golfo estaba levantando raza, para matarlos o para ponerlos a trabajar, quién sabe. Así de derecho lo dijeron. Nos ordenaron que nos regresáramos al lugar del que habíamos emergido y que ahí nos quedáramos. «Y no se les ocurra agarrar un taxi». Porque los choferes andaban secuestrando. Te subías y te llevaban adonde estaban los sicarios.

Bonita chingadera. La vida en el norte. Nel, me dije. Entonces, si me van a dar pa bajo donde

sea, mejor que me maten en Torreón. Mañana me devuelvo. Afuera era un desmadre. Y adentro nosotros hicimos otro. No entendía. Me comportaba temerario. Me senté en una mesa con unos periodistas de poca monta. Entre ellos se encontraba uno al que apodaban el Oso. Todos le tenían miedo. Era capaz de matarnos a golpes. Pero le caí bien. Me festejaba todas mis pendejadas. Posé mis labios en la lonja a una chava que estaba sentada en la barra, la pancita se le asomaba por entre el pantalón y la playera, y aproveché para ensartarle un beso. Se volteó encabronada y le acomodó un cachetadón a un güerco que tenía a un lado. Y se hizo la bronca.

Al pana con el que había ido le pusieron un ojo morado. Se había topado a una vieja querida y se la anduvo fajando. Pero apareció el novio y le apagó un faro. El Oso se encendió y empezó la masacre en el puticlub. Había dos trifulcas. La iniciada por mí y la propiciada por mi pana. Yo derribé una puerta de madera. Grandísima. La empujé tanto sobre los que querían madrearnos que se vencieron las bisagras. E intercambiamos golpes. Pero el Oso se encargó de minimizar a todos los del otro bando. Al final se cansó de pegarles. Pero los dueños no pudieron echarnos del bar. La marina estaba afuera y no lo permitiría. Así que nos quedamos ahí, riéndonos de un compi que estaba meado en un sillón. Y nos pusimos tan pedos que acabó todo el bar abrazado, incluso los de las dos broncas, coreando el «Naa na, nana na», de «Hey Jude» de los Beatles.

Salimos del Chac Mool a las seis de la mañana. Caminamos hasta la casa de mi pana. Monterrey estaba jodido. Ya no era la ciudad de la que me había enamorado. Ya no era la capital mundial del *table dance*. La calle Villagrán lucía desolada. Ya no existía el Sabino Gordo. El barrio antiguo estaba en ruinas. A las nueve, llamé a uno de mis informantes. «Dónde andas», me preguntó. Qué novedades, carnal, le respondí. Y me contó esta historia:

Anoche se puso gacha la película. Trajeron a un zetón a la Cruz Roja en la madrugada. Y detrás de él llegaron los chapines a rematarlo. Pero los federales estaban custodiando la puerta. Se armó la machaca. Mataron a dos federicos. Y no pudieron entrar. De ratito llegaron refuerzos. Y también los güachos. Y el zetón había desaparecido de urgencias. No lo encontrábamos. Tuvimos que seguir el rastro de sangre. Pos no se había encaramado a la azotea, el güey. Yo mismo lo bajé. Y lo acosté sobre la camilla. Pero lo más bueno fue cuando se topó con los federales y los soldados. El jefe de los fedes le dijo: «Te andamos buscando». Y el herido le respondió: «Yo te ando buscando a ti». Total, que ni los sorchos ni los otros le hicieron o le dijeron nada. Le hicieron unas curaciones y se fue en un taxi.

Por cómo había sucedido el lance, se dilucidaba que era un bato pesado. Cuál es su nombre, le pregunté al informante. «No puedo decirte», se pandeó. Insistí, pero no se dejó convencer. «Solo puedo decirte que se llama Miguel», me respondió al fin para que dejara de estarlo chingando. «Cuándo vuelves, primavera», me espetó. Mañana *ai* te la ensarto, le respondí.

El relato me había recordado el detallazo de los de la marina. Habían sido tan civilizados al reingresarnos al bar. ¿O sea que no éramos tan bárbaros? Pero con el zetón se habían pasados de *gentlemen*. Enterarme de nuestro lado cívico me confirmó que aunque yo me fuera, La Laguna, y el país, se seguirían deteriorando. Así que para qué engordar más el caldo, pensé. Si caigo, tengo que caer en Torreón. Fallecer en la misma ciudad en la que esté mi hija. Ya la extrañaba.

Aguántate, me recomendaba. Así no se hacen las cosas. El día que salgas de ahí va a ser con ella. Resiste. Todavía no es tiempo. Pero ya llegará. Y me retaché.

Durante el camino de regreso me estuve acordando otra vez del Pájaro. En 2005 se ahorcó. Estuvo inyectándose heroína un tiempo. Había nacido en 1978. Se llamaba Gerardo Didier Nava Lozano. Cuando se le terminó la droga, el síndrome de abstinencia fue tan insoportable que se asfixió con un cable. Días antes de suicidarse me fue a buscar. Yo no estaba, y no pasa un día en que no piense que si me hubiera encontrado quizá lo hubiera disuadido.

Cuando entré a Torreón, me acordé de la poeta. Nunca se enteró de que había tomado la decisión de irme a vivir con ella. Sin embargo, estoy seguro que me habría aceptado sin remilgos. Aunque tiempo después rompimos.

VI COGER A UN SICARIO

Un cantante de *blues* me inició en La Puerta Verde. Era paisa, y vivía en Monterrey con una morra. Lo conocí en una pary en casa de Nuestro GG. En esa época yo nectaba en el Parking, un antro gay de dos pisos. O con los meseros del Jardín, mítica cantina de travoltas. Pero nunca me había atrevido a aventurarme más allá de Colón. No porque estuviera pesado. Mis terrenos eran el Güichos, el Matehuala, el Mercado del norte. Territorios que recorrí menesteroso con mi compa el Cabrito. Pero como el *cold turkey* era ineludible (la malilla es un bebé que llora toda la madrugada) me aperingé en un coche con el cantante de *blues* y su morronga, y enfierramos hacia la colonia Treviño.

El nombre La Puerta Verde era pura pantalla. El tugurio en realidad se llamaba El Rincón Gitano. Estaba en Magallanes, entre Guerrero y Galeana. El mote del lugar se me antojaba un código. La palabra clave para entrar a una piquera a deshoras. Pero nadie nos solicitó contraseña alguna para acceder. El antrete era una cantinucha cualquiera, de las que puedes descubrir miles en Nuevo León. No contaba con ningún atractivo peculiar. Pero a mí me parecía el paraíso. Y a mis ojos sí era especial. Por la coca. Pedimos tres cervezas Indio, pero estaban calientes. Nos sirvieron asquerosísimas Tecate Light. Insisto: típica cantina de mala muerte del norte. Estaba a punto de caer de rodillas, fascinado. Seguro que si se lo propusieran, no les salía.

El mesero, bien cocodrilo, trajo las chelas y le encargamos dos bolsas por piocha. Pobre mai, no podía hablar de lo trabado. No había falla, andaba sodísimo. En un establecimiento como ese nadie trabajaba para sacar el chivo, ahorrar para su vejez o las medicinas de una madre enferma. Toda la escoria que ahí nos arracimábamos solo tenía un amo: la droga, que todo lo fagocita. Según el cártel, la merca era grapa, papel, cápsula, cebollita. Y en La Puerta Verde eran bolsitas de los Z.

Seguí al cantante de *blues* al baño y ahí nos metimos la cochinilla. Así era conocida la droga mala. Era coca pésima. Poseía la consistencia del detergente Foca. Enrollé un billete de veinte pesos y lo inserté en la *ziploc* y aspiré. La liquidé de un solo jalón. Así de goloso estaba el pedo. Estuve a punto de sufrir una embolia. Pero me serenó que no hubiera chanates en los alambres. Ghulada de maíz pinto, prieto o chamuscado. Podía ser marranilla lo que consumías, pero en aquella taberna nadie te la iba a hacer de pedo por aturrarte en el excusado.

A partir de esa noche, no existió poder humano, divino o femenino que me sacara de La Puerta Verde.

Hasta convidé a mis amigos. Una noche nos arrastramos por ahí Vicky Pasiva Barcelona, otra morra y yo. En cuanto nos aplastamos, la morra se paniqueó bien malandramente. Comenzó a gritar histérica. Que nos largáramos a la chingada. Que nos iban a matar. Que pinche picadero. Así que conectamos y nos abrimos. Según ella el local era una invitación a que nos levantaran o nos rafaguearan. A mí me parecían exageraciones. Un negocito modesto, me decía yo. Quizá estaba anestesiado por la coca, pero no vi los signos de muerte que a ella le brincaron.

Podría decir que a pesar de la paranoia de la morra regresé incontables ocasiones a La Puerta Verde. Pero sería inexacto. Lo apropiado: me aficioné más. Tanto, que un día que faltó el mesero, el cantinero me dijo: «Subiendo la escalera toca en la primera puerta a la derecha». Trepé en chinga. Con el ímpetu de un seleccionado nacional en un partido contra Trinidad y Tobago. No hubo necesidad de hacer el oso tocando: ¿Me puede regalar una tacita de café? La puerta se encontraba abierta. Dentro había dos sicarios. Uno gordo, con cachucha. Y uno flaco y pelón. El cuartucho estaba en penumbras, pero nos distinguíamos los rostros. Merqué mi chingadera y bajé al bar a aturrarme y a beber Indio.

La Puerta Verde me parecía inofensiva. La convertí en mi base de operaciones esos días que pasé en Monterrey. Me recriminaba por no haberla conocido antes. Me parecía un giro negro estupendo. Hasta pensé en llevar desde ahí los asuntos de la oficina. Nunca vi nada inusual. Hasta la noche en que Vicky Pasiva Barcelona y yo subimos a comprar coca. Como de costumbre, la puerta estaba abierta y vimos a los sicarios contando chingos de lana. No pude calcular cuánto era. La penumbra no daba chanza. Pero me pareció que una vez contados y en fajos harían un cerro de billetes. Los sicarios actuaron como si nada. No se inquietaron. Un par de adictos pendejos como nosotros no les espantaba el sueño. Nos despacharon y nos desafanamos azorados.

Un indicativo de que el narcotráfico es real lo podemos atisbar cuando se agota la droga. Si cuando vas a comprar encuentras merca *always*, quiere decir que aquello no es real, eso solo pasa en las películas. La Puerta Verde no era infalible. Un día que ascendí no tenían bolsitas. Bajé a beber y a echarle monedas a la rocola. La espera se me hizo como un vuelo DF- Madrid. Pero apenas si habían transcurrido diez minutos.

A los quince volví a subir. Y me los encontré embolsando. Me pareció extraño. Esas son manualidades que se desarrollan en los laboratorios. Quizá la demanda de droga era tan elevada que no había tiempo para ponerse pulcros. Me ordenaron que me sentara. Había visto ese lugar por meses, a intervalos, pero nunca puse atención. Ahí, a la espera, contemplé el espacio. Había un escritorio, donde invariablemente estaba sentado el pelón. Detrás de él, de pie siempre, se acomodaba el gordo. Frente a ellos la silla donde estaba yo sentado. A la altura del escritorio, del lado izquierdo, un sillón pegado a la pared. Y nada más.

Estaba tan absorto en la droga que no me había percatado que sobre el sillón había dos cuernos de chivo, seguro cargados, tirando barra. No me inmuté. Estaba acostumbrado a ver armas largas. Las ciudades del norte están tan militarizadas que es imposible no convivir con ellas. Ala entrada del banco, en las gasolineras, en los semáforos, en el Oxxo, pa recargar saldo pal celular, había guachos. Y parece que nacieron pegados a los fierros. Algunos no los soltaban ni pa dormir. Ver a aquella parejita sobre el sillón me produjo un vacío descomunal. Lucían como las cosas más inútiles del mundo para asesinar. Más bien parecían dos amantes echando siesta. No visualizaba a ninguno de ellos en manos de un Tony Montana cualquiera.

Me entregaron la droga y salí disparado hacia el baño, a esnifar. Mientras bajaba las escaleras, me pregunté por primera vez si La Puerta Verde era un lugar seguro. Recapitulé: pacas de dinero, droga para embolsarse, armas de grueso calibre. Y al instante me reí de mi ingenuidad. Pues qué esperabas, si es un punto de narcomenudeo. ¿Pistolitas de agua? No había motivos pa estresarse.

Divorciarme de La Puerta Verde nunca fue mi propósito. Pero como sucede con algunos matrimonios, surgió una desavenencia irreparable.

Una noche acudí con dos compas. Nunca imaginé que sería la última. Subí las escaleras como acostumbraba. Y por primera vez la puerta estaba cerrada. No lo comprendía. Había ascendido por esos escalones decenas de veces, y jamás, bajo ninguna circunstancia, me topé con obstáculo alguno. ¿Era aquel un símbolo del comienzo de la debacle del imperio? Algo andaba mal. Debí resignarme. Aceptar la situación y regresar a la mesa con mis compitas. Beberme una cheve. Bailar con una fichera. Fui estúpidamente optimista por un segundo. Quizá escaseaba la droga. Si pasara o hubiera pasado algo malo, el lugar no estaría lleno, ni tranquilo. Pero no pude esperar, me urgía despejar mi duda. Así que, desespacio, giré la perilla de la puerta.

Encima del sillón, el sicario pelón se estaba bombeando a una morra con pinta de teibolera del Mate. La tenía de a perrito. El pelón me daba la espalda y la morra tenía la cabeza a dos centímetros de la pared, no podían verme. Mi primer impulso fue cerrar la puerta sin hacer ruido y volver cuando hubieran terminado. Pero nel, me quedé a stalkarlos. El bato no estaba desnudo, solo tenía los pantalones bajados hasta los tobillos. Desde donde estaba no alcanzaba a espiar bien a la morra, pero un ángulo me dejaba ver pedazos de las melas que se cargaba. Operadas. Bien ricas.

Nunca había observado coger a un sicario, ni a nadie que seguro ya había matado. No era un acto violento, pero sí vigoroso. Tal vez a causa de la cocaína que traía en el organismo. Más que tener sexo, parecía que el bato estaba cavando un pozo en el piso con una pala. Y cada penetración una paletada de tierra que lanzaba tras de su espalda sin contemplación y orden. Pero el boquete en el suelo ya era inmenso. Era como si escarbaba para fabricar una piscina o una fosa común. Sexo de enterrador.

No faltaba mucho para que el sepulturero terminara, pero por alguna razón, volteó hacia atrás y me vio. Hicimos contacto visual. Me reconoció. Di un portazo que se oyó hasta los teibols de Madero. Y salí hecho madres. Dicen que cuando vas a morir toda tu vida pasa frente a tus ojos, pero mientras bajaba las escaleras, lo que vi fue a Carlos, el Estorbo, uno de los primeros que me consiguió coca en Monterrey. Me la llevó a la guarida de Arnulfo Vigil: la sede de la revista *Oficio*. Después desfilaron frente a mí el Negro, uno de mis primeros dílers en Torreón, luego Johnny, y después mi díler del DF No aparecieron más porque cuando volví en mí, estaba frente a la mesa donde estaban sentados mis compas y les dije: Vámonos a la verga.

Debí escupirlo en el tono más desolador posible, porque saltaron sin rechistar. Me aventé un clavado en el asiento trasero del carro. Temía lo más culero. Con apenas un cuarto de mi cabeza asomando por encima del respaldo, vigilaba la entrada de la cantina por si aparecía el sicario. Entonces la vi. No era verde. La pinche puerta no era verde. Era de un azul negrusco. Arrancamos, y justo cuando dimos vuelta en una esquina divisé que el sicario salía de la piquera abrochándose el cinturón. El bato volteaba pa todos lados. No buscaba quién se la hizo, sino quién se la pagara. De pura chingadera nadie se le puso enfrente, si no, pobre del pendejo.

La escena porno ocurrió un miércoles. El domingo de esa misma semana un comando sin identificar irrumpió en El Rincón Gitano. Rafaguearon el lugar y levantaron a varios clientes. Si yo hubiera estado ahí me habría tocado. Una de dos, o ejecutado en el acto, o encobijado días después. Cuando me enteré, me cayó el veinte de que yo tenía una cita con algo grande. Pero la libré por *voyeur* al sicario. Por más que lo intento no consigo recordar si se me paró. Me estaba esperando. ¿La muerte? O su prima. O su hermana. Pero no llegué al compromiso. Ya la he zafado muchas veces, me dije. Hasta que un día no la cuente.

Después de esa balaceada que sufrió, El Rincón Gitano siguió abierto. Como continuó en Torreón Carnitas Uruapan después de que la rociaran, o el exgobernador Humberto Moreira cuando le mataron a su hijo, o como Pablo Montero, un cantante vernáculo lagunero, tras el asesinato de uno de sus hermanos primero, y del otro después, de varias puñaladas en una calle del centro de Torres. Como seguí yo cuando me reconcilié con la idea de que jamás volvería a conocer la paz mientras viviera en el norte.

LOS VIEJOS DUROS NO BAILAN

Como si lidiar con la vida en Torreón no fuera lo suficientemente estresante, por aquellos días mi padre manifestó su deseo de ya morirse.

El veinticinco de diciembre de ese año cumpliría setenta y nueve años. Me abandonó a los cinco. Sin embargo, jamás tuve las entrañas para odiarlo. Desde morrito comprendí su partida. Fue como un obsequio. Yo salía a la calle sin una idea preconcebida del mundo. Los otros niños *sabían* qué no debían hacer. A mí nadie me aleccionaba. Así que me estrellé contra mi destino. No recibí advertencias. Aprendí lo que era la vida hasta que me interné en ella. No era el único chico en el barrio producto de un hogar roto. Pero nunca entendí el rencor inquebrantable que otros guardaban por una figura ausente.

De mi padre heredé la pasión por el béisbol (quizá Nolan Ryan era el lazo más significativo entre los dos), el gusto por el cabrito y la afición por las cantinas. Soy su hijo más pequeño. Tengo medios hermanos, viven todos en Estados Unidos, excepto Zoila. Desde adolescente, ella se decantó por la vida en las cantinas, su madre era una fichera, a los quince años se embarazó, y no se detuvo hasta engendrar cinco hijos, todos de un padre distinto. Su vida de puta fue sagrada para ella, así que dejó de frecuentarnos. Supe de su vida. Había estado presa. Por su culpa un judicial mató a un soldado. Mi hermana se ofendió porque le agarraron las nalgas. Por defenderla, el judacho le disparó al guacho. Y la acusaron de cómplice. Era adicta a la cocaína. Y por más que su madre le lloraba que abandonara su estilo de vida, jamás lo hizo.

Mi padre y yo nunca perdimos contacto. Hacía unos días había anunciado que no se sometería a una nueva cirugía. Tenía un marcapasos. Y la batería estaba a punto de extinguirse. Había sufrido dos infartos en el transcurso del año. En uno de los episodios estuvo clínicamente muerto por más de dos minutos, pero una descarga del aparato lo revivió. No pasaba un día en que no me invadiera la tentación de preguntarle en dónde estuvo esos dos minutos en que abandonó su cuerpo. Pero no me atrevía. Después de ser un mujeriego empedernido, mi jefe sentó cabeza. Llevaba veinticinco años casado. Fue su esposa quien me llamó. Hizo un dramón cuando amenazó con que no deseaba que le cambiaran la pila al artefacto. Llorando, me pidió que fuera a hablar con él. Que tratara de convencerlo de someterse a la operación. Por supuesto, me negué. Si el viejo quería mudarse al otro barrio, era su pedo. Confieso que su decisión no me entristeció. Al contrario, volví a respetarlo.

A raíz de su primer paro, cuando la libró, se volvió mormón. Y me sentí traicionado. Mi padre había sido beisbolista, luchador, tahúr, fayuquero, sandillero, melonero, pescador, parrandero y gatillero. Tenía balas dentro del cuerpo, que no le pudieron sacar. Un día fui a visitarlo y había desaparecido la fotografía que pendía de una de las paredes de su casa. Coloreada a mano, en ella aparecía en la barra de una cantina portando una texana junto a mi tío Chepe. Y su conversión despertó una sensación inédita en mí: encono. Me sentía defraudado. Siempre había sido mi ídolo. Recuerdo la tarde en que me regaló su máscara. Se había retirado de la lucha libre. Le admiré

todo, incluso que fuera miembro de Alcohólicos Anónimos. Era el único doble A que conozco que no había renunciado al alcohol. No faltaba a ninguna sesión, pero se bajaba de la tribuna para largarse derecho a la cantina.

A mí me llamaron Carlos Manuel Velázquez porque mi padre lo decidió así. Pero no era el primero. Antes hubo otro. Mi medio hermano. Quien murió de una sobredosis de pastas y Tecate. En McAllen. Para honrar su memoria, me bautizaron con su nombre. Tenía apenas veintiún años. Vi fotografías. Nos parecíamos. Era moreno, como yo. Nuestro padre era de tez blanca. El deceso de Carlos me acercó a Martín, otro de mis medios *bróders*. Vivía en Houston. Venía a visitarme con frecuencia. Me alentó a probar la mariguana a los doce años. Hacía veinte años que no lo veía. Por culpa de sus problemas con la ley estuvo preso. Cumplió dos condenas en Galveston. Por portación ilegal de arma de fuego y por encontrarlo en posesión de un auto robado. No supo explicar el origen ni de uno ni de otro. Lo último que supe de él es que trabaja en Ciudad Acuña para un cártel.

Mi padre era la prueba viviente de que el karma existe. Antes de abandonar a mi madre y abandonar a la madre de Zoila, y después de abandonar a otras, tuvo un romance que terminó en tragedia. Se juntó con una mujer. En un viaje a la frontera, tuvieron un accidente. Su acompañante perdió una pierna. Y la abandonó. Para enredarse con mi jefa. Sin experimentar culpa. Sin sentir remordimientos. Sin perder el sueño. Dio media vuelta y dejó a aquella persona lisiada. Ahora que lo pienso, a mi padre lo odian las mujeres. Yo no puedo aborrecerlo.

Aunque hubo un tiempo en que no lo soportaba. Recién converso, me invitaba a que me sumara a su religión. Yo huía de su casa. Toda su vida siendo libre para al final terminar esclavo de las patrañas mormonas. Y entonces sucedió algo que no esperaba: mi padre volvió a cambiar. Subrepticamente, había regresado a las cantinas y a los billares. Supe por amigos que se sentaba en la barra y pedía una cerveza. No se embriagaba más. Pero lo hacía a diario. Yo entendía que por eso ya no quería vivir: tener que soportar todo el día la cháchara de su esposa, que lo había emasculado hasta lo indecible; ya no se podía desvelar tres días seguidos apostando a la baraja; y ya no podía comer como lo hacía antes. Era más alto que yo. Y más robusto. En sus buenos tiempos, liquidaba un cabrito él solo de una sentada. Yo tampoco querría seguir vivo.

Quizá la próxima sería la última navidad que pasara con mi padre. Hacía apenas un par de semanas había ido por primera vez al TSM. Aunque era santista no conocía el nuevo estadio de fut. Tenía prohibido apostar, le afectaba emocionarse.

Pero cada sábado que íbamos a los partidos de beis de la liga mayor le metía duro a la quiniela. A nuestro regreso, siempre estaba tentado a preguntarle qué se sentía estar muerto. Pero me contenía. Él nunca mencionaba el tema de la muerte. Solo se atrevía a contarme sobre sus infartos. «¿Qué se siente?», le preguntaba. «Es como si un caballo te pateara el pecho», me respondía.

THIS IS TORREONISTÁN

Torreón estaba colombianizado, tamaulipizado. Pero a esta tierra, en lugar de rebautizarla parcera o bukimente, comenzamos a llamarla Torreonistán, porque el Territorio Santos Modelo fue sede de la selección de Uzbekistán durante el mundial sub 17, y no por Afganistán, como creen muchas personas. Aunque el paisaje desértico, la guerrilla narcourbana y las palmeras drogadas de sangre refuerzan la sensación de encontrarnos en algún punto del Medio Oriente.

En Torreonistán los titulares de los periódicos nunca se alteraban. A diario anunciaban la llegada de nuevos refuerzos militares o federales. Pero el desmadre no paraba. En aproximadamente cuatro semanas le prendieron fuego a cinco gasolineras y a un restaurante de mariscos.

La noticia de los refuerzos no consolaba a nadie. No existía paliativo para nuestro mal. En sus primeros momentos de crisis este municipio necesitó apoyo del gobierno federal y no lo recibió. La bronca entre Humberto Moreira y Calderón nos afectó, nos llevaron entre las patas. Con el nuevo gobernador la cosa no cambió. No conseguíamos ver la tan mentada luz al final del túnel. Al contrario, lo que parecía imposible, sucedió, el estado de descomposición social se agudizó.

Uno de los principales problemas del estado era el clan Moreira, conformado por Humberto y Rubén. Existía un sentimiento de encono generalizado en casi todos los coahuilenses contra el cacicazgo político que los Moreira habían impuesto. Después de abandonar el poder Humberto se despeñó. Tras ser echado de la presidencia nacional del PRI se dedicó a hacer el ridículo con ahínco. De gobernador a vendedor de mermeladas, sus errores culminaron con el asesinato de su hijo a manos de un cártel. Era vergonzoso que además de las noticias sobre la violencia en Coahuila, el estado fuera un referente por los excesos del exgobernador. Estábamos sumidos en la mierda: narcoviolenencia y desprestigio sistemático.

En una encuesta, auspiciada por el propio Humberto Moreira, preguntó a los saltillenses si votarían por él para alcalde como candidato del partido Nueva Alianza. Y según los resultados sería el ganador. Qué triunfo tan absurdo sería. Era como si le preguntaras a un judío si quisiera que se repitiera Auschwitz. El paralelismo no es exagerado. Para todos aquellos a los que les han desaparecido a un familiar, el horror era similar. Que te decapiten a un pariente, lo desmembren o lo calcinen, te resultará más traumatizante que una visita a cualquier museo nazi.

Yo estaba convencido de que Torreonistán me perseguía. O que adonde fuera, lo llevaba conmigo. Y a Coahuila también. Una noche me encontraba hospedado en el Ramada Inn Reforma, en el DF Mientras tecleaba, recordé que Hunter S. Thompson había redactado pasajes de *Fear and Loathing in Las Vegas* en un hotel de esta cadena. Me encontraba lejos de mi terruño, pero las noticias me llegaban por Twitter. «Rubén Moreira prohíbe las peleas de gallos», «Rubén Moreira prohíbe la venta de alcohol en los teibols», «Rubén Moreira lanza propuesta para regular el control de alcohol en fiestas privadas».

Oh, fuck. Entiendo que se trataba de una cruzada contra el crimen organizado, que había que

cercar a los giros negros. Pero qué sería de todos aquellos pobres descarriados. Cómo jodidos se ganarían la vida los desclasados. Eran como desalojados a quienes expulsan de un lugar pero no les ofrecen casa en otro sitio. No existe peor éxodo que el de las putas. Cuando son sacadas de la zona, no cuentan con un Moisés que les abra el mar Rojo.

Como siempre que me ponían mal las noticias, comencé a sufrir pesadillas. Acordarme de Hunter S. Thompson me hizo pensar en Ralph Steadman (el ilustrador de *Fear and Loathing in Las Vegas*). Soñé a un Rubén Moreira steadmaniaco, pero no era humano, era un perro. Un rottweiler con la cara del gobernador. Me perseguía para destrozarme. Nos encontrábamos en un deshuesadero de autos. Como en la escena final de la película *El hijo de Pedro Navaja*. La persecución parecía ser eterna. El yonke estaba cercado por una maya ciclónica con alambre de púas. Trepaba a los montículos de autos viejos. No servía de nada. El perro también trepaba. Entonces, como en el juego de serpientes y escaleras, bajaba hasta el fondo. Y el maldito perro, como si de una enfermedad terminal se tratara, venía detrás de mí. Nunca le he temido a los canes. Pero no era ningún Spike. Aquel asesino olía mi miedo como la droga en un aeropuerto. «Ándale pinche gordito», me decía, «no cabe duda de que el gobierno se preocupa por tu salud, quiere ponerte en forma». Y no paré de correr. Hasta que por fin me encaramé a una pirámide de autos y conseguí atisbar la calle. No lo dudé. No por nada esta región ha dado grandes clavadistas y luchadores. Me lancé al vacío.

Calculo que era un abismo de aproximadamente doce metros. Pero caí en blandito. Y seguí huyendo. Entonces, como las luces de un auto al final de la calle, surgió la figura del pinche perro. Estaba tan cansado que no podía continuar. Me colgué de la rama de un árbol. De ahí brinqué a la azotea. Me quedé quieto hasta que el rottweiler desapareció. No lo había advertido, pero estaba recargado a una pared que daba a una privadita. Me asomé hacia abajo y descubrí una cantina. Con sus puertas abatibles. Del interior comenzó a salir una melodía. Música norteña. De repente, comenzó a llover.

Desperté todo sudado. Como si acabara de coger con la muerte. A las tres de la mañana. Mientras las putas y los travestís se paseaban por Puente de Alvarado. Sabía que la pesadilla era producto de la esquizofrenia. No sería yo el primero en Torreón que sufriría este tipo de sueños. Se sabe que cuando te someten a tanta presión eres el candidato ideal para tener una crisis nerviosa. Así que esto es, me dije.

De tanto mentarlo, un día mi hija me preguntó: «Papi, qué es Torreonistán». No pude responderle. No supe explicarle lo que nos sucedió unas horas después.

Salimos al súper. Eran las cinco de la tarde. Y nos topamos de frente con un retén militar en Juárez y Colón. En pleno centro. Mi hija se asustó. Se quedó inmóvil en cuanto vio a los guachos. No es ninguna novata, es una veterana escuchadora de ráfagas, a sus casi seis años. Pero en cuanto ve a las sardinas se atemoriza. Reacciona como lo hace una persona que le tiene fobia a las cucarachas.

Tuve que obligarla a cruzar por un costado del retén para que entendiera que no le sucedería nada. Dile adiós a los soldados, le dije, como hacíamos cuando pasaba un camión y agitaba la mano saludando al chofer. Para que se relajara. Pero no se animó. La militarización es impropcedente.

Estuve tentado a decirle a mi hija: Esto es Torreonistán.

Fue entonces que entendí una de las razones por las que me decidí a escribir sobre Torreón.

Para explicarle a mi hija todo lo que no podía entender. Para que si un día me desaparecían o me encontraran muerto supiera por qué. Para que conociera los motivos por los cuales sus padres actuábamos como lo hacíamos. Y nos poníamos histéricos al sacarla a la calle. Esperaba que cuando tuviera la edad suficiente para tener vida social no atravesara por los mismos problemas.

Según un amigo escritor, faltaba todavía un sexenio para que las cosas mejoraran. Quizá lo que quería decir era que cuando terminara el sexenio de Moreira podría presentarse un cambio. Era un volado. Una de las tantas explicaciones por la cual Torreónistán estaba al rojo vivo era el cruce de caminos. Sí, la maldita encrucijada que se formaba en La Laguna. Si viajabas de México hacia Durango, y te dirigías a Tijuana o a Monterrey, por carretera, a güevo tenías que pasar por aquí. Si venías de Sinaloa y querías llegar a Monterrey, también era paso forzoso. Aquí se unen los dos caminos. Como la mismísima *Crossroads* de Robert Johnson. Por eso tanta móndriga leyenda urbana sobre el diablo. Tanto loco suelto por estos lares que cuenta que se le aparece satanás. O que hace pacto con Lucifer. Pinche Narcozona, desde el subsuelo asciende el mal que enloquece a la gente.

Desde que se descubrió el negociazo que es el consumo de drogas, cualquier región era susceptible de convertirse en un infierno. Pero La Laguna no sería la Narcozona sin la influencia de Sinaloa. Sinaloa y Torreón siempre han tenido su *affaire*. Sinaloa conquistó a La Laguna a través de dos cosas: los mariscos y la droga. Mucha raza sinaloense ha emigrado a Torreón para poner un changarro marisquero. Y de entre las múltiples explicaciones que existen para comprender los hábitos de los sicarios en Torreón, una era que la plaza antes era ocupada casi exclusivamente por sinaolenses. En una plática que sostuve con Élmer Mendoza, me contaba que los capos mantenían la rutina de despertar temprano debido a que se trataba de batos serranos. Se esperaba que las nuevas generaciones se comportaran de formas distintas. Pero los patrones no se habían modificado.

Desde niño siempre me encantó el tomate, por encima de las otras verduras o legumbres. Crudo, porque guisado, es decir, cuando entra en contacto con el aceite, me repugna. Es admirable mi clarividencia para las drogas. Para mí el tomate crudo es la coca, y el tomate guisado es la piedra. Según mi psiquiatra (con especialidad en trastornos de adicción) la razón por la cual no me quedé enganchado al *crack* es porque detesto el tomate guisado. Sin el tomate sería imposible explicarnos el narcotráfico en Torreón. Durante las décadas de los setenta y los ochenta, la droga viajó en camiones que transportaban el tomate desde Sinaloa. En aquellos años, ser comerciante de la central de abastos era sinónimo de mafioso.

Tortillorreón or Tortillorreónistán lo mismo aparecía en el *New York Times* que encabezaba índices internacionales como una de las regiones más contaminadas del orbe. Nadie lo hizo oficial, pero en el inconsciente colectivo habíamos declarado el territorio zona de desastre. Ala bronca contra el narco sumábamos, además de los problemas ambientales de dominio público, como el arsénico en el agua, la escasez de la misma, y el plomo en el ambiente, la contaminación en los ejidos aledaños. Era alarmante. No había nada tan espectacular en materia de degradación en África o Asia que no existiera aquí. El absurdo eslogan que se encuentra en la entrada a la ciudad: Hemos vencido al desierto, había comenzado a revertirsenos. Como a Estados Unidos se le rebeldeó el Sueño Americano.

Por aquellos días Travestilandia, otro *nickname* de esta ciudad, me parecía un animal que se resiste a morir. Y me preguntaba: cuántos golpes más debe recibir para caer finalmente. Era como un toro que aguanta las estocadas y continúa sostenido por sus cuatro patas. Y yo, desde la barrera, no me podía creer que los malditos jueces no concedieran el indulto. Y por los acontecimientos de las siguientes semanas, estaba claro que jamás se le perdonaría la vida a Torreón. Una foto en mi cuenta de Twitter arrojaba una postal de odio del estado en que se encontraba la ciudad durante ese tiempo: la Plaza de Armas ocupada por federales.

La imagen que subí daba cuenta de cómo se habían cerrado las calles una cuadra antes en todas las direcciones. El paso a vehículos estaba restringido. Y el acceso a los transeúntes era un calvario. Te cateaban buscando armas. Era mejor no pasar por ahí. Sin embargo, toda precaución fue inútil. Un coche modelo Atos entró en sentido contrario por una calle y rafagueó la puerta del hotel. Murió un poli. En la fuga murió un civil atropellado por el auto. Este fue el penúltimo ataque. Durante semanas habían estado rafagueando constantemente a los federales. Querían echarlos de ahí. No resistieron el siguiente ataque. El crimen organizado consiguió expulsarlos. Esta acción le demostró a los ciudadanos algo que todos dicen ya saber: que el gobierno no valía madre. Se mudaron a la colonia Fidel Velázquez. A convertirles en un infierno la vida a los habitantes de ese rumbo.

Por esas fechas, la ciudad olía a carnitas. Torreonistán apestaba a chicharronería todo el tiempo. Por la muerte de tanto federal. Le habían dado suelo a más de diecisiete. No significaba nada, como tampoco importaba el secuestro *express* de Felipe Baloy, defensa del Santos. Nunca existió declaración alguna por parte del jugador o de la institución. Sin embargo, sí lo levantaron. Y lo soltaron en un par de horas. Pero como no apareció la noticia en los medios, se difuminó como tantas otras que no son publicitadas. Lo mismo sucedió con la matanza en el panteón Jardines del Tiempo, donde murieron mujeres y niños. Nadie se inmutó. Para qué. Era como intentar cazar a una ballena. Y nadie parecía capaz de dar caza a la gran ballena blanca en que se había convertido el narco en México. Quién arremetería contra Moby Dick. El país entero era parte misma del monstruo.

Maldito karma. Lo peor salía de Torreón. Como por ejemplo Attolini. Uno de los jóvenes que habían dejado el movimiento #YoSoy132 para venderse a Televisa. Puro desprestigio. Pero el resto del estado no se quedaba atrás. Volvimos a ponernos en el primer lugar nacional de la vergüenza por el maltrato a una osezna en Saltillo. Un grupo de funcionarios golpearon brutalmente al animal y, una vez sometida y ensangrentada, se tomaron fotos y las exhibieron en las redes sociales. Qué otra cosa podíamos esperar si la dieta de esta región es la sangre.

Después de lo de la osezna me sucedió un acontecimiento del que no me he podido reponer. Me encontraba en Saltillo, comería con unas personas. La gente que me invitó tenía una perra. La recogieron de la calle. Se había terminado la mayonesa. Así que me lancé a la tienda por una. Para las hamburguesas. La perra me siguió. A medio camino se devolvió. Atravesé el transitado bulevar.

A mi regreso, descubrí a la perrita a media calle. Atropellada. Nunca me había conmocionado tanto la muerte de una mascota. Ni siquiera la partida de *Mr. Jones* me caló tan hondo. No lograba entender cómo había sucedido. Era callejera. Y la forma en que murió fue encarnizada. Un camión le había arrancado toda la piel, debió arrastrarla varios metros. Y le habían estallado todos los órganos.

Quedó completamente pelada. Manchada de sangre y de desolación. Su cadáver parecía representar todo lo podrida que estaba la región. Hablaba de la mierda en la que estamos sumidos. Y yo me sentí culpable. Tenía que salirse precisamente detrás de mí. Pero lo que más me dolía era la saña con que la atropellaron. No fue un empujón, como he visto que sucede cuando otros vehículos impactan a perros. No dejó de pensar que el chofer de aquel camión la mató a propósito. Pinche loco.

Eso también era Torreonistán. Aunque me encontrara en Saltillo, no dejaba de perseguirme.

CHULAS FRONTERAS

La frontera viajaba. Se desplazaba. La aduana había dejado de ser la franja ubicada junto al Río Bravo. Se recorrió. El Sueño Americano mutó en Sueño Mexicano, mejor dicho: en el Sueño Norteño. Nos volvimos indocumentados. La frontera era una vampira psíquica. Se alimentaba de la mente. Era la nueva virgen: Guadalupiente, el proyecto de identidad para aquellos que no poseían proyecto de identidad.

La frontera se encontraba pegada a Estados Unidos. Ciudad Juárez, Laredo o Tijuana. Después se ubicó en Zacazetas, con el cártel como una nueva migra que impedía el paso. El país como un cuerpo decapitado. El norte como una cabeza que había sido cercenada del sur y del centro. Hasta que la frontera se expandió por todos lados.

Una noche se estableció en Torreonistán. Y se multiplicó. Con otro nombre: retén. La Laguna se convirtió en la comarca de los retenes. Cualquiera lado se transformó en el otro lado. El Chuco. Pero no podíamos tramitar *Green Card*. Tu pasaporte eran las placas, la licencia y la tarjeta de circulación. Pero estos documentos no garantizaban nada. Cualquiera era susceptible de ser inspeccionado. El retén se convirtió en la frontera más importante.

A diferencia de un alcoholímetro o una antialcohólica, estaban estratégicamente situados para que no pudieras eludirlos. El ciudadano como una Caperucita que se dirige a casa de su abuela y mientras el méndigo lobo sabe que está obligada a tomar ese camino. Los guachos o los federales detenían en busca de drogas o armamento a pobres diablos. Entonces, recorrer esta ciudad era como estar formado de por vida en la fila de las tortillas más larga del mundo.

La frontera viajaba. Se traspolaba. Durante décadas, ella y el Distrito Federal eran considerados los lugares más peligrosos del país. Su expansión nos demostró que ya no era necesario trasladarse a Ciudad Juárez, Tijuana o Ciudad Hidalgo, para padecer los fenómenos fronterizos. En el norte de México se superaron todas las fantasías de Tarantino y Robert Rodríguez. La caza de ilegales en *Machete* era una nimiedad si la comparábamos con todas las matanzas que grupos criminales habían perpetrado en bares.

Pensábamos que Ciudad Juárez se quedaría para siempre junto al Río Bravo. Petrificada. Jamás imaginamos que se desplegaría. Que reptaría por el territorio. Durante años, los torreonenses emprendieron un éxodo a Juaritos. Luego los papeles se invirtieron. Juárez vino a nosotros. Primero como cultura a través de las maquilas. Después como feminicidios. Aquí abundaban las desaparecidas.

El romance con la frontera nos duró poco. El romance con la narcocultura pervive. Frontera siempre fue sinónimo de traspato. Polución. Elipsis. Torreón siempre fue puro tránsito. Y se apagó. Se desfronterizó para fronterizarse. Acabó con la fiesta.

La frontera viajaba. Te atravesaba. Aquí quedó instalada. Los hondureños, guatemaltecos,

salvadoreños, que fueron deportados en busca del sueño americano, no regresaron a sus lugares de origen. Se quedaron regados por todo el norte. A ejercer el turismo sexual, el sicariato. O a ser ultrajados, extorsionados, maltratados, por nosotros los dueños de la frontera. Pasamos de víctimas a victimarios. De vencidos a vencedores.

La frontera nos atravesaba. A mí me atravesó. Venía de vacaciones de Mazatlán cuando un retén de soldados detuvo el camión para revisarlo. Nos hicieron descender. Nos retuvieron dos horas en la sierra. Pero antes de que fuera nuestro turno para inspeccionarnos, me asaltó una sensación ominosa. De ahí en adelante mi vida transcurriría entre retenes. Salvar uno para enfrentarme a otro. Y al siguiente. De guachos. De federales. De estatales. De gate. De policías municipales. De tránsitos.

Se extendió tanto la frontera que Torreón se dividió en dos. El Poniente pertenecía al Chapo, y el oriente a los Zetas. La avenida Colón se convirtió en una simbólica Franja de Gaza. Vivir en la ciudad era una prueba de resistencia. Un deporte de alto rendimiento. Porque además existían los narcoreteneos. Topones establecidos por el crimen organizado. Para robar coches. O para sembrar el terror. Nada amedrentaba más que cruzar un retén de sicarios. Fuera para ir a la escuela, al trabajo, a la lucha o por un *lonche*.

Siempre que la violencia sacudía Torreón, sabía lo que nos esperaba: más retenes. Más fronteras. Y el acoso que conllevan. La única solución que el gobernador encontraba ante tanta violencia era blindar la ciudad. Hastiarnos en la monotonía de la fila. Formados. Encajonados en un carril, a vuelta de rueda. Con todo el tiempo del mundo para pensar en un futuro que no iba a llegar. Con horas extras para fantasear que esta guerra acabaría. Y avisar por Twitter que no pasaran por tal calle porque se habían improvisado otro cruce.

**WILD COAHUILA
(BREAKING THE LAW)**

El estado vivía una crisis de gobernabilidad sin precedentes. Torreón, el segundo municipio más importante del estado, se había convertido en un paraíso de la criminalidad. Saltillo, la capital, también padecía una cruda ola de violencia.

La política en Coahuila se parecía cada día más a la serie *Los Tudors*: intriga, traición, hermanos incómodos, enfermedad, violencia intrafamiliar; Lucero Davis, viuda de José Eduardo Moreira Rodríguez, culpaba al gobernador por la muerte de su esposo; Humberto Moreira, becario en España; el gobernador disminuido, rumores de que arrojaba el arpa y que sería suplantado por Jericó; la denuncia de Humberto a Felipe Calderón ante la Corte Penal Internacional de La Haya; una orden de aprehensión vigente contra Javier Villarreal, extitular del Sistema de Administración Tributaria, que se dio a la fuga y de quien ya no se volvió a comentar nada; la bendita deuda, etc. Y todo en tan solo dos temporadas, es decir: dos sexenios de moreirato, uno concluido y otro en desarrollo.

Por lo anterior, y muchas cosas más, todos, absolutamente todos los coahuilenses queríamos mandar al gober por cigarros a Hong Kong. Estábamos hasta la papita frita del drama que nos veíamos obligados a padecer por parte de la dinastía Moreira. Y por la violencia que superaba a cualquier superproducción de Hollywood.

Torreón: «La ciudad más violenta del sexenio [pasado]» era el nuevo epítome que nos regía según Loret de Mola. Pero se quedaba corto, Torreón también era la comunidad más violenta del entresexenio y del sexenio que comenzaba. Pero guardábamos silencio, sabíamos lo que le esperaba al que increpara. Sometimiento. Como le sucedió a Miguel Ángel, un joven de alrededor de catorce años que interpeló a Rubén Moreira en la Secundaria Técnica nº 83. Después de ello sería reprimido por los guardaespaldas del gober. Sus escoltas amagaron a Miguel Ángel por la espalda, lo inmovilizaron tomándolo del cuello y de un brazo y lo sacaron de la escuela.

Ante la baja de ciento cincuenta y ocho policías de Gómez Palacio y Lerdo, incluidos los titulares, la crisis de seguridad carcomió tanto La Laguna de Coahuila que Torreón se convirtió en el edén del hurto. Asaltos a bancos, robos a centros de atención de telefonía celular, a financieras, a restaurantes, donde los ladrones se llevaban carteras, celulares y joyería; saqueo de vehículos, asaltos a transeúntes, secuestros, extorsión, tenían a la población sumida en el pánico y la defenestración.

Los coahuilenses imaginaban esta escena: Humberto Moreira, como en el comercial de la Gheyenne, señalando Coahuila, le dice a Rubén Moreira: «Hermano, algún día, todo esto será tuyo». ¿Y la gobernabilidad, acá? ¿Y la figura del gobernador? La gente estaba indignada, porque por la matanza en el bar Tornado de Torreón, donde murieron treinta personas, el gober no hizo ninguna declaración. Ni un «mi más sentido pésame» a la población. Esa masacre fue de antología. Con sangre de una víctima pintaron una Z en la fachada del local. Ni el satanismo en sus mejores momentos. Si en las Juanas y el Ferri se les había pasado la mano a los sicarios, Tornado

fue el Súper Tazón de los atentados contra bares en todo el norte.

Narcomantas aparecidas al día siguiente en Gómez, en las que se aseguraba que el Chapo recuperaría la plaza, solo podían augurar una cosa: si creen que hemos tocado fondo, prepárense para ver a la región arder como nunca antes. La advertencia provocó que todos, absolutamente todos los bares cerraran durante dos semanas. Solo unas modestas cantinas trabajaron con horario diurno.

Torreón era el municipio más vapuleado del estado, pero Saltillo, Acuña y Piedras Negras también experimentaban rachas de violencia. Si al menos el gober hablara, se pronunciara, se solidarizara con el dolor de las familias de las víctimas. Pero solo mutismo recibíamos.

Vivíamos, como dice la canción de Elvis, en un estado de *suspicious minds*. Nadie creía que fuera un giro del destino que el Lazca se asentara en este estado. La conexión Coahuila-Hidalgo se prestaba a malos entendidos. Carolina Viggiano nació en Tepehuacán de Guerrero. «Los coahuilenses no somos mal pensados», me confesó un vendedor de diarios. «De lo contrario hubiéramos creído que no era una casualidad». Como tampoco lo era la desaparición del cadáver del Lazca. Salimos más duros que *The Walking Dead*. En la serie los muertos regresan como zombis. Y Heriberto Lazcano se esfumó. Partió hacia el mito. A unirse en la inmortalidad a Elvis, Pedro Infante y El Señor de los Cielos. O quizá, está vivo, en alguna playa de las Bahamas.

Si algún día se me ocurriera formar una banda de *rock* la llamaría Mineros muertos. En honor a todos los caídos en Pasta de Conchos, Muzquiz, Sabinas y Progreso. En este último fue donde abatieron al Lazca, quien según Humberto Moreira era apodado El señor minero, pues poseía dos tajos de carbón. Coahuila era un cochinerero. Si algún día este estado se quisiera levantar, no sabrían ni por dónde comenzar a remover los escombros. Diezmados, quebrados, ultrajados, así nos sentíamos los coahuilenses.

Torreón, cuna de la narcorevolución, había dejado de ser territorio exclusivo de la disputa entre el Chapo Guzmán y los Zetas. En sus prados habían campeado por periodos huestes de distintos cárteles: Los Caballeros Templarios, Los Cabrera, Cárteles Unidos. El Cártel del Golfo, La Familia. Y en general todo aquel que tenía los tanates para armar una célula, salía a la calle a atracar. No importaba que su negocio no fuera la droga. Parecía que habían anunciado el fin del mundo, porque a Torreón lo estaban saqueando. No querían dejar nada para las cucarachas. Bares cerrados, casinos clausurados, teibols prohibidos, y el moridero a todo lo que daba: una invitación a la fuga. Las primeras en irse, las más inteligentes, eran las prostitutas, para quienes esta ciudad ya no era negocio.

Según Isabel Arvide, Rubén Moreira había entregado el estado a los Zetas. Era una lástima que no pudiera pedir que se lo devolvieran. Porque sin duda estaba resultando más caro el caldo que las albóndigas. Ojalá que, como decían, la deuda se pagara en veinte años. Ojalá se refieran a años humanos y no años perro. Según el gober, el tema de la deuda se había superado. Presumo que se refería a lo mediático. Qué alivio. Estábamos todos con el pendiente de que continuara en los medios. Al fin podríamos dormir.

Ante tanto desmadre, solo una cosa era clara: Moreira era incapaz de gobernar el estado.

EL CORRIDO DE HEISENBERG

La guerra vs el narco en La Comarca Lagunera ya había durado más que el «Never Ending Tour» de Bob Dylan. Hasta el momento, la estrategia del gobierno federal para combatir la inseguridad en el país había sido cambiarle el nombre: de lucha contra el narcotráfico pasó a llamarse Operaciones para el Fortalecimiento de la Seguridad de los Mexicanos. En La Laguna, esta medida solo consiguió que se despertara aun más la lujuria por la sangre. La auténtica orgía perpetua. La zona era un cagadero. El bacín donde se había depuesto lo peor que éramos capaces de producir.

La última andanada de violencia acabó con nuestras esperanzas de que se produjera un cambio. Definitivamente era imposible erradicar el problema. Todo comenzó con el ataque a *El Siglo de Torreón*, un periódico local, y el secuestro de cinco de sus trabajadores. Aunque todos fueron devueltos con vida, el principal conflicto era que el diario no podía garantizar la seguridad de sus empleados. Nadie podía cuidar de nada. Desde el atentado, un cerco de policías federales custodiaba la entrada de personal. Sin embargo, no existía prevención posible. Los levantados fueron extraídos de domicilios particulares o sorprendidos en la calle. Lo alarmante era que no se trataba de reporteros, sino de personal meramente administrativo. Es decir, ya nadie quedaba absuelto del sálvese quien pueda.

A partir de ahí sí enviaron más refuerzos. Pero moralmente no merecíamos ni un mendrugo. No existíamos. Moreira continuaba sin pronunciarse. La Laguna, que era considerada el sitio más violento del país, fue desbancada por Acapulco, a raíz de la violación de seis turistas españolas en el puerto. Durante unos días, el cetro del mal lo ocupó otro, y la atención se alejó de nosotros. Pero la pesadumbre no nos abandonó. Al contrario. Nos inundó la rabia. Y la impotencia. Porque cuando sucedió el siniestro de Pemex se declaró luto nacional. La bandera de mi ciudad estuvo a media asta. Sin embargo, cuando encontraron a una familia de cinco miembros asesinados, no recibimos ningún pésame por parte del presidente. Las violaciones acaecidas en Acapulco fueron recibidas como una tragedia. Pero nadie se indignó por los cadáveres de tres mujeres de entre veinte y veinticinco años que aparecieron en un hotel en la carretera San Pedro-Cuatro Ciénegas.

Me preguntaba quién habría asesinado a esas chicas. ¿Acaso sicarios? En una charla una amiga me platicó el acoso que recibían las mujeres de parte de los federales. Se topó con un retén. La detuvieron porque le faltaba una placa. Me contó que el oficial se puso al principio coqueto pero al final pesado. Que no accedería a dejarla ir hasta que no le diera su teléfono. Otra conocida me relató que en más de una ocasión la habían invitado a salir los uniformados. Pero no era una práctica exclusiva de federales. También la implementaban los soldados, aunque estos últimos eran más respetuosos.

Le pregunté a mi taxista-díler qué sabía sobre los federales y las morritas. El chofer me relató que en una ocasión le pidieron un viaje unos feos. Sacaron a cuatro damitas bien pedas de un bar y las metieron al motel Pingüino. Otras veces había llevado parejas. Soldados o federales con

morras pedas o sobrias. En el día o en la noche. Según el anciano conductor, los culpables de la muerte de aquellas chavas halladas en San Pedro se encontraban dentro de nuestros cuerpos policíacos. Las descubrieron con un tiro en la cabeza. «No son métodos de los narcos», me aseguraba el don. Desconozco el proceder de los capos. No podía especular al respecto.

La imposición de retenes en La Laguna se convirtió en el elemento más ambivalente de la guerra vs el narco. Por una parte, constituía el esfuerzo más inútil por parte de las autoridades en cuanto a vigilancia se refiere. Sería como suponer que las moscas irían solas a encontrarse con el matamoscas. La población se quejaba, y con razón, de que los colocaban en las partes más inadecuadas de la ciudad. La Alameda, por ejemplo. Que todo mundo sabíamos dónde se encontraban los malillas. Pero las cosas no eran así de simples. Si existiera la posibilidad de terminar con esto, ya habría aniquilado un cártel al otro. La gente olvidaba que hacía unos meses los chapines habían echado a los federales del hotel Palacio Real. Los rafaguearon hasta obligarlos a trasladar su residencia a una colonia de la periferia. Un retén en la Duranguense o en zona Zeta significaba un combate que sabíamos no ganaría la ley. Además, lo que hacía que esta guerra fuera interminable, según la creencia popular, era la ecuación: el ejército con el Chapo, los federales con los Zetas.

Entonces, para qué servían los retenes. Para sofocar más a la población. Para que los federales se sobrepasaran con las mujeres. El último retén que me tocó cruzar estaba en la esquina de mi casa. Iba en el coche de un amigo. La mayoría de la gente se asustaba. A mí me producían tedio. El interrogatorio. Las revisiones. Explicarle tu vida a un desconocido. Era cuando comprendía el temor de la gente. Le sacaban a que les sembraran droga, a que los secuestraran, a que les expropiaran el coche. Nadie quería estar expuesto a los caprichos de un sujeto con poder. A mí me daba güeva. Ellos mismos sabían que los enfrentamientos que habían tenido con los capos habían sido en movimiento.

Cada vez que se activaba el código rojo, por una balacera o un muertito, levantaban varios retenes. Era lo más constante en estas tierras, junto con las infortunadas declaraciones de los gobernadores. Hacía unos días, Jorge Herrera había dicho textualmente que era un alivio que Durango no apareciera en la lista de las ciudades más peligrosas del país. Pero a Gómez Palacio sí que se lo cargara la chingada. Les asesinaron a cinco oficiales de tránsito. Y se quedaron callados. Balacearon la fachada de la casa de la alcaldesa Rocío Rebollo, y la casa de Carlos Herrera, exminotauro de la droga y exalcalde. Y guardaron silencio. Después rafaguearon la presidencia de Gómez. Y los últimos rumores que corrían eran que habían levantado a la alcaldesa. Lo que sí estaba comprobado era que la fiesta de quince años de su sobrina había cambiado de sede. Se realizaría en Montebello, un club de golf, y al final se llevó a cabo en el campestre de Gómez.

No cabía duda de que los mejores guionistas no estaban en la tele, sino en la realidad. Aunque *Breaking Bad*, la serie más chingona del momento, trataba sobre la droga. Nos equivocábamos si pensábamos que el asunto del narcotráfico había llegado a su última vuelta de tuerca. Siempre se podría retorcer más. El silencio sobre los acontecimientos en Gómez Palacio solo indicaba una cosa: que Rocío Rebollo estaba desamparada. Ella no era el primer funcionario al que se le iban encima, lo inquietante era que el partido en el poder, el pri, se había mantenido al margen. Cuál era el papel que estaban jugando. Según un compañero de la oficina eran ellos quienes estaban armando todo ese desmadre.

Una cosa era prenderle fuego a los negocios de su familia. Como sucedió un lunes de febrero. Imaginen la escena: grandes columnas de humo negro decoran La Laguna. Se incendian tres Maderería Alianza y una tienda de pinturas. Solo alguien que ha vivido en una zona en conflicto, por ejemplo, entiende lo que se siente observar a la ciudad arder. En el sentido literal. No se trataba de accidentes. Era la guerra. No un eufemismo. Y si algo faltaba en la escenografía, no tardaría en aparecer el helicóptero que te haría sentir en *Full Metal Jacket*. Decía, no era lo mismo que te incineraran un negocio a que le dieran una rociada a la presidencia. Una cosa debemos reconocerle a Rocío Rebollo: que no salió a chillar como el alcalde de Acapulco.

El silencio tampoco era la opción. Camino por el que optó el gobernador de Coahuila. No se pronunciaba. Por el periódico nos enterábamos de que había inaugurado otra deportiva en un ejido, pero nada más. La solución que venía cacareando desde hacía meses era la creación de un mando único para La Comarca Lagunera, puesto que los efectivos torreónenses no podían actuar en Gómez y viceversa. Hasta el momento, el único mando que conocíamos era la violencia.

En una declaración hecha al diario español *El País*, el alcalde de Torreón, Eduardo Olmos, proclamó: «Es una torre de Babel. Tenemos dos gobiernos estatales, dos regiones militares, dos destacamentos de policía federal... Los únicos que parecen tener un concepto de región son los cárteles». Al menos aceptaba que sufríamos un grave problema.

Por eso, insisto, el mejor guion lo escribía el narco. Superábamos a los escritores de *Breaking Bad*. Así como la policía de Albuquerque ignoraba a quién debía combatir, en La Comarca Lagunera tampoco existía un enemigo plenamente identificado. Era como si nos enfrentáramos a Heisenberg. Qué clase de guerra era esta. El once de septiembre que derrumbaron las Torres Gemelas de Nueva York, Hunter S. Thompson escribió que la respuesta de Estados Unidos sería una guerra a escala global. Sin frente o enemigos identificables. Se castigaría a alguien por el ataque, pero en ese momento resultaba difícil precisar a quien. La misma sensación nos producía la guerra vs el narco en La Laguna, pero en el plano regional. Y las represalias vendrían tanto del Estado como del narco.

Jon Lee Anderson afirmaba que por cada línea de coca que se aspiraba en Estados Unidos una persona moría en México. La Laguna había aportado un número considerable de esos decesos. Algunos intelectuales habían condenado el consumo de estupefacientes como parte del problema. Una percepción que se podía cambiar fácilmente. Cómo. Legalizando las drogas. Estados Unidos había legalizado el consumo de marihuana en los estados de Washington y Colorado, y aquí en La Comarca Lagunera lo único que sucedió fue que se incrementó la violencia. No existía una solución visible. La complejidad de la zona había engendrado criminales complejos. Los cambios en el reparto no podían modificar la trama. Era como si viviéramos dentro de un corrido todo el tiempo. Solo que ya no habitábamos en «Pistoleros famosos», sino en «El corrido de Heisenberg».

**IF YOU TOLERATE THIS
YOUR CHILDREN WILL BE NEXT**

Y un hombre, un hombre provee. Y lo hace aunque no sea apreciado, o respetado, o incluso amado. Simplemente lo sobrelleva y lo hace, porque es un hombre.

Gus a Walter White en Breaking Bad

Una noche, por fin, mis peores temores se *crystalizaron*. Tuve un encuentro con un sicario. No era la primera vez que topaba a uno. Solía encontrármelos en los burritos de yelera de la deportiva los sábados a las dos de la mañana. En la fila del banco, Oxxos, semáforos en rojo, en el estadio de fútbol. Cargando gasolina. O en bares y cantinas de mala muerte. Hasta en la barra del Applebee's. Bastaba con güacharles la pinta, el paradillo, para saber que estaban al servicio de la delincuencia. Eran oficiosos, listos, entregados. Y estaban morros. En edad de ser escolapios. Si a cualquiera de ellos le hubieran ofrecido por estudiar los mismos dos mil quinientos a la semana que le pagaban los capos, estoy seguro de que no abandonarían al narco. La escuela no otorgaba poder: la ranfla, los corridos a todo volumen, la Tecate entre los güevos, la nariz constipada de coca, que los policías te la pelen.

Y contra todo eso me estampé aquella noche. Repito, no era la primera ocasión. Pero esta vez fue diferente. No andaba solo. Me acompañaba mi hija. Salimos del cine a las 9:50 de la noche y no había ni un pinche taxi en la calle. Ni siquiera eran las putas diez y la ciudad ya se había dopado. Parecía que se había metido un par de clonazepamés y no despertaría en dieciséis horas. Era sábado. Sentí cómo toda mi miseria se me vino encima. Me reocriminé por haber sido tan estúpido.

Me arrepentí de llevar a la nena a una función que terminara a esa hora. Mi hija me rogó tanto por la película que fui incapaz de negarme. Debí decirle que no. Debimos esperar al día siguiente. Pero ya ni existía el matiné. Nunca en mi vida me había sentido tan vulnerable. Parado en un bulevar con mi heredera en los brazos, más una cubeta de palomitas y una diadema. Qué vas a hacer ahora, imbécil, me preguntaba. ¿Caminar con una niña de cinco años por Torreón a esta hora?

Comencé a paniquearme. Podría quedarme toda la madrugada en esa esquina y el taxi no aparecería. No había tráfico. De vez en cuando pasaba un vehículo hecho la madre. Probablemente miembros de algún cártel. Y lo peor, nadie salió por la misma puerta que nosotros. En una situación así no tendría reparos en pedirle aventón a unos extraños. Aunque quizá resultaría igual. Los sicarios también van al cine. No podía pensar. El miedo me había paralizado. Debí llamar a un amigo, a la mamá de mi hija, a un compañero de la oficina, y pedirle que fuera a recogerlos. Pero todo me era confuso. Estaba desesperado. Y no podía reaccionar adecuadamente. Lo que sí hice fue marcar a los radio taxis. En una línea no me atendieron. En otra

sonaba ocupado. Después de seis intentos supe que así sería la noche entera. Finalmente, unos me contestaron. Escuché angustiado cómo la operadora preguntaba: «¿Quién cubre, quién cubre, quién cubre?». Pero nadie respondió. «No hay quien cubra, joven», me dijo la morra. Ya eran las diez y media.

Abatido, resoplando, me senté en una jardinera, y entonces lo vi. Un taxi blanco se aproximaba. No era negro como la mala suerte ni rojo como la sangre. Sentí alivio cuando le pedí la parada e hizo el amague de detenerse. Pero no frenó hasta cinco o seis metros después. Se me va a pelar, pensé. Antes de que arrancara abrí la puerta trasera, metí a mi hija y luego yo salté dentro. Y ahí estaba. Mi pesadilla materializada. En cuanto subí supe que había cometido uno de los peores errores de mi vida. Todavía ni le había visto la pinta, pero ya sospechaba qué clase de sujeto era. Me llegó el patadón. El morro olía a sangre seca. Era moreno. Enflaquecido por la droga. No debía de tener más de diecisiete años. Iba hasta el culo. De *pedra*, coca, mota. De todo. Mi hija estaba despierta. Y el ojete nos venía espiando por el retrovisor.

Me reí de nervios para mis adentros. Si antes había pensado que estaba asustado, no tenía ni puta idea de nada. Ahora sí que el pánico me taladraba. Ese morro era la Mula. O uno de su tipo. Una especie de chamaquito empleado por el narco como desmembrador. Un informante, expolicía municipal, me había contado sobre estos carniceros de barrio pobre. Se ponían a fumar pintos, soda con mota, o *crack*, y decapitaban a sus enemigos a cuchillazo limpio. Nada de técnicas sofisticadas. Cables, espadas o mamadas de esas. Destace al estilo marranero. Según el informante, él había presenciado una exhibición de la Mula. El morrito había descabezado a tres de un tirón en una finca de Francisco I. Madero. «Los Zetas con eso pretendían ofuscarnos», me dijo. «“Esto es lo que les va a pasar a todos los que no se alinien”, nos amenazaban».

Lo que más me había sorprendido del relato del informante no era la frialdad o la saña para matar del morro, sino cuando me contó que bien loco se ponía a hablar con los muertos. «Les platicaba, cuando ya todos nos retirábamos, se sentaba en el piso y les dialogaba». Qué puta locura. A esa edad era para que todavía jugara a las canicas, y no que les tirara netas a los cadáveres que fabricaba. Sus dueños los ostentaban como se presume a un gallo de pelea. Pero en lugar de encerrarlos en una jaula los premiaban dejándolos salir a hacer desmanes a la calle. En una yonka, un taxi o cualquier carro. Y sin duda eran responsables, en parte, de tanto desaparecido. Qué podía anhelar un hatillo así, me preguntaba. Salir a la calle como un azteca a arrancar corazones y cabezas.

Cuando recorrimos tres cuadras, me percaté de que no traía taxímetro. Le di la dirección y le pregunté cuánto me cobraría. Yo trataba de actuar normal. De hacerme pendejo. Pero él sabía que yo sabía que andaba hasta la madre. El güey iba callado. Pero si hubiera hablado tampoco habría sido una buena señal. «Mil pesos», me dijo. Y soltó una risa enferma. De hiena. Luego una carcajada macabra. Lo decía en serio. En ese momento se me desprendió el culo y fue a dar hasta el suelo. No me vi en el espejo, pero seguro me puse lívido, porque el cabrón continuó con su pinche risita. El viaje no costaba más de treinta pesos. Le habría dado cien, doscientos. Los mil. No los traía, pero podía sacarlos del cajero. Pero lo que temía es que esos mil fueran en realidad un pretexto para desatar algo que no podría pagar. No con dinero.

No le contesté. Suelo ser aguerrido con los choferes. Pero era obvio que ese escuincle no se dedicaba a eso. Se me removieron las entrañas bien culero. En lugar de pensar qué debía hacer, comencé a acordarme de cuando me enteré de que sería padre. En esa época yo estaba

atravesando por un apasionado romance con la cocaína. Y todas las noches llegaba a la casa a punto del paro cardíaco y me acostaba a esperar lo peor. Juraba que sí conseguía librarla, al día siguiente me desengancharía. Y veía el amanecer con el teléfono en la mano para, en caso de ser necesario, llamar a la Cruz Roja. Y sobrevivía. Pero no mantenía mi promesa. Al día siguiente hacía lo mismo. Así estuve una temporada. Hasta que nació mi hija y hacerme cargo de ella fue lo que me rehabilitó.

Y ahora estaba encima de ese taxi. Y me sentía un hipócrita. Mejor debí de haber muerto de un infarto. Y no poner a mi hija en riesgo. Qué clase de padre era yo si no la podía proteger. Volteé a ver a la nena y un brutal aullido de dolor, como si ya me estuvieran cortando la cabeza, quería escapar de mi garganta. No era producto de mi paranoia. Así es como empiezan las cosas, me decía. Esa petición iba a jodernos pa siempre. Vinieron a mi memoria todos los anuncios de desaparecidas, de niños muertos, y se me partió el alma. Entonces volví a la tierra y me dije: Tienes que ponerte trucha. Pero qué chingados hago. ¿Llamar a la poli? Ja ja ja. Me reí en voz alta. Solo si quisiera cavar mi tumba más rápido. ¿Y si me agarro a madrazos? Pero le sacaba. Si yo fuera él y estuviera tan pinche desnutrido que cualquiera me pudiera noquear de un par de putazos traería un fierro cargado en la cintura. Además, traía la fuerza que da el veneno. La droga te convierte en un animal. Yo lo sabía.

«Creí que te habían comido la lengua los ratones», me dijo cuando me escuchó burlarme de mí mismo y de mi tonta idea de pedir auxilio a la ley. Estoy pensando en cómo le voy a hacer para darte el dinero, le dije. A estas alturas la niña ya se había dormido. Era su cometido apenas subir al asiento trasero de un coche. El puto no dejaba de otearnos por el espejo. Estaba tan elevado que quizá creía que yo no me daba cuenta. O le valía madre. A mí lo único que me interesaba era ganar tiempo. Pero tiempo para qué. Ni pendejo me bajaría al cajero con la niña en brazos. Podía ser que fuera el momento que estaba esperando. El morro olía a podrido. Pero no de dentro. De fuera. No me quedaba duda. Era un tablajero de los bajos fondos.

«¿La morrita es tuya?», me preguntó. Nomás eso me faltaba. Que el hijo de su puta madre comenzara a tocarme ese vals. Me hice güey y no le respondí. Para cambiar de plática le solté: No traigo mil varos. «Tsuuuu», me respondió. «Pues a ver cómo le haces bato. Porque si no me das el varo me vas a tener que pagar con otra cosa». No lo podía creer, un pendejo de diecisiete años me estaba amedrentando. Qué ganas tenía de decirle Vas y chingas a tu madre. Me entraron unas ansias muy cabronas de vomitar. Pero me contuve. No quería ni imaginar cómo se pondría el sicarito si me viera flaquear. Pensaba que qué mala suerte que se hubiera dormido la niña. No me podría poner delante de ella. Ahora la tenía que cargar. Y yo que creía que estaba hecho de piedra.

«Tú no sabes lo que he hecho yo», me dijo el morro, y voteó la cara. Le vi los ojos. Sí sé, le contesté. «Na», respondió. «Ni se te ocurre». Descuartizas gente, afirmé. Era una pendejada evidenciarlo. Pero ya lo había hecho. Demasiado tarde. No lo dije como una invitación a que nos mutilara. No sabía cómo proceder. Mis palabras le desataron la risa loca. Seguro se estaba acordando de cuando platicaba con sus muertitos. «¿Sí ves esto?», me preguntó y me enseñó las uñas. Las tenía negras. Eso no era mugre. Simón, le susurré. «Habla fuerte», me ordenó. Que sí. «¿Y qué piensas?», continuó. Que hay gente a la que le gusta chismear con los muertos, insistí, salió de mi estúpida y gran bocota. Y le volvió la risa. Pero esta vez le duró más el ataque. Te has de estar saboreando con nosotros, verdad, hijo de tu puta madre, me dije a mí mismo.

«Ya vamos a llegar, ¿y la feria?», me consultó. Y mi mente, en lugar de comprometerse, volvió a viajar. En la temporada en la que busqué la sobredosis sin éxito, cuando la madre de mi nena estaba embarazada, tuve un sueño. Me vi a mí mismo de viejo, con mi hija sentada en las piernas. Ella debía tener veinte años, o treinta, incluso cuarenta. Era una mujer lograda. Resuelta. Ya había vivido. Y lo había hecho bien. Nos estábamos riendo escandalosamente. Pero nuestras carcajadas eran distintas a las del demente que manejaba el taxi. Y cuando el pendejo ese volvió a insistir con el dinero, supe que esa imagen que había atestiguado en mi sueño jamás habría de suceder. Y me despeñé dentro de mí como nunca antes.

Traigo doscientos, le espeté algo enérgico. Había decidido no discutir con él. No provocarlo. Pero he demostrado que no era mi noche. Tan absorto estaba en mis pensamientos que no me percaté de que estábamos en la esquina de mi casa. Pero de nada servía. Podrían desollarme ahí mismo y mis vecinos no saldrían. Como yo tampoco lo haría si el desafortunado fuera otro. Durante el trayecto había sopesado que era inútil cualquier argumento que pudiera usar con un taxista de verdad. Como que no trajera el taxímetro encendido. O que la corrida no valía ni treinta pesos. Y qué bueno que no abrí el hocico. Porque se habría encabronado. Me cayó el veinte cuando me dijo: «Cómo supiste que nada me gusta más que platicar con los muertos».

Abrí la puerta del taxi y le extendí el billete de doscientos. Esto último lo alteró. «Guárdate tu pinche dinero», me gritó. No, tómallo, le rogué. «Que te lo guardes», dijo apretando los dientes. Agarré a la niña y le dejé el billete en el asiento. «Qué no entiendes. Llévate tu dinero o quieres que te parta toda tu reputa madre», me amenazó. Lo recogí. «Eh, compa, está linda la morrita», dijo. Lo vi a los ojos por última vez y me bajé con la niña en brazos. Algo pasó en ese cruce de miradas que no le gustó, porque apenas había caminado como tres metros se bajó del carro. Caminé hacia atrás, hasta repegarme a la pared. Listo por si tenía que bajar a la niña. No sé de dónde la sacó. Pero traía en la mano una tabla de esas que se usan para darle vuelta al cazo de los chicharrones. Venía hacia mí pero se detuvo justo a la altura del cofre. Las luces de los focos le pegaban en las piernas y en la cintura. Entonces vi todos los muertos que traía cargando. No sé si era un efecto de la luz, pero se apreciaba que lo andaban rondando como cuando el sol pega en la atmósfera y revela partículas de polvo.

Se quedó de pie como tres minutos. Después se subió al taxi y se largó. Batallé un chingo para entrar a la casa. Temblaba de tal manera que no conseguía meter la llave en la cerradura. Lo único en lo que pensaba era en que no se le fuera ocurrir regresar al puto. En cuanto me calmé un leve, ya estaba en el cuarto, acostando a la nena. Después me senté en la cocina. Y me puse a llorar. A chillar profusamente. No recordaba cuándo había sido la última vez que lloré. ¿Diez años? Pues no sucedería otra vez. No volví a hacerlo ni tiempo después, cuando mi medio hermano murió de un infarto. Se había atracado en una barra libre de cortes de carne tan escalofriantemente que cayó en un coma posprandial que lo indujo en un sueño del que ya no despertó. Qué bella muerte. Así me gustaría despedirme a mí, después de un festín. No como estuve a punto.

Derramé lágrimas como una hora. Cuando se me pasó, pegué la jeta a una botella de vodka. Y así estuve, en la oscuridad, aplastado en la cocina, pegándome viajes de Absolut. Hasta que me quedé dormido.

EL CORRIDO DEL ETERNO RETORNO

En un episodio de la segunda temporada de *Breaking Bad* ocurre un accidente aéreo. Dos aviones se estrellan en pleno vuelo. Del cielo comienzan a caer proyectiles de metal o carne sobre Albuquerque. Dos cuerpos aterrizan sobre la acera de la casa de Walter White. Uno encima del parabrisas de su camioneta. Mientras observaba el capítulo, descubrí en aquellas imágenes un símbolo de la guerra vs el narco. No podía evitarlo. No sé si era debido a que me encontraba demasiado contaminado por la ficción televisiva. Pero consideraba que no solo a La Laguna, sino al norte todo, le había sucedido lo mismo. La droga estaba ahí, las armas, la monotonía del desierto. Los territorios controlados. Hasta que un cártel se enfrentó a otro cártel. Y a varios más. Entonces empezaron a llover sobre nosotros los restos de tan aparatoso colapso.

La realidad era una serie de televisión. Que giraba alrededor del narco. Alguien encendía la ciudad con un control remoto. Se producía un tiroteo, una persecución, la pelotera. La pesada urbe se detenía. Nadie abandonaba sus casas. O lo hacía lo menos posible. Las trifulcas duraban veinticinco, treinta minutos, una o cuatro horas. Apenas se escuchaba el último disparo, el mecanismo volvía a ponerse en marcha. Ir por la niña al balé, salir a correr, hacer el amor, cagarte de miedo. Aprovechar el tiempo. Hasta el siguiente capítulo: la próxima balacera. Si las teleseries me imponían la realidad, debía vivir acorde con ellas. Presentí que la respuesta a si debía largarme o quedarme en Torreón no estaba dentro de mí, sino en la teleficción.

El choque aéreo sobre Albuquerque produce tal impacto en la comunidad que en el siguiente capítulo de *Breaking Bad* reúnen a todos los estudiantes en la cancha de basquetbol de la universidad para que exterioricen sus emociones al respecto. Cuando Walter White toma la palabra, como profesor de química, ofrece un discurso desconcertante. Exhorta a todos a seguir adelante. Establece una comparación con un accidente similar acontecido en España durante la década de los noventa, en el que perecieron miles de personas. En Albuquerque las naves no habían impactado la tierra. Para Walter era demasiado drama magnificar un contratempo que había matado a cincuenta y dos personas. Su ruda muestra de optimismo provoca que le arrebatan el micrófono. Podríamos calificarlo de insensible, pero en ese momento de la serie el personaje tiene cáncer de pulmón, así que nadie mejor que él para hablar, no de la muerte, sino de la vida. En Torreón, en La Laguna, en el norte, la gente estaba recibiendo el mismo mensaje, pero no proveniente de Walter White, sino de sí mismos. Decidí hacer lo que muchos: seguir adelante. Aunque eso significara quedarse.

Por aquellos días mantenía correspondencia vía *email* con un amigo que vivía en el sur. Se encontraba sumido en una terrible depresión por la situación del país. Y atravesaba por la misma disyuntiva que yo: irse o permanecer. Aborrecía sus lamentos. Me producía un enorme coraje que se quejara. Tenía doble nacionalidad. Era gringo y mexicano. Encabronado, no sé si por mi propia frustración, o por sus pantomimas, le solté un *speech* como el que Walter White le propinó a los estudiantes. Tan duro, que me retiró la palabra. Existía gente a la que le habían secuestrado a un

familiar, a quienes un cártel los había expulsado de su colonia, y este compa estaba triste porque el candidato del pri había ganado la presidencia. Le espeté que dejara de gimotear, mucha gente no tenía la oportunidad de abandonar el país, que él lo aprovechara y huyera. Que aquí nos quedaríamos los que no teníamos opción. Porque estaba claro a esas alturas que yo no había decidido quedarme. Pero no podía huir.

No era capaz de escapar. Me mantenían en Torreón las mismas razones que le impedían a Rick renunciar a Casablanca.

Mis problemas significaban poco dentro de toda aquella locura. Siempre que me preguntaba a mí mismo por qué no me mudaba a otra ciudad, me respondía que sería cometer una estupidez. Era como si el reportero de guerra abandonara el campo de batalla. Alguien, quizá el mismo que encendía la ciudad con el control remoto, me había depositado en la narcozona. De lo que no había duda era de que Torreón estaba produciendo la serie sobre violencia más exitosa de todos los tiempos. Pero yo no era ningún soldado y no disponía de algún frente que resguardar. No podía seguir adelante. Porque era mentira que la vida continuaba en otro lado. Tenía una hija pequeña. No podía trasladar mi residencia a Estados Unidos o Barcelona porque mi existencia se detendría. Tampoco podía llevarme a la niña. No era tan fácil. Su madre y yo nos habíamos separado. Era demasiado complejo. Pese a la violencia, aquí podía ser libre. No hubiera soportado abandonar a la niña. Era un alivio. Ya que nada me habría producido más dolor en mi vida que el haberle fallado.

No solo no me marché. Sino que me retaché aun más.

Desde el inicio de la guerra vs el narco, la zona más golpeada en La Laguna había sido el Cerro de la Cruz. Y sus alrededores: el Poniente. Esas coordenadas padecieron la imposición de las dos formas de autogobierno: Zetas y Chapos. Yo nací en ese cerro. Viví ahí hasta los cinco años. Sí, los mismos cinco años que me persiguen como una maldición. Después nos mudamos a la prolongación de la calle Allende, en una colonia pegada a la subida. Aúnas cuadras de dicho cerro. Hasta que volví a cambiarme de rumbo, a los dieciocho años, esta vez hacia el otro lado: el oriente. Tardé envolver a mi barrio. Y lo hice solo para fumar *crack* en sus callejones. Jamás me imaginé que mi colonia se convertiría en uno de los territorios más famosos del país en el siglo XXI.

Después de que me robaran la tubería y el medidor del agua, le sacaron el motor al aparato de aire. En una ciudad de cuarenta y dos grados a la sombra era imposible sobrevivir sin aire acondicionado. Suficiente, me dije. Había soportado demasiado. Además de ser cliente de los crackeros, me tocó presenciar un asalto a mano armada en la esquina de mi casa y a unos pasos del expendio que se encontraba en la otra cuadra le habían sorrajado a un sujeto un disparo en la cabeza. A plenas tres de la tarde. Si no saldría del país, al menos debía mudarme de casa. Se estaban acercando. La próxima víctima podría ser yo. De las balas o de los rateros. Los drogadictos no se conforman. Cualquiera día podía regresar de la oficina y encontrarme con la casa saqueada. Otra vez. Apenas una semana antes, después de volver de un viaje, una vecina me dijo: «Vimos a dos muchachos que se estaban brincando a su casa, pero llamamos a la policía y se los llevaron presos».

Era sorprendente cómo la ciudad cambiaba de una calle a otra. O eso creí. Renté un

departamento en la avenida Allende, a siete calles de donde vivía, porque el rumbo me pareció tranquilo. Tiempo después leí en la primera plana de un periódico local que los colonos de mi nueva cuadra repartían volantes con información para pedir auxilio a los vecinos en caso de necesitarlo. Habría podido instalarme en una colonia fresca, pero no hubiera resistido estar en otro lugar que no fuera el centro. Era la segunda residencia en la que estaría solo después de mi matrimonio. Ala primera me metí inmediatamente después de salir del divorcio. Si le preguntaran a mi exesposa por qué elegí otra vez el centro como mi segundo hogar, habría respondido: «Porque le gusta la mierda». Pero la verdad es que ni yo mismo lo sabía.

Escogí el departamento porque contaba con portero y velador. La reja de entrada se cerraba después de las nueve de la noche y los fines de semana. Y porque me gustaba mi nuevo barrio. El departamento estaba en el tercer piso. Desde el balcón, se dominaba toda la ciudad. Hacia el oriente. El punto más alto del paisaje era la torre del McDonald's de la calle Colón. Gozaba mi buena ubicación. A dos calles estaba el Versailles, una de mis cantinas favoritas. Además, enfrente estaba un puesto que preparaba de las mejores hamburguesas de Torreón. Y en la otra acera, un restaurante bar que vendía *pizzas* caseras. Pensé que aquello me ofrecería cierto confort. Pero no. La segunda noche que pasé allí, me despertaron en la madrugada las sirenas de varias patrullas. Los policías se andaban agarrando a madrazos contra los hamburgueseros.

Fue hasta que subí a la azotea del edificio que me percaté de lo que pasaba. Desde ahí se divisaba el Cerro de la Cruz. Y mi departamento se ubicaba en la misma Allende. Inconscientemente había retornado a ser testigo de aquel paisaje. Quince cuadras me separaban del cerro. Lo extraño es que no experimentara ningún tipo de añoranza, si el cerro me fascinaba era por lo que había acontecido en él a raíz de la guerra vs el narco. En el centro habían instalado no hacía demasiado tiempo un asta de sesenta y siete metros de altura con una enorme bandera de México. Que ondeaba tan ignominiosamente que el ruido de sus chasquidos asemejaba los sonidos que hace un arma larga. Desde que habían instalado la bandera, la ciudad me parecía más maligna, más peligrosa. La atmósfera se volvió más opresiva. Estaba convencido de que la habían colocado ahí para hacerle competencia a la torre de McDonald's y al cerro. En el primer cuadro. La parte más vieja de La Laguna. Donde había nacido todo.

Tras el secuestro de los trabajadores de *El Siglo de Torreón*, un grupo de federales comenzó a custodiar las instalaciones del periódico. Lo que suponía un cerco de seguridad solo consiguió que la inseguridad del diario se incrementara. Las razones por las cuales se produjo el primer atentado no eran del todo claras. La volubilidad de los cárteles era imprevisible. Podían molestar tanto por si se publicaba una noticia como por si no. Por si se les atribuía el hecho o por si no. Las subsecuentes agresiones al diario, tres en tan solo dos días, en las que moriría un civil y varios oficiales resultarían heridos, se rumoraba que se habían perpetrado no en contra de *El Siglo de Torreón*, sino de los federales. Los ataques se los achacaban a El Cártel de La Laguna. Una organización inédita. O casi. De la que la gente había oído hablar poco. Que tuvo sus orígenes en El Cártel del Poniente. Otra célula de la cual un gran sector de la población ignoraba su devenir.

Los motivos por los cuales El Cártel de La Laguna estaba tumbando federales eran los mismos de siempre, según la gente: porque eran aliados de los Zetas. Y querían reintroducirlos en La

Laguna. Para hacerlo, entorpecían las tareas de los Chapos. Los fastidiaban, los arrestaban, no los dejaban jalar. «Por qué crees que hay tanto desmadre en Gómez», me preguntó un informante al que consulté sobre las peloterías de los últimos días. «Porque es zetón. Ya todo Torreón es territorio Telcel. La tan prometida limpia de Zetas al fin se hizo. Ora todo es del Chapo». Según él, «Rebollo permitió la entrada de “La Letra” a Gomitos. Por eso se los anda cargando la verga. Aunque quién sabe. Si yo fuera sicario, de un bando o del otro, lo único que no haría sería pedir permiso». A otros informantes con los que platiqué les costaba creer que se hubiera erradicado por completo a los Zetas de Torreón. «Lo que sí es seguro, compa, es que su momento de esplendor aquí ha pasado».

A partir de la versión, no oficial, de que el periódico no era visto como el enemigo, sino los federales, *El Siglo de Torreón* pidió refuerzos militares. La manzana quedó cercada por un anillo de soldados. Levantaron trincheras en dos esquinas. Y una tanqueta impedía el rápido tránsito vehicular. Para encapsular ese anillo, levantaron otro, pero de federales. Más que para garantizar la protección del inmueble, me presumió un empleado del diario, el segundo anillo se dispuso de tal manera para seguridad de los soldados. «Por si aquellos disparan a los federales no los vayan a salpicar». Y por último se levantaron dos grandes topes que obligaban a los coches a reducir la velocidad.

Pasé por ahí en varias ocasiones. A pie y en coche. Y una sensación familiar me inundaba, a pesar de la tensión que significaba acercarme a aquel retén. No conseguía descubrir qué me recordaba. Hasta que por fin la asociación se encendió en mi mente: era una frontera. No cualquiera. Era exactamente el mismo retén que aparecía al final de la versión cinematográfica de *El almuerzo desnudo* de David Cronenberg. La Interzona. La Narcozona. En la película, William Lee le dispara por segunda ocasión a Joan. Era su boleto para poder cruzar al otro lado. La misma sensación me producía atravesar ese tramo de la ciudad. Sentía que para poder franquear aquella frontera debía matar a alguien.

Días después apareció muerto en la colonia Polvorera de Torreón el aspirante a la alcaldía de Lerdo. Fue el último hecho violento de relevancia. Los atentados al periódico cesaron. Aunque aparecían ejecutados de manera esporádica, sucedió lo que jamás imaginamos que ocurriría: La plaza estaba controlada. Habíamos fantaseado con ello siete años. «Y por fin lo conseguimos», me presumió un informante. Hacía más de una década que no subía al Cerro de la Cruz. Así que tuve que hacer una expedición. Recorrí los callejones y ya no me encontré con ese descenso a los infiernos tan publicitado.

Y trepado en el cerro me confirmaron que el Poniente había ganado la batalla. Según el informante, el territorio pertenecía ahora a El Cártel de La Laguna. La plaza había sido una especie de cesión de derechos, en pago a los servicios prestados al Cártel de Sinaloa por muchos años. El cártel todavía tenía que rendir cuentas al Chapo, pero era responsable de su propia organización. Me costaba creer esto. No me acostumbraba a la idea de que se cediera un territorio tan mansamente, estaba demostrado que nada apacible tenía cabida en el Poniente. Lo que me costaba creer era que aquel acuerdo se diera en los términos en que los acuerdos entre capos se daban hacía tantos años: respetando un código de la mafia. «Si hubieras venido cuando mandaban los Zetas te habrías espantado. Se respiraba la muerte. Hoy la paz del señor está con nosotros. Y

con nuestro espíritu. Seguirán las ejecuciones, pero es puro trabajo de limpia». Y vaya si continuarían, meses después Gómez Palacio figuraría en las páginas del diario *Le Monde*. Un estudiante francés que se encontraba de intercambio moriría en un asalto a un bar en Gómez.

No podía concebirlo, apenas un par de semanas de calma y ya estaban cantando victoria. Pero esa era solo una versión de la historia. La reciente tranquilidad de La Laguna se la atribuían los priístas. Me lo confesó un taxista, «Peña Nieto ordenó que se calmara el pedo. Ahí vienen las elecciones y quieren demostrar que ellos sí saben negociar con el narco. Para que la gente vote por el pri». Y continuó: «Yo estaba esperando el primero de julio, a ver si cambiaba la cosa. Pero no. Luego el primero de diciembre, y nada». Pero yo no me haba de ninguna de las dos versiones. Estaba convencido de que en cualquier momento se produciría la siguiente ráfaga. El granadazo, la rebambaramba. No podía ser así de sencillo. Como tampoco fue fácil el inicio de la lucha por el cerro. Se estuvo preparando, fue una invasión hormiga, se infiltraron armas, se preparó por meses, quizá por años. Me resistía a tener fe.

Según otro informante, expolicía municipal, la denominación Cártel de La Laguna era un invento de los medios. Así como la de Cártel del Poniente. Eufemismos para referirse a la gente del Chapo Guzmán. Sin embargo, aseguraba, la versión de un cártel local había sido respaldada por algunos sicarios y lugareños. Entendí entonces las aspiraciones de esta ciudad. A entresacar algo de la guerra vs el narco. Y la única ganancia posible era un cártel de manufactura casera. Existía el hambre. Habían transcurrido más de cien años desde que Torreón había sido fundado y aún no contábamos con un cártel propio. En eso se resumía toda la historia de esta tierra, en contar un día con su mafia oficial. Pero era imposible. Torreón sabía que jamás lograría emanciparse del negocio de la droga. Y que pertenecía al dueño de Sinaloa. «Solo Dios sabe los planes que tiene el Chapo pa estas tierras».

Meses después atraparon al Dany en Zacatecas, lugarteniente del Chapo en el Poniente. Durante un tiempo se corrió el rumor de que el Dany se había distanciado del Chapo. «Mentiras», aseguraba el informante. «Si eso hubiera sido lo habrían quebrao, no arrestao». Otro de sus subalternos también fue capturado: el Marvin, al frente de la colonia Polvorera. «Lo tramparon en el velorio del Lobo (otra personalidad del sicariato) y se lo llevaron a la siedo». En La Laguna habían caído grandes personalidades del hampa, entre ellos, el Saico y su jefe de sangre, el Nando, exdirector operativo de la DSPM durante la administración de Memo Anaya (excuñado de un hermano de El Grande), ahora diputado y compadre nada menos que de Felipe Calderón.

Del barrio mataron al YiDi. Lo conocía desde que éramos morros. Él y su carnal el Salva fueron de los que empezaron a mover el negocio. Junto al Dany y al César. Al Dany jamás me lo presentaron. Pero en una ocasión estuve en casa del César. Por el 97 ó 98, era el díler de mi compa el Quique. El desmadre todavía no comenzaba y entre ellos tres se habían repartido el Poniente. Según el informante, fue El Grande quien los contactó con don Carlos Herrera, quien a su vez los conectó con el Chapo. Nadie que contara con un pasado en el Poniente había salido del todo librado. En la familia hubo dos bajas. Por el lado paterno, mi primo Jorge Alejandro Ruvalcaba Jara, alias el Pitufu, vendía dulces en los camiones. Lo empozolaron. Por el lado materno, un hijo de mi tío Julián. Le advirtieron a la familia que si lo velaban rafaguearían a todos los presentes.

Después de la captura del Dany, según el informante, el control del Poniente fue tomado por el Arturo. El clima que se respiraba en la ciudad era de calma, pero militarizado y federalizado. «Y

así va a seguir», aseguraba, «tranquilo pero lleno de güachos y federicos». Y no sé si se debía a las próximas elecciones, pero jamás había visto la ciudad tan ocupada por fuerzas policiales. «Ya está controlada la onda. Los Chapos, con la ayuda de los Cabrera, un escuadrón del Chapo, expulsaron a los Zetas. Ahora la estrategia va a ser a la inversa. Enfriar la plaza. Unos dicen que los Cabrera van a mandar. Otros tantos que no. Cuando llegaron casi nadie los conocía, pero ahora son muy mentados».

«Desmadre siempre va a haber», me dijo, «pero al parecer viene un periodo de relax. Tú sabes que en este negocio siempre hay pinches chiqueaos, que por droga o por dinero, o porque están locos, se alebrestan, pero pues los muertitos de regla. Ahora suenan unos que los Deltas. Pero ya sabes, unos nombres si son reales, otros son inventados, unos duran unos días o unos meses. Lo que cuenta es que el Chapo es el dueño de Torreón».

Seguía sin creer que la atmósfera se apaciguaría. Éramos la Narcozona. El mal mismo se congregaba en esta tierra. Bajo nuestros pies. Solo era cuestión de tiempo para que volviera a emerger. Podría pasar un día, las elecciones, un año, pero reaparecería. Era nuestro sino.

Mientras me sentaba a esperar que se produjera el próximo estallido, unos versos de un corrido de Los Broncos de Reynosa no dejaban en paz mi cabeza: «¿Adónde van los muertos? ¿Quién sabe a dónde van?».

Torreón, 2011



CARLOS VELÁZQUEZ (Torreón, México, 1978) irrumpió en el panorama de la narrativa mexicana en el 2008 con el libro *La Biblia Vaquera*, elegido por el periódico *Reforma* como uno de los mejores libros del año. Sobre este *El País* escribió «Su libro de relatos, *La Biblia Vaquera* (Un triunfo del corrido sobre la lógica), sacudió la escena literaria por su personal visión del mundo del Norte, su ritmo verbal, la originalidad de personajes, escenarios y argumentos. *La Biblia Vaquera* es un artefacto inclasificable donde lo deforme se une a lo absurdo en una realidad fuera de control». En el 2010 publicó el volumen de relatos *La marrana negra de la literatura rosa*, nombrado como uno de los mejores libros del año por diversos medios como *Reforma*, *Milenio*, *Chilango*, *El Economista* y *Reporte índigo*. Con *El karma de vivir al norte*, Velázquez recibió el premio Bellas Artes de Testimonio Carlos Montemayor 2012.